Pilar Calveiro • María Campiglia • Mercedes Campiglia

EL PETRUS Y NOSOTRAS

Una familia atravesada por la militancia

siglo veintiuno editores

Índice

Pilar Calveiro
María Campiglia
Mercedes Campiglia

EL PETRUS Y NOSOTRAS

Una familia atravesada por la militancia

siglo veintiuno
editores

Calveiro, Pilar
El Petrus y nosotroas / Pilar Calveiro; María Campiglia; Mercedes Campiglia.- 1ª ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2024.

Libro digital, EPUB.- (Vidas para Leerlas) Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-801-317-6

1. Historia. 2. Historia Argentina. 3. Biografías. I. Campiglia, María. II. Campiglia, Mercedes. III. Título.

CDD 306.0982

<www.sigloxxieditores.com.ar>

Fotografías de cubierta e interiores: María Campiglia Diseño de cubierta: Emmanuel Prado / <manuprado.com>

Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI Editores Argentina

Primera edición en formato digital: marzo de 2024

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-801-317-6

Prólogo

Algo vivo que ha crecido de tu muerte

Ana Longoni [1]

1.

Este libro nace del pacto amoroso entre una madre, Pilar Calveiro, y sus dos hijas, Mercedes y María Campiglia, dispuestas a poner en común, en delicada filigrana, sus ejercicios de memoria en homenaje a su compañero de vida y papá Horacio Campiglia, detenido-desaparecido en 1980 cuando intentaba retornar a la Argentina.

Pilar es una reconocida intelectual, Mercedes es doula (acompaña en el parir) y María es artista visual, tres distintas conexiones sensibles con el mundo y sus transformaciones. Sus voces se entretejen preservando su propia textura, dispuestas a ensamblarse como movimientos de una sonata. Componen la historia singular de Horacio (y en alguna medida también la de su hermana Alcira, secuestrada en 1977) desde la cercanía que da la intimidad, el afecto y, en el caso de Pilar, la responsabilidad de ser la única sobreviviente de ese trío querido que siempre echará en falta.

Lejos de una entonación monocorde o al unísono, encuentran distintos modos de aproximarse a esa vida y a cómo les duele su ausencia. Pilar sitúa la historia militante, Mercedes se remonta a los pormenores de la biografía de la familia Campiglia, incluso antes de que nacieran Alcira y Horacio, y María explora el álbum fotográfico y lo enhebra en su ensayo a través del agua y su fluir, su magnetismo y su amenaza.

2.

Hace un año, Pilar, Dani Zelko[2] y yo tomábamos un café en el microcentro porteño, luego de asistir a una conversación académica sobre la contraofensiva montonera. Pilar estaba estremecida. Había recibido ese mismo día un llamado telefónico del hijo de un represor de Campo de Mayo, preguntándole si un maletín de médico que su

padre guardaba como trofeo de guerra podría haber pertenecido a Horacio. Él fue estudiante de medicina, y ella cree que sí, que es verosímil que algo de ese mundo fuese parte de su cobertura legal al arriesgarse a entrar al país con un pasaporte falso. Entiendo que, más que la fidelidad a una reconstrucción histórica, lo que la conmueve es la chance de rozar un resto material, algún indicio que traiga al presente lo que le sucedió a su pareja desde que fue detenido.

Rozar un resto material o atender a un registro sensible, como acercarse este libro al oído y escuchar su banda sonora vibrando bajito, casi inaudible: la canción de Serrat "La montonera", una transmisión distante y entrecortada de Radio Liberación emitiendo la marcha peronista en medio de la dictadura, risas descontroladas el día del casamiento, susurros amorosos y conversaciones tensas, nanas para dormir a las crías, silencios, silencio… Porque para lograr escuchar, hay que guardar silencio.

3.

Hemos leído a Pilar con admiración desde *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina* (1998), un parteaguas –para mí y para muchísimxs otrxs– a la hora de pensar las condiciones que hicieron posible el terrorismo de Estado en la Argentina. En aquel libro clave, abordó la operatoria clandestina e ilegal de la desaparición sistemática de personas y la diseminación del terror dentro y fuera de los campos de concentración, que logró paralizar a la sociedad entera; señaló las tácticas de fuga y resistencia que horadaron incluso ese poder absoluto; reconoció la variada gama de grises en las posiciones que asumió cada quien, poniendo en jaque cualquier binarismo y cuestionando tanto el argumento de la inocencia como el de la complicidad de la mayoría de la población ante la dictadura; y se preguntó por las secuelas del poder concentracionario y desaparecedor que siguen reverberando hasta el presente.

Siempre me impactó que Pilar, habiendo estado desaparecida durante un infinito año y medio en sucesivos campos de concentración, eligiese no relatar su secuestro y lo incluyera discretamente en un plural de testimonios. No es que Pilar niegue o minimice su propia experiencia (ha atestiguado ante la justicia cada vez que fue convocada) sino que opta por desplazarse del relato autobiográfico para postular, a partir de las experiencias de sobrevivientes –incluida la suya–, una transmisión e interpretación colectivas. Un ejercicio que elude la victimización y no escabulle una toma de posición (auto)crítica para arriesgarse a pensar lo impensable, lo deliberadamente oculto, lo más atroz.

En este nuevo libro, Pilar vuelve a ser concisa y reservada al situar su secuestro. En ese punto del relato, abre un paréntesis hermético que

cierra cuando logra escabullirse viva del poder concentracionario y consigue partir con sus dos pequeñas al exilio. Apenas desliza que lleva grabado en el cuerpo el dolor y el olor de la derrota. Un olor que ella presiente que Horacio alcanzó a percibir cuando se reencontraron furtivamente, primero en España y por último en México.

La discreción se extiende a Mercedes, que sintetiza con una preciosa doble imagen sensorial el apego de su madre a la vida: "Contra todo pronóstico, Pilar salió del pozo; volvió a sentir el sol en la piel y el placer de un chocolate derritiéndose en la boca".

4.

Aquella Pilar que leímos con ahínco deja ahora lugar a otra voz. Brota una primera persona del singular capaz de adentrarse (y adentrarnos) en *su* historia de amor, marcada desde el inicio por la militancia revolucionaria y la creciente clandestinidad.

En su libro *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años setenta* (2013), Pilar sostiene un ejercicio crítico (y autocrítico) respecto del curso militarista de Montoneros y su alejamiento de la política de masas. En este nuevo libro, su señalamiento insiste en cuestionar a la conducción por no tomar medidas de seguridad cuando fue evidente que la compartimentación de la organización no evitaba las cada vez más numerosas desapariciones de militantes, que se sucedían sin ton ni son. En lugar de dar cabida a la suposición de una nueva y eficaz modalidad represiva consistente en "pasear" secuestradxs por lugares públicos para que reconocieran a otros militantes, la respuesta de Montoneros fue repartir pastillas de cianuro a sus cuadros políticos para evitar que fueran detenidxs con vida y pudiesen llegar a dar información a sus captores al ser sometidxs a torturas interminables. "Una política derrotada", califica Pilar a esta instrucción de suicidio.

Aunque en este libro reflexiona sin ambages sobre la opción por la lucha armada, el asesinato de Rucci y otras dramáticas definiciones, también juega con el uso del término "subversión", y disputa el epíteto que empleó la dictadura para justificar el terrorismo de Estado en nombre de la "guerra contra la subversión". Aquí, se alude a pequeños actos desafiantes en la militancia estudiantil, como cambiar en el colegio el disco de himnos patrios por la marcha peronista o provocar un sistemático murmullo colectivo en clase como desafío a lxs profesorxs.

Elegir un nombre de guerra no solo aparece como táctica de autoprotección, sino también como economía de los afectos: Alcira se nombra Pili en homenaje a su cuñada, y llama con ese mismo nombre a su hija. Pilar se nombra Mercedes, que termina siendo el nombre de su primera hija.

Del profuso recorrido por la historia política de Horacio (que es

también la de Pilar), me queda grabado el pasaje de la patrulla de llano en Tucumán, cuando él y sus compañeros idean un modo seguro de circulación a través del cañaveral, en conexión estrecha con el entorno y la población.

Horacio llegó a integrar la Conducción Nacional de la diezmada Montoneros, ya en el exilio, y como tal, acompañó la contraofensiva. Con la hipótesis de que la resistencia popular a la dictadura estaba en franco ascenso, se organizó en 1979-1980 el retorno a la Argentina de un numeroso contingente de militantes que habían logrado escapar del país, decisión que dejó la triste saga de muchísimas nuevas desapariciones. En el número 23 de *Evita Montonera*, titulado "Organizarse para vencer" (fechado en enero de 1979, "año de la contraofensiva popular"), se anuncia la reformulación de la Conducción Nacional de la organización, acompañada por un conjunto de fotos de sus seis miembros –todos hombres, ataviados con uniforme y postura militar, posando rígidos–: Firmenich, Mendizábal, Perdía, Yäger, Vaca Narvaja… y Campiglia. Son esas las fotos a las que aluden críticamente tanto Pilar ("esas fotos ridículas, con uniforme, publicadas en el *Evita Montonera*") como Mercedes ("Se colgó insignias, se calzó un uniforme y se armó de la fuerza que le faltaba").

5.

El texto de Mercedes prueba, titubea, muta. Asume inicialmente el tono de una biografía clásica en tercera persona. Reconstruido a partir de muchos testimonios, el relato va tomando la forma de un rompecabezas trabajosamente armado y forzosamente incompleto. Restos y fragmentos deshilvanados (como este mismo prólogo): quizá sea esa la forma en la que logramos articular alguna palabra. En algún punto, confiesa que no consigue seguir. De golpe, irrumpe la segunda persona y el texto deviene en una carta al padre. La transcripción de la correspondencia y la desgrabación de un casete que Horacio les envió introducen la palabra del propio biografiado, interpelado por la hija que toma distancia de ciertas optimistas caracterizaciones políticas.

Mercedes concibe el libro como un ritual de despedida,[3] un acto a destiempo muy a tiempo: sus hijos ya son lo suficientemente grandes como para leer acerca del abuelo, cuando tenía la edad de los nietos que no pudo conocer.

Este libro es una criatura que respira, cubierta de piel, uñas, pestañas arrancadas. "Algo vivo que ha crecido de tu muerte": esa imagen esperanzada (a pesar de todo) que tomé prestada para titular este prólogo. Son sorprendentes las menciones a animales. Las anguilas le permiten hablar de la difícil travesía de su madre hasta recuperar la libertad. Pilar llega a México con "una promesa y un par de niñas prendidas como garrapatas a su cuerpo". "[Horacio] Desprendió

suavemente la pequeña sanguijuela de su cuerpo y partió" (se refiere a la propia Mercedes niña, que le pide que no se vuelva a ir). Anguila, garrapata, sanguijuela: metamorfosearse en seres que en general provocan escarnio y que aquí nombran inesperadas tácticas para sobrevivir.

6.

La participación de María en el libro se condensa en un breve texto y una secuencia de fotos en blanco y negro que seguramente provienen del álbum familiar, ese arcón de recuerdos de instantes felices o memorables.

La protagonista es el agua. El agua y, con ella, Horacio en distintos momentos de su vida. Imagino que el niño de las fotos es él junto a su hermana, que ríen y reman juntxs en el Tigre. Es él adolescente de viaje, contemplando un lago patagónico. Es él ya joven adulto (esa edad que tendrá para siempre), en el muelle de la casa en el Tigre. Un tiempo espiralado que retorna al sitio inicial: el lugar de disfrute de la infancia, el refugio de la familia Campiglia, a la que tanto le gustaba el delta.

Pero en el ensayo de María, el agua también se percibe como algo sombrío y amenazante. Una masa movediza, turbulenta, incontenible.

El agua aparece como vínculo entre padre e hija, una "sensación de agua fría sobre la piel". Las palabras se vuelven líquidas como llanto o inundación: "tristeza anegada", "derramada", "arrasadora".

El agua es lo que ahoga. El destino de tantxs desaparecidxs arrojadxs vivxs desde los vuelos de la muerte, el agua como una inmensa y anónima tumba. El agua es lo que nutre. La forma del amor. Ella escribe "Cuando el río vuelva al mar". La corriente de agua se cuela y abre camino hasta perderse en el océano. "Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir", escribió hace siglos Jorge Manrique, en sus *Coplas a la muerte de su padre*. Y ese viejo poema resuena ahora cuando María habla de lazos entre vivxs y muertxs, entre padre e hija. Bucea en la persistencia: "Te estaré siempre buscando". El agua como llamado al futuro, un futuro que se remonta al escondido nacimiento del manantial.

7.

Este libro encara tangencialmente una cuestión sobre la que muchas producciones artísticas de hijos y sobre todo hijas de militantes de los años setenta han indagado: la relación entre maternidad/paternidad y militancia clandestina. Hemos conversado largamente con Pilar sobre la decisión de tener hijxs en condiciones de vida tan riesgosas, debiendo cambiar de casa e identidad, sabiendo que estaban en creciente riesgo. Parecerían circunstancias completamente adversas para embarazos y crianzas. Y sin embargo, muchas militantes fueron

madres muy jóvenes. Una pulsión vital por la vida en medio de tanta muerte alrededor, y quizá por ello tantas niñas nacidas en cautiverio se llaman Victoria.

Pilar y Horacio se casaron muy jóvenes, para poder independizarse y abocarse sin disimulos a la militancia. Querían tener hijos, nunca pensaron que fuera incompatible con su actividad política. Luego nació Mercedes y, a pesar de las mudanzas precipitadas y el creciente peligro, el relato de Pilar de la primera crianza no trasunta vértigo sino calma y disfrute. Decidieron buscar su segunda hija poco después del golpe de Estado de 1976: "Siempre la vida". La esperaron "no sin angustia", pero también con certeza y deseo.

Al lograr salir del país, Pilar, Mercedes y María "no tenían nada pero tenían la vida". Esa apuesta vital por seguir respirando, por criar y por reinventarse no solo confronta el arrasamiento de la humanidad que produce el campo de concentración, también se aleja de la épica sacrificial de la militancia setentista ("¡Ha muerto un revolucionario, viva la revolución!"), reivindicando la politicidad de un "vivir sin gloria".[4]

Pilar se pregunta "cómo hicimos para soportarlo" cuando lxs compañerxs alrededor, lxs más queridxs amigxs empezaron a caer. Y quizá la respuesta no esté tanto en el convencimiento político, sino en el apego a la vida en común. En el níspero cargado de fruta, en las cortinas floridas de la casita tucumana, en una noche estrellada en la terraza, en el juego de hacer resonar sus voces en el primer departamento al que se mudaron cuando todavía estaba completamente vacío…

Atravesadas como estamos por el movimiento transfeminista, su deconstrucción del amor romántico y su crítica radical a la familia como célula patriarcal, resulta impertinente leer este libro como un elogio a la familia en tanto lugar de amparo, legado ético y razón vital. Al mismo tiempo, la familia aparece como cobertura legal y simulacro de normalidad para pasar desapercibidxs en la clandestinidad. Pilar da cuenta de tareas militantes que encaraba como si fueran paseos con su hija, porque también eran eso: momentos disfrutados. Esa ambigüedad entre simulacro y deseo no es confusión sino dialéctica: es una cosa y es la otra a la vez.

8.

¿Por qué escribir este libro ahora? Fue el tiempo suspendido, replegado e introspectivo que supuso el confinamiento por la pandemia de covid-19 el que abrió la brecha para encararlo.

Pilar nos contó del proyecto durante una larga y preciosa tarde en que compartimos un asado junto a Dani y luego salimos a caminar por el barrio de Flores. Atardecía cuando cruzamos las vías del tren. Cuando retomamos la avenida Rivadavia, ella decidió seguir

caminando sola. Quería llegar hasta otra casa en la que vivió con Horacio, en la aireada avenida Honorio Pueyrredón. Ya estaba siendo tiempo de volver a pisar esos sitios. Acababa de llegar de Tucumán, la primera vez que regresaba a la puerta de aquella casita de cortinas floridas que tuvieron que abandonar de golpe. Había temido encontrar un lugar abandonado después de tantos años, pero la había hecho feliz notar que el balcón estaba lleno de plantas bien cuidadas. “Lo contrario a la propiedad privada, ¿no? La casa siente y algo de la vida de Pilar todavía permanece ahí a través de otrxs”, apunta Dani Zelko.

Escribo este texto atontada y sin lograr que entre mucho aire al pecho, a poco del triunfo de Javier Milei. No alcanzo a imaginar de qué modos se reconfigurará nuestro mundo alrededor, ni cómo será leído este libro en esa nueva escena, por quiénes y en qué claves.

Muchas veces me preguntaron (y me pregunté) hasta cuándo íbamos a seguir insistiendo en pensarnos desde la última dictadura. Intuyo que ahora es demasiado evidente lo insondable de esa herida, todo lo que en ella sigue supurando y también latiendo.

Buenos Aires, noviembre-diciembre de 2023

[1] Es escritora, doctora en Artes por la Universidad de Buenos Aires (UBA) e investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (Conicet). Sus trabajos abordan los cruces entre arte y política en América Latina. Es docente de grado y posgrado en la UBA y en otras universidades. Impulsa, desde su fundación en 2007, la Red Conceptualismos del Sur (<www.redcsur.net>), una “plataforma de investigación, discusión y toma de posición colectiva desde América Latina”. Curó diversas exposiciones, la última “Giro Gráfico. Como en el muro la hiedra”, en el Museo Reina Sofía de Madrid (2022), institución de la que fue directora de Actividades Públicas entre 2018 y 2021. Su último libro es *Parir/Partir* (Tren en Movimiento, 2022).

[2] Agradezco mucho a Dani su incisivo y amoroso *segundeo* en la escritura de este texto.

[3] Otrxs hijxs han inventado libros-rituales para duelar a su padre o madre desaparecidx, hayan sido identificados los restos óseos, como en el caso de Marta Taboada (Marta Dillon, *Aparecida*, Buenos Aires, Sudamericana, 2018) o no, como en el caso de Manuel, padre de Mariana Corral, quien lleva adelante una ceremonia funeraria sin cuerpo en el Cementerio de Flores el Día de Todos los Muertos (Sebastián Hacher, *Cómo enterrar a un padre desaparecido*, Buenos Aires, Marea, 2013).

[4] Ana Longoni, *Traiciones*, Buenos Aires, Norma, 2007.

Horacio Campiglia, el Petrus

Pilar Calveiro

Este texto no es una reconstrucción histórica, ni un trabajo analítico ni, mucho menos, académico. Es, simplemente, un ejercicio de memoria de mi relación con Horacio Campiglia, el Petrus, tan querido, y un homenaje a su enorme dignidad y entereza.

Como toda memoria, se construyó con los recuerdos de muchas personas que compartieron una parte de su vida, en especial de su vida militante. Los entrecomillados siempre suponen una de esas voces, aunque no se explicite de quién se trata y, cuando menciono a alguien, lo hago con los nombres de la cercanía. Como memoria que es, se trata de un relato fragmentario, que reúne la palabra de otros; en ocasiones, no se sabe quién está hablando, es decir, quién habla con nosotros o a través de nosotros. Por último, no pretende ser la enunciación de verdad alguna, aunque ciertamente filtra mis propias interpretaciones de una historia de gran dificultad, de numerosas aristas y, también, de alegrías y apuestas por la vida y la esperanza.

1. Conocí a Horacio en 1967, año de la muerte del Che. Pero eso ocurrió más adelante, en octubre. En julio, cuando nos conocimos, el Che todavía luchaba en el monte boliviano y nosotros éramos estudiantes de sexto año del Nacional Buenos Aires, a punto de egresar. Teníamos dieciocho años.

La militancia ya estaba a *full*; era una práctica cotidiana, apasionada, radicalizada, pero estudiantil. No nos habíamos inaugurado aún en "la pesada", aunque esos vientos ya soplaban cerca.

Un grupo de amigos (Isabel, María Angélica, Andrés y otros) habíamos creado, a principios de año, una agrupación a la que llamamos nada menos que Movimiento Antiimperialista del Colegio Buenos Aires (Macba). Algunos de nosotros habíamos tenido ya nuestras primeras experiencias en la Fede,[5] paso casi obligado de muchas militancias de la época. Éramos "gente de izquierda", habíamos hecho nuestras primeras lecturas marxistas y creíamos en la necesidad y en la posibilidad de una revolución social. Teníamos razón en realidad, aunque la historia posterior nos desmintiera. Ciertamente, era más sensato pensar en la posibilidad de acabar con el capitalismo que asumirlo como una suerte de fatalidad inexorable. No lo fue ni lo es; pero también es verdad que no alcanza con la voluntad para terminar con él. Por otra parte, no teníamos entonces ni la más pálida idea de los desafíos que significaría emprender ese camino.

Lo cierto es que el Macba nos acercó a una realidad diferente de la que transitaba entonces la "izquierda clásica" de nuestro medio; nos aproximó a lo nacional y, desde ahí, al peronismo. El vínculo con el FEN,[6] del "Pajarito" Grabois, que se movía en el ámbito de la Universidad de Buenos Aires, nos abría a otras miradas de la política. Así, en medio de nuestra militancia específicamente estudiantil (de largas asambleas, sesudas conferencias y muy divertidos campamentos), incorporamos algunas "subversiones" significativas para nosotros. Cómo olvidar aquel 16 de septiembre, aniversario del golpe de Estado de 1955, cuando hicimos nuestra primera "acción comando", en la que logramos reemplazar el disco con la música para hacer honores a la bandera –que se escuchaba todos los días en el colegio– por otro con la "marchita" peronista, que irrumpió en el espacio básicamente "gorila" del Nacional. Escucharla así, a todo volumen por los altoparlantes, fue un éxito y una conmoción, incluso para nosotros.

El caso es que Horacio y yo nos conocimos en una de las actividades del Macba, una conferencia que dictaba el especialista Julio Notta, en relación con la importancia del petróleo para la soberanía nacional. De eso Horacio sabía más que la mayoría de nosotros; él venía de una casa peronista, no por ocupar cargos en el gobierno sino por

convicción, una de las muchas familias que se habían beneficiado con las políticas sociales y laborales del primer peronismo. Gracias a eso habían obtenido el crédito para comprar su primera casa, y nunca lo olvidaron.

Durante la charla de Notta, Horacio habló, opinó, discutió. Él era ese muchacho "inteligente, brillante" que recuerda aún hoy su tía Beba, pero a mí francamente me molestó cierta irreverencia hacia nuestro "invitado estrella". "Ja, como si este, que nadie conoce, supiera tanto", pensé. Así que me pareció un desastre que lo invitaran al campamento de invierno que habíamos organizado. Salíamos al día siguiente rumbo a Vuelta de Obligado. Fue allí, después de un 9 de Julio gélido, de muchas charlas, guitarreadas y trenes, que nos empezamos a gustar, que comenzamos a compartir discusiones y militancias, que nos fuimos enganchando entre nosotros y con todos esos otros, "los compañeros".

2. La militancia en el Macba pronto comenzó a quedar corta para los tiempos que corrían. Además, nosotros estábamos a punto de egresar del Nacional Buenos Aires. Pero, más que por un impulso interno, el paso a "otro nivel de compromiso" vino de afuera.

El hermoso, querido, admirado, brillante Carlos Olmedo nos propuso una aventura grande: ser parte de una organización armada que se uniría al proyecto del Che. Imposible negarse a esa edad y con esos ímpetus. A pesar de tener solo seis años más, Carlos era para algunos de nosotros una autoridad indiscutida, un maestro en toda la extensión de la palabra. Con él habíamos ido a conciertos, cines, cafés y campamentos; habíamos aprendido sobre literatura y filosofía. Lo admirábamos y lo queríamos. Y ahora los ventarrones de la política, que se levantaban por todas partes, nos llegaban a través de él.

Sin embargo, era otra clase de política, diferente de la que hasta entonces habíamos probado; obligaba a una práctica disimulada, clandestina y mucho más difícil de lo que podíamos siquiera imaginar. Pero no fuimos a ciegas ni engañados; comprendíamos, hasta donde nos era posible, que se ponía en juego la vida y estábamos dispuestos a darla. Eran tiempos en los que se entendía, de una manera bastante generalizada, que había cosas que estaban más allá de uno mismo y por las que valía la pena luchar. No se trataba de un impulso de muerte; al contrario, amábamos furiosa y tiernamente la vida. Leíamos como locos, cantábamos por horas, reíamos y llorábamos con facilidad y nos enamorábamos. Con la misma pasión con la que hacíamos todo, con un entusiasmo casi adolescente pero también con miedo –no éramos tontos–, nos lanzamos a esta nueva militancia.

La clandestinidad cambió radicalmente nuestro mundo. El colectivo de amigos-compañeros que habíamos construido, y dentro del que

literalmente crecimos, se disolvió. Algunos, los que quisimos, pasamos a otro espacio, más ajeno e impersonal: "la orga", que para entonces ni nombre tenía.

La regla de la orga era la "compartimentación", no por capricho sino como forma de protección. Ya no se militaba con los amigos, aunque ellos estuvieran en la misma organización; la información personal no se compartía y la de los ámbitos de militancia tampoco. En cada núcleo o célula tenía que primar el anonimato. Las historias de cada uno, los datos biográficos, pasaron a ser material tóxico que se debía evitar para proteger la seguridad y la vida. Saber era peligroso; que supieran de uno era peligroso. El otro y uno mismo, siendo compañeros, éramos a la vez un apoyo y un peligro potencial recíproco. El fuerte vínculo de complicidad que manteníamos demandaba, por nuestro propio bien, el aislamiento de cada uno en relación con los demás. Comenzaban los compartimentos estancos un tanto esquizoides, el secreto, las "dobles vidas", ejercicios difíciles para cualquiera y, sobre todo, para personas decididas pero también muy jóvenes.

Nos volvimos a "bautizar", ahora con "nombres de guerra", sellando nuestra nueva identidad militante. Así que yo pasé a ser Mercedes, y poco a poco la Merke, en ese mundo paralelo al de la vida cotidiana. Un tiempo después se integró Horacio, que quiso llamarse Pedro. Con el curso de las deformaciones sucesivas y afectuosas, se transformó en el Petrus. Alcira, su hermana, nos siguió y fue siempre la Pili.

3. No se puede hablar de Horacio sin hablar de Alcira. Según el relato familiar, fueron dos hermanos muy unidos desde chiquitos. Cuentan que ella, por ser mayor, lo defendía de cualquier abuso y él, en retribución, la adoraba. Cuando los conocí, ese vínculo permanecía intacto, y como hija única que soy, la unión entre los hermanos me cautivó. Rápidamente nos hicimos amigos, nos quisimos y nos adoptamos mutuamente. La política y la militancia se convirtieron en uno de nuestros principales focos de interés, como solía ocurrir en los círculos universitarios de entonces. Muy pronto descubrimos que, en el mismo momento en que Horacio y yo habíamos entablado vínculos con un grupo armado, Alcira había hecho exactamente lo mismo con otro, a través de sus compañeros de la Facultad de Arquitectura. Eran distintas organizaciones, pero con propuestas muy semejantes. Nuestra comprensión política entonces apenas alcanzaba a concebir que era necesario construir una sociedad más justa, a la que llamábamos "socialista", y que en un país donde los militares habían derrocado cinco gobiernos en menos de cuarenta años ese cambio tendría que hacerse por la vía armada y tenía que ser una revolución. Así que, dadas las coincidencias, Alcira decidió iniciar contacto con el grupo al

que nosotros acabábamos de unirnos y que años más tarde serían las FAR.[7]

Los intereses y las expectativas compartidos, el tipo de mirada política, la celeridad para el compromiso y la disponibilidad para “poner el cuerpo” creo que dan cuenta de un clima de época, al menos en ciertos sectores de la juventud de entonces. La unión que existía entre Horacio y Alcira desde la infancia se estrechó con la práctica militante, creando un lazo que continuaría por siempre y en el que tuve el privilegio de participar. El vínculo entre ellos era “enorme”, como recuerda Jorge, el compañero de Alcira, y yo me fui uniendo a ese afecto y esa camaradería. Quise a Alcira como a la hermana que nunca tuve y ella me hizo el honor de tomar mi nombre como nombre de guerra, en reconocimiento al cariño que nos teníamos.

Horacio y Alcira no se parecían físicamente en nada; sin embargo, ambos eran, a sus dieciocho y veintidós años, cuando los conocí, inteligentes, alegres, cariñosos y, sobre todo, buena, buena gente de verdad. De los tres, yo fui la única sobreviviente; por eso hablo por mí para hablar, de alguna manera, también por ellos. Como en las escondidas. “Un, dos, tres, por mí y por todos mis compañeros”.

4. Para ser *guerrilleros* había que entrenarse. Lo primero era tener un buen estado físico. Gimnasia, pesas, natación y toda clase de ejercicios se incorporaron a nuestras vidas. Tampoco faltaban las caminatas con mochilas, cargadas de cualquier cosa, con tal de prepararnos para lo que sería nuestro escenario de lucha: el monte. En realidad, no se sabía cuál sería ese monte. Estudiábamos con detenimiento la geografía física y económica del país… en los libros. Las sesiones de tiro al blanco con los viejos máuseres del Tiro Federal nos dejaban los hombros llenos de moretones, en especial a las mujeres. Horacio sobresalía en todos esos menesteres. Era delgado, fuerte, habilidoso y muy pero muy disciplinado.

Esta “fiebre” rural duró más de lo razonable, pero no demasiado: se redujo a los últimos meses de 1967 y parte de 1968. Para entonces, el Che ya había caído en Ñancahuazú. La noticia de su muerte fue un shock. No lo podíamos creer. Veíamos aquella terrible foto de su rostro sin vida y pensábamos, creíamos, queríamos que fuera falsa. La confirmación de su veracidad nos la dio Carlos, y si Carlos lo decía… era cierto.

Desde luego que esto modificó todos los planes, pero no los canceló. Ahora había que pensar en la organización de un foco guerrillero solitario, en territorio nacional, como desde los inicios del proyecto, pero sin el cobijo y la dirección de su figura gigantesca. Quedábamos huérfanos pero seguíamos. La revolución no se para con ninguna muerte.

Hubo una inercia inicial y todo siguió sin modificación aparente, pero lo ocurrido en Bolivia reclamaba análisis y desbarataba algunas certezas. El camino de los cubanos proponía una guerrilla rural; Régis Debray escribía sobre la superioridad indiscutible de esa estrategia y, según él, había muchísimas razones para sustentar esa opción. Algunas de ellas eran la instalación de un foco protegido por las condiciones de difícil acceso del territorio, la construcción desde allí de una base poblacional afín, la acumulación de fuerzas humanas y materiales antes de entrar en combate abierto con las fuerzas militares. En fin, la réplica de la experiencia cubana.

Pero la Argentina no era Cuba. Ningún monte nuestro reunía las condiciones de inaccesibilidad y población suficientes. Además, si había en nuestra realidad una base social que conquistar era la clase obrera, no el campesinado, tanto por las características sociales e históricas del país como por la "dogmática" revolucionaria que, para esas fechas, hablaba de vanguardias y, en especial, de las vanguardias proletarias. Por otra parte, el aislamiento del Che en Bolivia, que lo llevó a la derrota, se ofrecía como un espejo en el que resultaba imposible no mirarse. Su "ajenidad" en el contexto boliviano no era muy distinta de la que podríamos tener nosotros en el monte tucumano, por decir algo.

En los distintos ámbitos se sucedieron las discusiones, que terminaron con la decisión de armar una guerrilla que, en vez de rural, sería urbana. El entrenamiento se intensificó, con nuevas orientaciones. Ahora era más importante aprender a disparar con una pistola, aunque fuera de aire comprimido, que con los fusiles máuser del Tiro Federal. Muchos sintieron alivio, entre otros el Petrus y yo. La nueva propuesta no solo parecía más viable, sino que proponía un escenario de actuación bastante más familiar y comprensible para nosotros, chicos de ciudad y de clase media.

5. Comenzó entonces el accionar armado de nuestra organización. Se trataba de realizar pequeñas acciones de "recuperación" de armas y dinero para poner en marcha una estructura que aspiraba al rango de guerrilla, pero carecía de los elementos básicos. Los asaltos menores a cooperativas –aún era imposible pensar en bancos– o establecimientos donde se pudiera obtener algún arma fueron la tónica. Se planificaban con muchísimo cuidado e intentando considerar hasta el último detalle para evitar víctimas ajenas y propias. El Petrus era decidido y también puntilloso para planificar. Participó en una de esas primeras acciones sin haber disparado un arma jamás en su vida, ¡salvo una pistola de aire comprimido! Aun en esa época nos daba risa nuestra precariedad. Así empezamos.

Estas primeras operaciones no se "firmaban"; es decir, ningún grupo

asumía su autoría. Sin embargo, algunas tenían un signo político para evidenciar el surgimiento de estas nuevas organizaciones que, siendo armadas, eran también políticas. El primer operativo de esas características fue el incendio de trece sucursales de la cadena de supermercados Minimax, en junio de 1969. La operación coincidió con la visita al país de Nelson Rockefeller e intentó ser un acto de repudio a su presencia. Simplemente se dejaron en las góndolas paquetes de alimentos que contenían una mezcla incendiaria, con un mecanismo de tiempo para activarlos cuando los locales estuvieran cerrados. La simultaneidad y el incendio hacían que el hecho fuera bastante espectacular; la modalidad operativa prácticamente no tenía riesgo y no producía daños humanos sino solo materiales, claramente dirigidos. Fue un éxito. Todos festejamos.

6. Ese mismo año, Horacio y yo decidimos casarnos. Una militancia como la que habíamos emprendido no era demasiado compatible con la vida de "hijos de familia". Además, nos queríamos muchísimo; íbamos a todos lados juntos: estábamos enamorados. Pero nuestra condición de estudiantes no nos permitía subsistir de manera independiente. Así que buscamos trabajo. Yo me empleé como asistente de contabilidad en un negocio mayorista, de un turco explotador (para mis estándares de estudiante y zurda). Seguramente tampoco fui muy buena empleada; hacía bien lo mío, pero llegaba tarde y detestaba el trabajo en ese altillo perpetuamente iluminado con tubos fluorescentes. Por las noches soñaba que los archivos, los libros mayores y toda la monserga contable se incendiaban.

Horacio consiguió ser ayudante de un fotógrafo bastante exitoso. El Gordo era un tipo bueno y divertido. Lo trataba bien y Horacio correspondía trabajando gustoso como una suerte de multiusos. Siempre fue una persona servicial y solidaria, que no se atenía exclusivamente a sus "obligaciones". Por eso, podía cargar el equipo, montar la iluminación, participar en el proceso de revelado o bien, gracias a sus conocimientos de enfermería (los dos estudiábamos medicina), inyectar a la mamá de su jefe. Con él aprendía cosas que siempre le habían gustado. De hecho, el amor por la fotografía le venía de su padre, Domingo, quien tenía entre harta y divertida a toda la familia con retratos individuales y grupales, posados y "espontáneos", así como filmaciones del día a día, que mis hijas miran todavía hoy con cierto dolor en el corazón. Yo no puedo.

Mientras revelaba fotos, mientras las imprimía, Horacio escuchaba música. Le encantaba Serrat. Una vez me llamó a la oficina del turco mayorista para hacerme escuchar "Porque te quiero a ti", como declaración obvia del amor que nos teníamos.

Si nos casábamos, nuestros dos trabajos combinados nos permitirían

pagar un alquiler modesto y sobrevivir. Pero este "equilibrio" económico no resistiría un evento fatal y próximo: la colimba. Sin embargo, Horacio descubrió que había una cláusula legal que podía salvarnos de lo inexorable. Si nos casábamos antes del sorteo, que se realizaría el 27 de mayo, quedaría exento de la conscripción. Doble ventaja: eludir la disciplina militar y concretar nuestro proyecto de vivir juntos, ser independientes y militar sin inventar mentiras para la familia. Así que nos casamos, por milagro, un día antes del famoso sorteo, aunque casi no lo logramos. En el registro civil nos tocó un juez que decidió ponerse ridículamente ceremonioso. Horacio se tentó… y cuando se tentaba no podía contener la risa… y estalló la carcajada en medio de la ceremonia. Nos expulsaron de la sala porque no estábamos a la altura del "sagrado vínculo del matrimonio", nuestros padres intercedieron (éramos menores), juramos que entendíamos que era todo sacrosanto y, después de intensas mediaciones y muchas disculpas, el juez accedió a casarnos. Teníamos apenas veinte y diecinueve años.

7. Nos casamos el 26 de mayo de 1969. Tres días después, el 29, estalló el Cordobazo. Nosotros acabábamos de llegar a Mar del Plata de "luna de miel". Volvimos de inmediato a Buenos Aires; nos urgía hablar con los compañeros, saber qué estaba pasando y qué podíamos hacer. Sabíamos que era algo grande: insurrección popular, obreros y estudiantes juntos, la ciudad tomada; no se correspondía con nuestro plan, pero era excelente. De hecho, de esos sucesos salió lo que después sería la Regional Córdoba de la orga, con una clara marca de izquierda, igual que nosotros.

Como recuerda Willy, "el año 69 era una ebullición" en términos políticos, sociales, culturales. La militancia siguió y se profundizó. Simultáneamente, nuestros trabajos mejoraron. Horacio pasó de ser ayudante del Gordo a visitador médico; yo entré a trabajar en Bodegas Giol, y vendiendo vino ganaba mucho más dinero que como oficinista. Ahora nuestros ingresos eran buenos, incluso teníamos excedentes y podíamos ir a cenar afuera o cosas por el estilo. Nos mudamos a un departamento en la avenida Honorio Pueyrredón. Tenía solo dos ambientes, con una cocina grande y un pequeño balconcito que daba a un cubo de aire y luz, pero a nosotros nos parecía inmenso. Jugábamos a pararnos en los extremos y llamarnos gritando, como si de verdad fuera enorme. Los amigos del Nacional que conocíamos de antes y que sabíamos que también militaban en la orga podían visitarnos, así que a veces salíamos juntos. Recuerdo una noche que llegaron María Angélica, Leonardo y algunos más; no parábamos de reírnos. Éramos poco más que adolescentes, creíamos profundamente en lo que estábamos haciendo y en la justicia de nuestro proyecto, que

era arriesgado, que nos daba miedo, pero también la tranquilidad y la felicidad de hacer lo que creíamos correcto. Ninguno de nosotros había emprendido esta lucha por interés personal. Al contrario; siendo chicos de clase media, inteligentes, egresados del mejor colegio de Buenos Aires, teníamos todo para perder. Pero creíamos en lo que hacíamos con esa suficiencia propia de la edad, y nos sentíamos bien con eso.

Aunque nuestra militancia era clandestina, nosotros seguíamos siendo legales, de manera que vivíamos una auténtica "doble vida". En el día a día éramos jóvenes perfectamente integrados, que estudiaban y trabajaban, al tiempo que realizábamos una práctica política no solo clandestina sino ilegal, cada vez más ilegal. Armas, operativos militares, medidas de seguridad y antiseguimiento[8] se fueron integrando a nuestra vida cotidiana. Como recuerda Willy, "en ese momento casi todo era militar, todavía no había trabajo de base ni nada" porque todo se centraba en construir "la organización"; y para eso, tanto él como Horacio eran buenos. Sabían disparar, manejaban bien y tenían buena condición física; eso era todo, pero dadas las circunstancias no era poca cosa. No todos los hombres provenientes de la clase media –mucho menos las mujeres– tenían esas habilidades.

A pesar de lo extraño de esta doble vida, conservábamos un cierto equilibrio que nos permitía mantener un pie dentro de la vida ordinaria de la gente común y corriente, con la familia, con los afectos, con las relaciones que no formaban parte del "proyecto". Y esa ancla no era cualquier cosa, porque los vínculos sociales resultaban fundamentales para la afectividad, pero también para mantener lazos más allá del círculo cerrado de la militancia y conservar cierto sentido de realidad.

8. Fue en esa condición de vida ambivalente –entre estudiantes, empleados y guerrilleros– donde se discutió la necesidad de hacer la "presentación pública" de la orga. Aunque hasta entonces se habían llevado a cabo numerosos operativos, ninguno se había firmado con un nombre que nos diera identidad. Para aparecer públicamente, era importante hacerlo con un hecho resonante. Había que determinar una acción especial y definir cómo nos identificaríamos. Lo primero se decidió verticalmente, pero los distintos ámbitos participaron en la definición del nombre. Se adoptó Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) con la insignia de la estrella federal, como un guiño a lo nacional desde la izquierda de la que proveníamos. La consigna, de clara raigambre sanmartiniana –"Libres o muertos, jamás esclavos"– se abreviaba con la sigla Lomje. Con estas definiciones, el 30 de julio de 1970 se tomó la localidad de Garín durante casi una hora. Fue un operativo complejo que ya denotaba cierta habilidad militar. El

copamiento incluyó el asalto al banco local y a la estación de policía, con la intención de "recuperar" para el pueblo el dinero y las armas necesarios para construir la organización. Con esta operación, bastante espectacular –después de un intento frustrado unas semanas antes– nacían las FAR. El éxito fue total, aunque hubo un policía herido que posteriormente murió. En el copamiento de Garín participaron gran parte de los miembros de la organización y desde luego el Petrus, que "era un tipo polenta, que iba para adelante".

9. Pero la "doble vida" no podía durar mucho… y de hecho no duró. En julio de 1971 secuestraron a Marcelo Verd y Sara Palacios, un matrimonio de compañeros con los que habíamos tenido vínculos de militancia. Fueron los primeros desaparecidos, no de la historia, pero sí de esa etapa. Los conocíamos a ambos. Habíamos estado en un campamento de entrenamiento en San Luis a principios de 1970, donde Marcelo era el instructor; el mismo donde Juan Pablo Maestre nos seducía a todos, hombres y mujeres, cantando zambas: "Para las otras no, pa' las del norte sí, para las tucumanas, mujer galana, naranjo en flor".

Las de Marcelo y Sara fueron las primeras caídas que nos tocaron. Ellos no conocían nuestras identidades, pero Marcelo sabía dónde quedaba nuestra casa; se había dado cuenta en una de las reuniones realizadas allí. Cuando los "ámbitos" –las células de la organización– se encontraban en una casa, se llevaba a las personas hasta el lugar de una manera que llamábamos "a ciegas". Se las pasaba a buscar por un punto distante, se las subía a algún medio de transporte y se las hacía dar vueltas para finalmente llegar al punto de reunión. Esto solo funcionaba si los compañeros tenían la buena disposición de no mirar y desconocían la zona de destino. Cuando te hacían caminar por una cuadra en la que conocías hasta las baldosas, era imposible. Y eso ocurrió cuando llevaron a Marcelo a nuestra casa –como nos pasó después a nosotros cuando nos llevaron a la casa de Willy y la Cucu–. El departamento estaba alquilado a nuestro nombre, de manera que si alguien daba con el lugar no solo nos ubicaría, sino que automáticamente conocería nuestra identidad. Pocos días después del secuestro de Marcelo y Sara, asesinaban a Juan Pablo Maestre y desaparecían a Mirta Misetich, también compañeros de las FAR. No teníamos aún mucha conciencia de lo que eso significaba, ni tampoco de la enorme distancia que existe entre estar preso y estar desaparecido. Una mañana fría de julio, muy temprano, vinieron a avisarnos de las caídas y tuvimos que "levantarnos" enseguida por precaución. Dejamos todo como estaba y pasamos por primera vez a la clandestinidad.

10. La vida clandestina no era cualquier cosa. Uno pasaba a tener un documento con otro nombre. En realidad uno ya tenía otro nombre porque, desde el inicio de la militancia, había adoptado un "nombre de guerra"; pero, simultáneamente, uno mantenía un mundo, una identidad y unos documentos legales. Ahora pasábamos a movernos con un solo documento, que era oficial pero era falso, en el que aparecía nuestra foto con un aspecto medio cambiado, es cierto –el pelo teñido, tal vez, o con un corte diferente–, pero con otro nombre. Ahora sí, pasabas a ser otra persona. La diferencia no era menor. Se acababa entonces la doble vida y se iniciaba la única vida de la militancia y la clandestinidad. Se terminaba el trabajo legal y la independencia económica, se cortaba toda relación con los padres, con los primos o los hermanos, con los amigos, con los compañeros de trabajo. Cualquier contacto con la vida anterior podía estar "envenenado" y debía evitarse. El militante queda entonces "encerrado" en el ámbito de la orga. Depende de ella para su subsistencia, se "profesionaliza" y vive de una asignación económica que se le otorga y que, en el caso de las FAR, era la que correspondía a un obrero industrial especializado, ni más ni menos.

Pero no es solo eso. El círculo de sociabilidad de la persona se restringe a la militancia, lo cual limita enormemente sus puntos de referencia y de contacto con el entorno y con la realidad social externa a la organización. Por si fuera poco, de ahí en adelante circulará con una documentación falsa que lo salva pero que, de ser descubierta, lo llevará al desastre, de manera que todo movimiento entraña un peligro potencial.

En nuestro caso, se decidió que alquiláramos una casa que sería "operativa", así que nos pusimos a buscar y encontramos una con todas las características necesarias de accesibilidad, discreción y posibilidad de escape en caso de allanamiento. Quedaba a pocas cuadras de la estación de Haedo. Para su buen funcionamiento –que suponía la entrada y salida de personas, armas y cuanto fuera necesario– se nos asignó un vehículo sencillo pero flamante, es decir, nuevo en cuanto a su fecha de fabricación, pero también recién robado y con documentación igualmente falsificada.

Ahora éramos una pareja joven, prometedora… y *fake*. Teníamos una casita de clase media y un coche, de modo que, faltaba más, compramos un perro.

Nuestro perro era la adoración de Horacio/Petrus/Armando (y los nombres se seguían sumando). Siempre había adorado a los animales y especialmente a los perros. Desde chiquito "le gustaba andar con las gallinas, los conejos, el perro. Le encantaban los perros y en especial Fierro", ese perro bravo de los tíos que vivían en Glew. Ahora, en la clandestinidad, con la adquisición del fox terrier pelo de alambre que

siempre había querido tener, hacía realidad su sueño de chiquito. Era un perro lindo, inteligente y peleador, que nos ayudaba a parecer una pareja cualquiera y a darle "cobertura" a la casa. Nos acompañó en un largo tramo de nuestra militancia y fue parte de reuniones e incluso entrenamientos en aquellas primeras épocas. Tratábamos, como podíamos, de construir una "normalidad" nueva y de adaptarnos a ella mientras llegaba la revolución.

11. Así como la toma de Garín había dejado un policía herido, que luego murió, así como la represión desapareció o asesinó a los Verd y los Maestre, el accionar armado comenzó a provocar algunas víctimas fatales. Y si la muerte de los compañeros pesa, como ya había ocurrido con Marcelo, con Juan Pablo y con Mirta, la muerte de los "otros" también es una carga pesada. Una cosa es apoyar teóricamente la lucha armada como una opción válida y otra cosa es construir una organización clandestina; una cosa es planificar un operativo y otra llevarlo a la práctica; una cosa es portar armas para amedrentar y otra disparar con ellas. Hay una enorme distancia entre practicar puntería con un máuser en el Tiro Federal y matar a una persona. Esa distancia está compuesta de muchos pasos que, aunque se supone que se comprenden desde el primer momento, no se "realizan" efectivamente en la persona. Es la distancia del dicho al hecho que, en algún momento, se recorre de golpe, de manera abrupta.

Y sí, un operativo perfectamente planificado no impide que alguien del otro lado saque un arma. Tampoco impide que esa arma te apunte y que, en un reflejo por lo aprendido, en defensa de la propia vida, dispares la tuya. El primer muerto. Es decir, puede ser el primero o el único, pero nada de eso lo hace menos grave, menos doloroso, menos impactante. Nuestra apuesta nunca fue la muerte, pero la posibilidad de la muerte propia y de la ajena fueron parte de ella.

Es cierto que no medíamos cabalmente los riesgos a los que nos exponíamos. Es decir, sabíamos que poníamos en juego nuestras vidas, pero nunca pensamos a qué niveles de violencia y horror nos veríamos sometidos ni tampoco cuáles seríamos capaces de ejercer.

Es cierto que fuimos soberbios al pensar que podríamos cambiar el país y el mundo a partir de nuestra voluntad, e incluso de nuestro "sacrificio", pero hay que decir también que había mucho de noble y ético en eso. Estábamos más dispuestos a dar que a recibir; pensábamos más en los otros que en nosotros mismos.

Lo que definitivamente no es cierto es que menospreciáramos la vida, ni la nuestra ni la de los demás. Existía la lógica de "los costos de la guerra", pero nunca en los términos de irrelevancia de la vida que años después se deslizaron en algunas declaraciones de Mario Firmenich. Eso no fue cierto para la mayoría de los que conocí. No fue

cierto para nosotros.

Éramos gente "de principios", hijos de familias judías o católicas, todas con un código moral bastante semejante. Teníamos esos valores y creíamos no en todos, pero sí en la mayoría de ellos. No simpatizábamos, por ejemplo, con la institución familiar como tal, pero sí protegíamos y cultivábamos los vínculos afectivos y familiares. La captura de más de un militante mientras intentaba encontrarse con sus padres o sus hijos así lo demuestra. En vez de casarnos, podíamos simplemente "juntarnos", pero teníamos en muy alto aprecio la relación de pareja y lo amoroso, que no podíamos concebir separado de la sexualidad, potenciada y tal vez sobredimensionada de los setenta.

De manera que matar y morir, matar o morir, no fueron para nosotros cuestiones irrelevantes y cuando eso aconteció nos asomamos al abismo de lo irreparable y tuvimos clara noción de la gravedad de lo ocurrido.

12. Nuestra opción por el peronismo se dio a partir de un desarrollo de corte gramsciano, que comenzó públicamente en una entrevista realizada a Carlos Olmedo, la cabeza más brillante de las FAR, bajo el título "Los de Garín". En ese texto, publicado en 1970 en la revista *Cristianismo y Revolución,* se afirmaba: "En la Argentina, el nacionalismo revolucionario implica la valoración positiva de una experiencia fundamental de nuestro pueblo, que es la experiencia peronista. Esa valoración positiva por parte de un revolucionario puede ser entendida tan solo como identificación con esa experiencia, como la asunción plena de esa experiencia".

Estas declaraciones fueron producto de una discusión interna y también con otras organizaciones, que se fue profundizando, no sin resistencias. Parece que en el ámbito del Petrus no estaban muy convencidos de esta postura y tuvo que ir "el Negro" Quieto a "melonearlos" para que se convencieran, según relata González Canosa. Sin embargo, esa no era su postura personal. Para él, la definición por el peronismo era mucho más clara que para los compañeros que provenían de alguna militancia de izquierda o de familias fuertemente "gorilas", como las llamábamos. Finalmente, la argumentación gramsciana resultó convincente para quienes tenían una formación marxista. Poco a poco, la redefinición política de la organización fue cada vez más clara y las FAR pasaron, en consecuencia, a ser parte de las Organizaciones Armadas Peronistas (OAP), en las que confluyeron también FAP, Montoneros y Descamisados, entre 1971 y 1972.

Este hecho produjo una transformación importantísima en la militancia: el fortalecimiento de las organizaciones armadas como

colectivo y, para las FAR, la profundización de un trabajo de base articulado desde entonces con el enorme y extraordinario movimiento peronista. El trabajo territorial que se abriría a partir de allí ampliaba los horizontes del circuito principalmente estudiantil en el que nos habíamos movido hacia otros escenarios más amplios.

El año 1971 fue el de esa transformación; entre enero y noviembre se dieron todas las discusiones imaginables. Carlos, cuya intervención fue decisiva en este giro político, no llegó a ver los resultados. Murió en un enfrentamiento el 3 de noviembre, cuando dirigía un operativo militar en Córdoba. Perdíamos a un compañero inigualable, como todos, pero más que todos. Además, era el primero de nosotros, de los más cercanos, del núcleo original de los del Nacional Buenos Aires que pensábamos sumarnos a la guerrilla del Che, que moría en el intento.

13. Tiempo después, ya en 1972, Horacio y yo dejábamos la casa de Haedo, tal como habíamos abandonado nuestro primer departamento, perdiendo todo pero salvando la libertad y la vida. Para entonces había pasado alrededor de un año de la caída de Marcelo Verd sin que se allanara la casa de nuestros padres ni hubiera la menor señal de que habíamos sido identificados. Evidentemente, pese a las atrocidades a las que seguramente estuvo sometido, Marcelo no había dado nuestras señas.

Horacio pensó entonces en la posibilidad de ocupar una casa en San Antonio de Padua –también en el oeste– que había sido propiedad de un tío mío. Era un lugar donde podíamos vivir legalmente pero que, como carecía de un registro oficial de la propiedad o de los servicios, no permitía que nos ubicaran. Tenía la doble ventaja de ser legal, pero inubicable para los servicios o la policía que, si nos buscaban, tendrían que pasar previamente por nuestros domicilios registrados, en las casas de nuestros padres. Sin embargo, el lugar estaba abandonado desde hacía un par de años y la casa no se había terminado de construir. Era un cascarón con un comedor y dos dormitorios, una cocina grande y un jardín arbolado en la parte trasera. Ideal para nosotros y nuestro perro… pero había que hacer todo. Mandamos colocar pisos, puertas, ventanas y un pozo de agua. Pero Horacio también puso manos a la obra y, de la noche a la mañana, se convirtió en albañil. Aprendió a revocar, pintó, construyó una medianera, impermeabilizó el techo. Lo que no sabía lo preguntaba y a fuerza de pulmón, en unas semanas, la vivienda estuvo habitable. Mis padres no se quedaron atrás, tanto cargaban baldes de arena como preparaban la comida, entre todos hacíamos la mezcla y, poco a poco, quedó lista nuestra nueva casa. Era blanca, sencillísima, con pisos de baldosa y una parra al frente que nos daba sombra. También tenía una hermosa higuera y un níspero, siempre cargado de fruta, que comíamos y

regalábamos.

Ese 1972 fue un año impresionante. El avance de las organizaciones armadas fue notable. Habíamos pasado de ser pequeños núcleos clandestinos y aislados, encerrados sobre nosotros mismos, en preparación y espera, a tener presencia en el escenario político e incluso cierto reconocimiento. Empezábamos a ser esa "juventud maravillosa" que, como escribía Perón en la Carta a la Juventud de ese año, había "aprendido a morir por sus ideales".

Y no solo Perón nos reconocía: "Parecía que el mundo entero iba para eso [el socialismo]. Uno estaba encandilado, lo que a veces nos impedía pensar, cuestionar. En ese momento ganábamos. Vos ibas con el fusil en la mano y la gente se aproximaba, te abrazaba, te decía: 'Bien, muchachos, vamos'. Una vez hicimos una operación para sacarle unos fierros a un camión. En la desconcentración, yo iba con el fusil y la gente nos vivaba, nos aplaudía", recuerda uno de los compañeros que, en esos años, participó en muchas operaciones, algunas de ellas con Horacio.

La aceptación que alcanzó la vía armada en esa coyuntura facilitó nuestra integración a distintos ámbitos políticos que, aunque sospecharan nuestras filiaciones, no preguntaban porque básicamente las compartían. La pertenencia al movimiento peronista nos abría, a su vez, la posibilidad del trabajo de base en distintos ámbitos, generalmente como Juventud Peronista, que era una instancia legal y afín a nuestro proyecto. Nos abrimos al mundo del movimiento, en especial de las unidades básicas, y con ellas a la realidad política del conurbano bonaerense, al trabajo territorial. La organización crecía pero, sobre todo, aprendíamos; metidos en el barro, en las mateadas y el vino tinto que acompañaban las reuniones, conversábamos con otra gente, con otras historias y otras realidades. Aprendíamos política.

14. Ese año de efervescencia y esperanza fue el año en que mataron a María Angélica. La masacre de Trelew fue uno de esos actos desesperados de exhibición de poder, propios del declive de las dictaduras. El 22 de agosto la Marina asesinó a mansalva, sin el menor disimulo, a dieciséis compañeros de distintas organizaciones que habían participado de un intento de fuga en el penal de Rawson. Nosotros avanzábamos, pero la violencia del Estado también.

El clima de desobediencia en el país crecía, por lo que los restos de los fusilados en Trelew fueron velados en la sede del Partido Justicialista en avenida La Plata. Nosotros no pudimos ir, ni nos lo propusimos; estaba prohibido por la organización y por las medidas de seguridad que debíamos cumplir para protegernos. Sabíamos que habría montones de "tiras" que podían ubicarnos. Las lógicas de la militancia eran implacables, en nuestro propio beneficio y también en

nuestro propio perjuicio: poco a poco asumíamos esos “costos de guerra” y el haber entrado en una vida que respondía a un código diferente.

La Petisa seguiría siendo para siempre, en nuestro corazón, la pibita alegre de pelo ensortijado, sonrisa fácil y ojos brillantes como brasas que conocimos en el Nacional y con la que habíamos militado en aquel primer Macba, apenas cinco años atrás, que sin embargo parecían siglos; había vivido un tiempo con nosotros en la casa de Haedo y ahora estaba muerta. Hoy me cuesta recordar cómo hicimos para soportarlo.

15. El 17 de noviembre de ese mismo año Perón volvió por primera vez al país, después de casi dieciocho años de exilio. Se instaló en la casa de Gaspar Campos. Espontáneamente, la gente empezó a acudir allí para verlo y, en efecto, a cada rato salía a saludar al balcón. Los trenes de la línea norte iban repletos de gente que quería ser parte del acontecimiento. Nosotros también fuimos, por supuesto. La cantidad de gente era impresionante. Miles de personas permanecíamos apretujadas unas contra otras esperando que el Viejo se asomara. Por primera vez en nuestra vida fuimos masa, felices de ser masa. Cantábamos y gritábamos. Los bombos sostenían y multiplicaban el entusiasmo. Cuando Perón salió, ocurrió algo que jamás habíamos experimentado ni volveríamos a sentir. Fue una sensación de compenetración profunda entre los que estábamos abajo y también con esa otra figura que nos hablaba, que nos arengaba, pero a la que, de una manera extraña, nos entregábamos por completo. La relación masa-líder, que le dicen, algo que no se experimenta con cualquiera ni en cualquier momento. Inolvidable, sorprendente, extraño.

Pocos días después, aborté; tenía un embarazo de tres meses que quería conservar con toda mi vida, pero lo perdí.

16. La campaña electoral fue una fiesta. Se acabó la clandestinidad de las organizaciones. Había actos multitudinarios de los que formábamos parte, con columnas inmensas que cantaban “FAR y Montoneros son nuestros compañeros”. Nosotros marchábamos con ellas. Se confirmaba: éramos la “juventud maravillosa” de Perón. Habíamos estado en lo correcto; habíamos ganado. Hasta el papá de Horacio, Domingo, nos dijo el día de la elección: “Al final ustedes tenían razón”. Y no era solo él; ahora eran muchos los que querían integrarse a las organizaciones, pertenecer, luchar. De golpe, todos eran revolucionarios aunque, curiosamente, lo que se festejaba y lo que se había conseguido era una elección. Ese 11 de marzo fue la primera vez en nuestra vida que votamos.

Y sí, la apuesta de las armas había acelerado el desgaste del gobierno

militar y ahora, por fin, vendría un gobierno popular y peronista. “Cámpora al gobierno, Perón al poder” era la consigna que levantábamos entusiastas y que, irónicamente, nos llevaría a la debacle.

Pocos días después de la elección, un grupo de compañeros, tanto de FAR como de Montoneros, partíamos a Cuba para recibir instrucción militar. No era una contradicción, o por lo menos no lo percibíamos como tal. Había que prepararse para defender al gobierno, sí, pero también para sostener e incrementar el poder militar que nos había abierto la posibilidad de una victoria política aunque todavía precaria y en disputa. Siempre habíamos pensado, en consonancia con nuestros orígenes foquistas y la experiencia cubana, que la potencia armada era capaz de acelerar las contradicciones y crear mejores condiciones revolucionarias; sabíamos que una elección no era una revolución, pero apostábamos a que el gobierno abriera las puertas para iniciar un proceso de cambio profundo. Confiábamos en las armas, obviamente demasiado. Sabíamos que son un factor de poder, y en eso teníamos razón. Sabíamos también que en el seno del movimiento peronista teníamos algunos aliados, pero también muchos enemigos de los que deberíamos defendernos. Creíamos contar con el apoyo de Perón y considerábamos que, en esa pugna, nuestra condición de aparato armado podía ser un punto a nuestro favor. Pero si bien las armas efectivamente cuentan en las relaciones de poder, no son, ni por casualidad, lo único y ni siquiera lo más importante cuando se trata de ganar posiciones políticas dentro de un movimiento. Y justamente eso era lo que debíamos enfrentar.

Con esas consideraciones, Horacio y yo partimos hacia Cuba. Yo iba como oficial segundo, de acuerdo con nuestro sistema de grados militares, pero él, a esas alturas, ya era un oficial primero y parte de la conducción del grupo. Su habilidad en las cuestiones militares, entre ellas la disciplina, era evidente. No sucedía lo mismo con otros “jefes”, que llegaban tarde a las formaciones o hacían gala de indisciplina y autoritarismo –no son cosas excluyentes–, porque ya en ese momento estábamos en un entorno completamente militar. La experiencia cubana fue dura, interesante y conflictiva. Las enormes diferencias de formación, políticas y hasta personales entre los que veníamos de las distintas organizaciones no tardaron en aflorar. En Cuba vivimos de manera anticipada las dificultades que se presentarían en el proceso de “fusión” de nuestras organizaciones, que provenían de historias políticas diferentes. Pero lo más fuerte fue que nos desconectamos de los acontecimientos, extraordinariamente acelerados, que estaban ocurriendo en la patria. Nos perdimos el breve gobierno camporista, su renuncia forzada y su desplazamiento de la presidencia por la derecha más recalcitrante, encarnada en la persona de Lastiri y

cuidadosamente planeada por Perón y su entorno. Tampoco estábamos al tanto de que habían bloqueado nuestro acceso directo al general ni de la designación de López Rega como su delegado ante “las organizaciones” –en plural– que conformaban la Juventud Peronista (JP). Ese plural ya adelantaba el desconocimiento de la dirigencia histórica, afín a las organizaciones armadas, así como el invento de otra JP hasta entonces inexistente. Estos hechos, verdaderamente inesperados, dieron lugar a la delirante teoría del “cerco”, de clara raigambre militar, que pretendía justificar la creciente distancia de Perón respecto de nosotros, como si esta fuera producto de la cúpula que lo rodeaba y no de su propia decisión. Con todo esto nos encontraríamos a nuestro regreso. El escenario se estaba modificando de manera radical y adversa, mientras nosotros seguíamos con nuestro entrenamiento militar para ¿apoyar? al gobierno popular, o tal vez para tratar de asegurar nuestro proyecto dentro de ese gobierno.

17. Volvimos de Cuba en un larguísimo periplo, como se hacía entonces para eludir a los servicios de inteligencia, que controlaban todos los viajes a la isla y al “otro lado de la cortina” porque sí, eran tiempos de la llamada “cortina de hierro”. Por eso, nuestro increíble recorrido había sido Buenos Aires-París-Ginebra-Praga-Moscú-La Habana, con cambio de pasaportes en el medio. Ahora, desandábamos el mismo itinerario. Antes de abordar el vuelo del último tramo, nos enteramos, en el aeropuerto de París, del asesinato de José Ignacio Rucci, ocurrido el 25 de septiembre. Era noticia en los periódicos de Francia, de manera que debe haber sido el 26 o 27 de septiembre. Nos alegramos, no puedo negarlo. Rucci era, sin duda, un acérrimo oponente político y pensábamos que su salida del panorama nos beneficiaría. Pero ni siquiera podíamos imaginar que la autoría fuera de la orga; en realidad, de “nuestra” orga, ya que la fusión con Montoneros todavía no era un hecho. Después de llegar a Buenos Aires, tuvimos la sorpresa: “Fuimos nosotros”. Parecía inconcebible haber hecho una “opereta” en el marco de un gobierno peronista. Claro que apenas era el período de Lastiri, enemigo declarado de la Tendencia Revolucionaria; claro que la violencia no venía solo de nuestra parte; claro que los atentados y asesinatos contra nuestros militantes ya se habían iniciado. Aun así, se desató una fuerte discusión. No nos parecía aceptable, ni a nosotros ni a otros compañeros que fuimos escuchando. Pero veníamos de estar seis meses fuera del país. Habían pasado muchas cosas durante nuestra ausencia: la asunción de Cámpora, la amnistía y liberación de los compañeros presos, la segunda llegada de Perón y la masacre de Ezeiza, sus declaraciones posteriores, en aquel momento ambiguas

pero que ya inoculaban un veneno de alta toxicidad: la idea de unos “infiltrados” –nosotros– ajenos al movimiento. Otro dato eran los atentados, torturas y ejecuciones de militantes de la izquierda, peronista o no, por parte de grupos civiles protegidos por el aparato estatal, del cual Perón aún no había tomado el control (según nosotros). En esos pocos meses se había pasado de la primavera camporista a un escenario plagado de focos rojos, nuevas amenazas que redoblaban la complejidad política. No sabíamos si entendíamos bien, pero sin duda el asesinato de Rucci y la violencia creciente implicaban un retorno al escenario de tiros, persecución y clandestinidad del que habíamos intentado alejarnos. Sin tener cabal conciencia de ello, nos aproximábamos a fracturas y traiciones inimaginables, algo muy lejano a nuestra apuesta por ser parte del nuevo proyecto nacional y popular, de sostenerlo y sostenernos en él.

18. Si desde el inicio del gobierno camporista la relación con Perón se fue haciendo más y más difícil debido a la presión de su entorno, a sus preferencias políticas y a nuestros propios desaciertos, el asesinato de Rucci marcó un quiebre irreversible. Aunque de manera indirecta, esa acción representaba un intento de “apriete” nada menos que a Perón, porque se trataba de ganar espacio frente a él, dentro del movimiento, pero tocando a una figura muy próxima. Se puede decir que, si las cosas ya estaban mal, a partir del 12 de octubre nuestra posición se complicaría muchísimo más.

Con la llegada del Viejo a la presidencia el 12 de octubre de 1973 –el mismo día en que, casualmente, se selló la fusión entre FAR y Montoneros–, nuestro proyecto de “patria socialista” ya no desafiaba a los militares en el gobierno, ni siquiera a la derecha peronista, sino al propio Perón y su “comunidad organizada”. Empujar hacia delante, en esa visión progresiva de la historia que manteníamos, significaba, ni más ni menos, presionar a Perón o, en el mejor de los casos, darle margen de maniobra para deshacerse de la derecha y convertirse en el líder verdaderamente revolucionario que, según nosotros, estaba llamado a ser. Nos empecinábamos en creer eso, en confiar en que Perón mantendría cierta lealtad hacia nosotros; nos aferrábamos a teorías como la del supuesto “cerco” del “Brujo” López Rega, Isabelita y la banda de canallas que lo rodeaban para explicar su distanciamiento creciente. Pero la verdad es que no lo creíamos del todo. Junto a esta especie de ficción, que nos llevaba a seguir gritando “La vida por Perón”, en realidad nuestra apuesta vital era desde siempre –y seguiría siendo– la revolución tan ansiada.

Creíamos que el liderazgo de Perón era real y que eso “objetivamente” lo aproximaría a una mirada revolucionaria, pero para lograrlo era necesario “apretar”, “presionar”, “forzar” el

reconocimiento de posiciones dentro de un movimiento que congregaba no solo a sectores diferentes sino francamente antagónicos y enemigos de nuestro proyecto y de nosotros. La teoría del cerco era a la vez una justificación externa del ostensible alejamiento de Perón y un “salvavidas” para sostener la esperanza, pero ni Horacio ni yo ni muchos de nosotros creíamos en eso.

Como fuera, toda esperanza se rompió en la concentración del 1 de mayo de 1974. Montoneros fue al acto en claro desafío a la política gubernamental y a la figura de Isabel Perón como posible sucesora de Evita. “¿Qué pasa, qué pasa, qué pasa, general? Está lleno de gorilas el gobierno popular”; “No rompan más las bolas, Evita hay una sola” fueron las consignas de las columnas montoneras ese día. La apuesta se basaba en hacer una demostración de fuerza, movilizar enormes columnas que demandaran un cambio de rumbo que pensábamos sería irresistible y que Perón, como líder auténtico del movimiento, sabría interpretar. Pero no fue así. Allí se verificó cómo, en unos pocos meses, habíamos pasado de ser una “juventud maravillosa” a unos “estúpidos que gritan”, unos “imberbes” que pretendían tener más méritos que las organizaciones sindicales –donde se concentraba la derecha peronista–, las mismas que habían resistido durante veinte años. La reivindicación de la corriente sindical, de sus “asesinados, sin que haya tronado todavía el escarmiento”, era una clara condena al accionar de las organizaciones y a sus acciones contra la burocracia sindical. Montoneros se retiró de la Plaza de Mayo a los palazos y con ellos el Petrus, que iba con la columna oeste, mientras los grupos de la derecha peronista gritaban “Los vamo a reventar, los vamo a reventar…” en un claro preanuncio de lo que vendría. Yo estaba nuevamente embarazada y había quedado cubriendo los puestos de retaguardia, pensados por si había problemas en el repliegue, que por suerte no existieron. Los compañeros llegaron desolados.

La muerte de Perón ocurrió exactamente dos meses después. Un poco de cautela, un poco de astucia política habrían evitado semejante ruptura pública, totalmente innecesaria, y también, al menos en parte, sus consecuencias nefastas. Pero todo sucedía demasiado rápido.

Hoy podríamos pensar ese momento como un doble malentendido, una especie de fractura en la transmisión, es decir, en la memoria. Ambas partes compartíamos el pecado de soberbia: nosotros, los jóvenes que habíamos protagonizado las luchas de los últimos años, nos sentíamos con “derecho” a definir qué se debía hacer y presionar en esa dirección incluso al líder histórico de un movimiento gigantesco que nos sobrepasaba con creces; Perón, con toda la fuerza de su liderazgo, pero también con sus setenta y ocho años encima, pretendía sostener su autoridad sin reconocer que era otro tiempo, que había otros desafíos y otras propuestas. Por ambas partes se

interrumpía así una transmisión verdadera que habría permitido el aprendizaje de las formas de la política a la vez que su actualización y renovación. Todos salimos perdiendo.

19. La Alianza Anticomunista Argentina (AAA) o Triple A inició su accionar en noviembre de 1973, seis meses antes de la muerte de Perón, pero su violencia se incrementó notablemente a partir de su fallecimiento. Comenzaba el terror, producto de esa violencia desatada que no se sabía con precisión de dónde venía ni contra quiénes actuaba. Las “listas negras” incluían a personas de muy diversas filiaciones, pero principalmente a figuras públicas, visibles. La conexión de los atentados con la derecha peronista era evidente, pero no fue tan fácil identificar qué estructuras los sostenían ni quiénes eran sus cabezas principales. El trabajo de inteligencia de la organización permitió reconocer la forma operativa, vincularla con otras acciones previas por su *modus operandi* y empezar a identificar la trama. Llegó así a las personas de Rodolfo Almirón, Juan Manuel Morales y el comisario Alberto Villar, todos allegados a López Rega, que actuaban desde el Ministerio de Bienestar Social. En realidad, hablar de la estructura de inteligencia de Montoneros y de sus hallazgos es mucho decir. Horacio dirigía entonces esa estructura, que a su vez era parte del aparato militar, dentro del área federal. Estaba francamente impresionado por un compañero que sí sabía cómo investigar, que lo hacía de manera detenida y detallada, que desplegaba papelitos y tarjetas para establecer conexiones de fechas, de procedimientos, de personajes. Ese hombre, que Horacio admiraba, no era otro que Rodolfo Walsh, un tipo a quien sus respectivos jefes no le habían prestado mayor atención, según relatan algunos compañeros. “El Petrus era el único que le daba bola en serio a Rodolfo, porque en general no le daban mucha pelota”, pero me consta que él le dio un lugar, una escucha y que trató de aprender. Yo oía, por las noches, sin saber de quién se trataba, los relatos de su extraordinaria inteligencia para vincular y descubrir aquello que los demás no podían ver. En efecto, Lila cuenta que “Walsh era muy metódico, muy riguroso. Siempre decía que había que usar información verdadera; era muy exigente en eso. Tenía una carpeta de hojas largas, cuadriculadas, donde iba anotando todos los datos de los asesinatos, desde que aparecieron los primeros cuerpos que se atribuyeron a la AAA. En ese momento todavía no se sabía quién los cometía, pero él anotaba la fecha, el nombre, el lugar, la militancia y el *modus operandi*, así como las condiciones en que se encontraban los cuerpos, para ir identificando ciertas regularidades. Así descubrió que algunos datos coincidían con una investigación que había hecho antes, en la que estaban involucrados Almirón y Morales y en la que habían

utilizado el mismo modelo operativo en los mismos lugares. De ahí salió la hipótesis de que era esta gente la que estaba metida en los atentados". Así que el 1 de noviembre de 1974, cuatro meses después de la muerte de Perón, Montoneros realizó un operativo en el Tigre: voló con explosivos la lancha en la que viajaban Villar y su esposa. El comisario Villar había creado la Brigada de Explosivos en la Policía Federal, responsable de diversos actos terroristas contra la militancia de izquierda. Ahora, como cabeza de la AAA, moría de esta manera tan violenta aunque, paradójicamente, en su propia ley.

20. El 3 de enero de 1975 nació nuestra hija mayor, Mercedes. Ya eran tiempos de mucha dificultad, pero aun así –o tal vez por eso mismo– queríamos tener hijos. La posibilidad de la muerte o, mejor, la cercanía de la muerte obligaba a "empujar" la vida. Tal vez por eso tantas parejas militantes tuvieron sus chicos entre 1974 y 1978. Había que vivir, seguir viviendo de alguna manera.

Comenzaron las noches de poco sueño, de turnarnos para ver quién se levantaba: "Te toca a vos". Horacio lo hacía igual que yo… cuando no tocaba teta, pero estaba en casa menos tiempo, por lo menos mientras duró mi licencia de maternidad.

Mechita lloraba todas las tardes, al anochecer, y no había forma de pararla. A mí también me daban ganas de llorar, pero poco a poco nos fuimos conociendo y reconociendo. Era difícil estar dedicada por completo a un bebé, en casa, de hecho como ama de casa, después de tantas aventuras militantes.

Pasaron los primeros tres meses y después me reintegré al trabajo legal, que para entonces tenía, y también a la militancia en la estructura territorial de Tres de Febrero. Horacio, en cambio, estaba "profesionalizado" y seguía en el área federal. Empezaba una nueva etapa: había alguien más a quien cuidar, pero también había alguien más por quien cuidarse. Nunca sentimos que tener hijos fuera incompatible con la militancia, todo lo contrario. Era una apuesta por la vida tanto en lo personal como en lo político, siempre juntos, siempre entrelazados.

21. A partir de la autoclandestinización de la organización, en septiembre de 1974, el aislamiento político se había ido profundizando y, con él, la militarización. El funcionamiento en las unidades básicas y en las organizaciones de superficie había representado un oxígeno extraordinario, que ahora se perdía. Ante la reducción de espacios en el movimiento peronista y el avance violento de la AAA, tratábamos de proteger a nuestra gente volviendo a la clandestinidad y refugiándonos en el aparato. El abandono y cierre de los locales fue un auténtico shock; nos retrotraía de hecho a la época

de la dictadura, aunque con un “aparato” mucho más desarrollado. Había que llevar adelante la “guerra popular y prolongada”, para la que nos proponíamos construir un ejército capaz de desafiar nada menos que al Ejército nacional: ejército contra ejército.

Así que en 1975 se iniciaron las “campañas militares”, tendientes a la formación del Ejército Montonero, que incluían operativos permanentes y más indiscriminados. A partir de entonces la noción de “enemigo” se generalizó y la lógica bélica se profundizó, replicando la del Estado. La organización había dado un giro gigantesco: de un accionar militar muy cuidadoso, que buscaba la legitimación y la apertura a la política, pasó a ser parte de un movimiento de masas, nutriéndose de muchas de sus organizaciones, para ser finalmente arrojada a ese espacio y convertirse en un aparato principalmente militar, capaz de replicar incluso las formas de violencia indiscriminada que había padecido a manos del Estado.

El giro militar de la organización acompañaba el giro militar y represivo del Estado, en lugar de diferenciarse de él. Tucumán fue un claro ejemplo de la escalada en la violencia del Estado, sobre todo a partir de febrero de 1975 con la instalación del Operativo Independencia para aniquilar a la “subversión”, que dejó una secuela de asesinatos y desapariciones. En realidad, “ya para fines de 1974 habían levantado a gran parte de los compañeros que representaban a las agrupaciones sindicales, identificadas con las organizaciones armadas, porque [hay que decir que] muchos de los dirigentes sindicales estaban vinculados con ellas”. El Operativo Independencia implicó el asentamiento de alrededor de cinco mil efectivos en una provincia pequeña y con alta densidad poblacional. A partir de ese momento, “los milicos controlan todo el cordón montañoso, en cada ingenio establecen una base militar y ponen control en cada una de las rutas […] Entran a destrozar todo, más allá de lo que podían obtener como dato”. Detienen y secuestran a mansalva y, desde el inicio del Operativo, entra en funcionamiento la escuelita de Famaillá.[9] Y la gente lo sabía. Lito recuerda: “Era el terror, destruían todo, chicos, grandes; no quedaba nada. Era salvaje. Era parte de una decisión política: crear el terror. [Acdel] Vilas entró con una crueldad terrible, [tanto que] en el sur de la provincia hay gente que recién ahora [2019] se está atreviendo a contar esas historias”.

Todo este despliegue respondía a la necesidad de acabar con la Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez que había instalado el PRT[10] en el monte tucumano en 1974 y, de paso y no menos importante, con el clima de radicalización política de la provincia en general y del sector cañero en particular.

La Compañía de Monte del ERP[11] se proponía un trabajo específico con el campesinado tucumano que, según su proyecto, le

permitiría crear zonas liberadas dentro del territorio nacional. En 1975 Montoneros retomó parcialmente esa idea, buscando crear nuevos frentes de lucha que ampliaran el escenario político. Pensó entonces en la posibilidad de organizar una columna en el monte, a la que llamó "proyecto H", cuyo objetivo no sería crear un "territorio liberado", al estilo del PRT, sino diversificar los modos y territorios de combate construyendo un espacio que pudiera también servir de retaguardia y de refugio. Así que la organización comenzó a preparar a unos veinte compañeros para ese intento y, simultáneamente, envió a tres de ellos al monte tucumano para compartir y observar la experiencia del ERP, que ya llevaba casi un año operando. El Petrus, ahora Ignacio, iba al frente de ese grupo. "Estuvieron cerca de un mes, desde mediados de septiembre de 1975. En octubre bajaron los nuestros [Montoneros] y casi todos los del ERP, en tres grupos, y tuvieron un enfrentamiento con el Ejército que había llegado hasta la base del campamento. Estaban flaquísimos; uno de ellos había bajado veinte o treinta kilos, a otro no lo conocí" de tan flaco que estaba. Horacio regresó bastante saludable, pero claramente convencido de que la instalación de la columna de monte no era una buena idea en ese momento. La experiencia que habían tenido durante ese mes no había sido alentadora: la escasez de población, las complicaciones para el abastecimiento y las difíciles condiciones de vida amenazaban con convertir al grupo en una patrulla perdida y aislada.

A partir de esta experiencia, y especialmente por el análisis de "las características de Tucumán, se va desarmando la idea de poner una columna. Se comienza a ver que hay posibilidades de [nuevos] frentes de lucha que están mucho más relacionados con el llano, el *pedemonte*, donde hay poblaciones, colonias". En una provincia como Tucumán, con mucha población, con una clase obrera numerosa, organizada y combativa –vinculada a la experiencia de Fotia–[12] y asentada principalmente en las ciudades y en el llano, en las zonas de ingenios y cañaverales, subir al monte no era la mejor opción en términos políticos ni operacionales. Después de largas conversaciones, recorridos y análisis, Ignacio y los compañeros encontraron una alternativa diferente para la diversificación: la patrulla de llano.

22. Durante 1975 la tónica fueron los viajes frecuentes de Horacio a Tucumán, que incluyeron su estadía en el monte y el desarrollo del nuevo proyecto, mientras yo permanecía en Buenos Aires con un trabajo de nuevo legal, viviendo en nuestra casa de San Antonio de Padua y militando en Tres de Febrero. Pero para fines de ese año se planteó nuestro traslado, como familia, a la ciudad de San Miguel.

La regional había sido diezmada y se trataba de recomponerla. Nosotros y otras parejas nos asentaríamos legalmente y, desde allí,

trataríamos de mantener y desarrollar el trabajo político. Hicimos varios viajes previos, buscamos una vivienda y encontramos un departamento en la esquina de Alem y Lamadrid. Mandamos los pocos muebles que nos quedaban desde Buenos Aires, elegimos cortinas alegres y bonitas, y tratamos de armar un nuevo hogar "con todas las de la ley". La noche del 31 de diciembre de 1975, todavía con la casa vacía, brindamos por el año que empezaba, nada menos que 1976. Estábamos solo nosotros dos con nuestra nena, en la azotea del edificio, mirando un cielo estrellado que parecía venturoso. Sabíamos del peligro que nos rodeaba, pero estábamos dispuestos a atravesarlo.

La vida en Tucumán fue hermosa. La "cobertura" nos obligaba a un ritmo de provincia, con siestas incluidas. Horacio iba a trabajar cada mañana a una oficina que no era más que una pantalla y volvía a comer a casa cada mediodía. Por la tarde se repetía la dinámica. Yo cubría mis citas y mi trabajo de militancia por las tardes, en salidas que hacía como si fueran paseos con mi hija. Por la mañana me dedicaba a las tareas de la casa, que estaba siempre "perfecta"; después me iba con la nena, en su cochecito floreado, a hacer las compras en el Mercado Central, que quedaba a un par de cuadras. Los ruidos, los colores, las pobres gallinas descogotadas al momento de comprarlas, las indígenas que vendían semillas y ají picante, los cerros tan cerquita, las lluvias que caían como un diluvio; todo era parte de un mundo desconocido y extraordinario. Cocinar, cocinar cada día inventando algo nuevo y después comer con vino rebajado con Seven Up (horrible). Todo eso nos parecía fantástico. Algunos fines de semana agarrábamos la moto y nos íbamos a pasear por los cerros. No sé si no sentíamos el miedo o ya se me olvidó, pero el recuerdo de esos primeros meses en Tucumán, cerquita de mi hija, viéndola crecer y empezar a jugar, hablando cada vez más, comiendo juntos y acostándonos después, felices como si de verdad fuéramos una familia "normal", fue inolvidable.

Mientras tanto, en simultáneo, avanzaba el proyecto de la patrulla de llano. A Horacio, que era "fierrero" pero no tonto, le interesaba mucho comprender las características sociales y políticas de la provincia. Rápidamente entendió que en Tucumán la realidad no se prestaba para miradas esquemáticas y binarias. Su composición social, con pequeños y medianos agricultores, no solo con los grandes, requería una lectura diferenciada. "Había una gran proporción de cañeros chicos y medianos que tenían su producción, a la vez que trabajaban como peones para el ingenio". Es decir que eran simultáneamente productores y asalariados, lo cual los diferenciaba significativamente de los grandes productores y de los ingenios. "Ese tipo de cosas le importaban mucho a Ignacio [...] que se interesaba en el contexto, en las condiciones sociales. [Por eso] cumplió un rol importantísimo. Él

rediscutió la política a seguir y de ahí armamos la dinámica de la patrulla de llano”. Se puede decir que, con ese proyecto, intentaban usar las características específicas de la geografía –un llano sembrado de caña– articulándolas con las especificidades sociales y la historia de lucha de los ingenios como partes de una estrategia mayor y diversificada de resistencia. El monte podía ser una retaguardia, pero de lo que se trataba principalmente era de “moverse en el llano, donde estaba la disputa, el conflicto y la población”. Se armó así la patrulla de llano, en medio de la caña.

¿En qué consistía esa patrulla? Explica Lito que, por las características de la producción, los agricultores mantienen la caña limpia y arreglada durante todo el año, formando grandes tablones divididos entre sí por callejones. Cada tablón tiene ochenta surcos y corresponde a una superficie aproximada de una hectárea, como una manzana. Entre dos filas de caña, se guarda un espacio de unos ochenta centímetros que permite el trabajo y, por lo tanto, también caminar y moverse entre los surcos y por los callejones que separan un tablón de otro. Además, en los arroyos cercanos circula agua potable, lo que resulta vital si uno debe permanecer mucho tiempo en la caña.

“Para continuar la lucha política en medio del Operativo Independencia había que moverse, pero hacerlo de la manera acostumbrada era imposible porque las rutas estaban cortadas por los retenes militares”. La creación de una patrulla de llano, que circulaba y operaba en la caña, permitía a los compañeros –tanto de la conducción como de cualquier nivel– conectarse, ponerse de acuerdo, pasar información de lo que ocurría y coordinar distintas formas de acción. También era una manera de moverse para contactar a los grupos que trabajaban en los ingenios, de pasar cosas, información, de transitar e incluso de reunirse en la caña. “Los compañeros que tenían problemas [de seguridad] podían andar y vivir en la caña, incluso dormían ahí […] Entrábamos de noche y salíamos a la madrugada. También teníamos embutes, donde dejábamos las armas. Contábamos los surcos y en el primer montecito enterrábamos las cosas. Además, el cañaveral está ligado a colonias y poblaciones donde hay agua, lugares para comprar comida o comer en pequeños negocios, con mucho movimiento. Y uno se mimetizaba con la gente que trabajaba ahí, con los trabajadores que venían para la zafra”. Así, era un territorio conocido para los compañeros y desconocido para los militares; al revés de la ciudad o de la ruta 38, ofrecía una ventaja relativa que podía ser aprovechada.

Como es evidente, no se trataba solo de la seguridad, sino de mantener el vínculo político dentro de la organización y de esta con su entorno. La patrulla de llano, que alcanzó a funcionar apenas unos meses, permitió mantener la relación entre los compañeros

clandestinos y los que seguían trabajando en los ingenios, hacerles llegar información y coordinarse, como cuando advirtieron a los trabajadores del posible cierre del ingenio de Bella Vista, lo cual les permitió actuar en defensa de su fuente de trabajo.

Horacio y ese grupo de compañeros de Tucumán sintetizaron en la patrulla de llano lo que tal vez debería haberse implementado mucho antes. "Esa fue la nueva estructura que nucleaba lo político, lo militar, que implicaba otra relación con el territorio y con la población" y fue, en buena medida, un "invento" de Ignacio y los compañeros de Tucumán.

23. Recuerdo perfectamente el 24 de marzo de 1976 o, mejor dicho, recuerdo esa tarde. Era un día gris, tormentoso. Estábamos en casa escuchando las noticias del golpe, tan anunciado que no constituía sorpresa alguna. Teníamos una sensación de incertidumbre, de no saber qué esperar. Los bandos militares se sucedían, amenazantes, aunque nos parecía que nada podía cambiar radicalmente, que nada podía ser demasiado peor de lo que ya era. Estábamos en plena persecución, es cierto, pero no nos dábamos cuenta de que nos encontrábamos en la mitad de un plano inclinado por el que nos deslizaríamos hasta el fondo. Sin embargo, presentíamos que se avecinaba otra clase de oscuridad.

Casi inmediatamente decidimos tener otro hijo. Siempre la vida. Y fue hija, la preciosa María, que ya nacería fuera de Tucumán, en Buenos Aires.

Al poco tiempo empezaron las caídas, una atrás de otra, sin que hubiera lógica alguna en la secuencia. Teníamos las tablas de descompartimentación[13] de cada uno, así que, cuando alguien caía o se desenganchaba, podíamos saber con qué información contaba, qué casas, qué nombres conocía, para "levantarlos" de inmediato. Sin embargo, la secuencia de las caídas no respondía a esta lógica y resultaba del todo incomprensible: eso era desconcertante y enloquecedor.

Ya había caído Javier, y Dolores, su compañera, vino a refugiarse en nuestra casa. Los tres revisábamos una y otra vez las misteriosas desapariciones, sin poder comprender. En ese momento, Horacio dijo: "Ya sé. Lo único que estas personas conocen de las otras es su cara. Deben estar sacando a la gente detenida a la calle para que encuentre, reconozca y señale a los compañeros con los que se cruce", lo que no era demasiado difícil en una ciudad pequeña como San Miguel. Y tenía razón. Fue la primera noticia que tuve de lo que después conoceríamos como "dedo" y que significó todo un "avance" en la tecnología represiva de la desaparición forzada. A partir de allí, toda forma de circulación se convertiría en un peligro.

Los compañeros de Salta, que pertenecían a nuestra misma regional, se habían desenganchado –es decir, habíamos perdido todo contacto con ellos–, así que unos días después fui ¡con mi nena y mi embarazo! a cubrir la cita en la ciudad de Salta para tratar de conectarlos. Asistí un par de días seguidos, pero no llegó nadie y me volví a Tucumán. Antes de ir a mi casa, tenía que pasar por una cita de control, para asegurarme de que todo estuviera bien. Tampoco asistió nadie. Eso quería decir que algo le había pasado a Horacio o a nuestra casa. Por lo tanto, sin tener dónde refugiarme, me fui directamente ¡a la estación de tren! a tomar el Estrella del Norte a Buenos Aires. Debo haber pasado por el medio de los marcadores y me tuvieron lástima, o habrían ido al baño, o me volví transparente de manera súbita; el asunto es que subí al tren y partí a Buenos Aires. Todas nuestras cosas quedaban abandonadas en el departamento de Alem y Lamadrid, al que nunca regresamos y solo volví, para verlo desde afuera, cuarenta y seis años después.

El tren hacía paradas en el camino, donde fueron subiendo algunos compañeros que conocía. Me dijeron que había habido una emergencia; todos se habían levantado; Horacio y otros estaban saliendo por la caña, es decir, caminaban entre el cañaveral para alcanzar el tren en puntos más distantes y menos vigilados. ¡Estábamos vivos! De hecho, éramos la única pareja, de todas los que se habían instalado al mismo tiempo que nosotros, que salía completa del desastre.

24. “Hasta septiembre de 1976 funcionó todo en Bellavista. Eso fue lo último que cayó”. Pero ya en junio Ignacio les había indicado a los compañeros que había que reunirse en la caña, levantarse de los lugares donde los conocían, cambiar de ingenio, es decir, no quedarse donde normalmente se los pudiera ubicar. Esa orientación se bajó a las agrupaciones para tratar de proteger a la gente, que era su mayor preocupación. Algunos pudieron y otros no, algunos hicieron caso y otros se quedaron donde estaban acostumbrados a moverse. Muchos fueron capturados y desaparecidos.

“La inserción era importantísima para él. Te decía: ‘Una vez que tengas trabajo, buscás hospedaje y ahí te reinsertás’. Esa era su manera de armar nuevos frentes de lucha o recuperar lo que ya estaba prácticamente perdido. También decía que, como una norma, había que hacer a la noche como un ejercicio de pensar qué había hecho uno durante el día y qué haría al día siguiente. Eso me sirvió muchísimo después”. Probablemente ese hábito era una forma de estar alerta, de reflexionar sobre la práctica, de tratar de manejar los tiempos y los espacios sin dejar que la vorágine de los sucesos te tragara. De la misma manera, en la vida familiar y cotidiana, cuando las cosas se

complicaban, Horacio siempre decía: "No, día por día, paso a paso, ahora esto. Una vez que tengamos resuelto esto, lo que sigue. Paso a paso".

Cuando los compañeros tuvieron que dejar sus casas "era complicado andar por la caña […] [pero] vos te ibas a la caña y te daba tiempo para saber si te estaban buscando. Yo vivía y trabajaba en Bellavista, entonces tenía que levantarme de Bellavista y la opción de la patrulla de llano me permitía estar a diez minutos de ahí. […] Saber lo que ocurría en el ingenio, en la colonia, irme de Bellavista sin irme de Bellavista. Por esta geografía, nosotros desde el cercano sur llegábamos a cualquier lado sin tocar la ruta ni un control policial".

"[Ignacio y yo] tuvimos un vínculo político, pero también de amistad. Él se vinculó con todo el mundo. Era alguien con mucha disciplina, muy cuidadoso de la seguridad, pero una disciplina que no era rigidez. Manejaba el total, sabía lo que ocurría en todos lados, se interesaba en el contexto, en las condiciones sociales y políticas. Cumplió un rol importantísimo en ese momento".

Los que anduvieron en el monte y en la caña con él también cuentan que tenía muy buen estado físico y era muy exigente, con los otros y consigo mismo. "Se subía a la bicicleta y andaba en el llano. Se iba al cerro y bajaba en bicicleta. Lo fuerte de él era la disciplina; no se cansaba nunca. Nosotros le decíamos: 'dormite una siestita', a ver si paraba un poco". Así, andando entre la caña y en bicicleta, haciendo guardias, cansados, agotados, eludieron los controles, migraron a otras zonas o a la ciudad y alcanzaron el tren que sacó de la provincia a los que no eran de allí. Era agosto de 1976, y muchos murieron en el intento.

25. La vuelta a Buenos Aires fue difícil. Yo no sabía qué había pasado exactamente ni si habían allanado nuestra casa, así que no tenía adónde ir hasta enganchar a la orga y reencontrar a Horacio. Me alojé un par de noches en casa de una prima. Por fin nos encontramos, pero ya no recuerdo la alegría del abrazo: estábamos demasiado rodeados de muerte. Pasamos unos días en casa de la Pili –hermana de Horacio– y su pareja, ahora con la otra Pili chiquita, la Pilita, recién nacida.

Pero no podíamos quedarnos mucho tiempo allí; tantos jóvenes con chicos resultaba sospechoso, así que decidimos instalarnos temporalmente en la casa del Tigre, que pertenecía a los padres de Horacio. Llegábamos generalmente de noche, después de hacer antiseguimiento; bajábamos en otros muelles por si estaban vigilando la casa; tratábamos de pasar desapercibidos y que no se notara demasiado movimiento, pero siempre inseguros de lograrlo, inseguros del entorno y de nuestra propia situación.

Ese lugar, que había sido un sitio de disfrute, de verano y de sol, de

tantos encuentros familiares, se había convertido en un territorio sombrío y amenazante. Muy lejos, en el mundo fantástico de los recuerdos, habían quedado las excursiones de Horacio con su padre, cuando remaban juntos hasta llegar al Paraná, cuando pescaban y acampaban en cualquier lugar, “como aventura de hombres”, aquellos tiempos en que acompañarlo al río o a cortar el pasto o a arreglar cualquier cosa de la casa lo llenaba de una alegría sencilla y verdadera. Ahora era agosto y hacía frío.

Pasado un tiempo, sin indicios de que nuestro departamento de Tucumán hubiera caído en manos de la policía ni de que nos buscaran, decidimos regresar a la casita de Padua, que había quedado en suspenso.

Para esa época se hicieron las reuniones del Consejo Nacional, a las que asistían todos los jefes regionales. El Petrus/Ignacio informó sobre el desastre ocurrido en Tucumán y la conclusión a la que habíamos llegado acerca del uso de “marcadores” como estrategia de desmantelamiento de la estructura. Córdoba reportaba prácticamente lo mismo.

Frente a esa nueva tecnología represiva, la compartimentación, como base de la seguridad, perdía gran parte de su utilidad. Para defenderse del “dedo”, se imponía restringir al máximo la circulación, ya que los compañeros eran atrapados simplemente por “portación de cara”. Bastaba que un militante capturado fuera quebrado y obligado a circular marcando gente que había conocido a lo largo de su militancia para que hiciera estragos en distintos ámbitos de la estructura, abriendo una posible cadena de delaciones. Unas pocas personas dispuestas a esta práctica, generalmente después de haber sido sometidas a una tortura irrestricta por su duración y sus modos, podían destruir buena parte del aparato.

Contra toda lógica, la Conducción Nacional decidió que esa estrategia no sería aplicable en grandes ciudades como Buenos Aires y no tomó medidas para modificar las dinámicas de funcionamiento. Para evitar las consecuencias de la tortura y la delación creciente, que no se quería reconocer, la indicación fue que los militantes no debían ser capturados vivos, por su propio bien y por el bien de la orga. Así que se distribuyeron pastillas de cianuro para todo el mundo. Se trataba de resistir en combate o, en su defecto, cianurarse.

Los compañeros caían por montones; desaparecían. Teníamos claro que desaparición era sinónimo de muerte, pero no sabíamos que esa relación no era directa ni inmediata; no teníamos claro lo tortuoso y atroz del tránsito entre la desaparición y la muerte. En términos racionales era cierto que, para la inmensa mayoría de quienes eran capturados, era preferible una muerte por cianuro que lo que les esperaba dentro de los centros clandestinos de secuestro y

desaparición. Sin embargo, ofrecer a los militantes una pastilla de cianuro era proponerles el suicidio como salida desesperada; todo lo contrario de aquello por lo que habíamos luchado. Hay una enorme distancia entre, por un lado, estar dispuesto a morir si es preciso, en el intento de un cambio revolucionario, y por el otro, emprender un camino cuyas opciones más probables son la muerte “heroica” o el suicidio. Una política que se ve orillada a esas opciones es, desde el vamos, una política derrotada.

Mientras tanto, mi embarazo avanzaba; Mercedes crecía, ya tenía casi dos añitos y estaba hermosa. En la parte de atrás de nuestra casa de Padua, sentada en el tronco de un árbol, le propuse a Horacio que dejáramos todo y nos fuéramos a empezar otra cosa; total, ya estaba todo perdido. “No, Flaquita, no me aflojes ahora. Tenemos que quedarnos”. Y nos quedamos.

26. Las fiestas de diciembre de 1976 fueron tristes. Aun así, nos negábamos al “bajón” y al aislamiento en que nos colocaba el contexto. De alguna manera, organizamos una reunión para el 31. Horacio pasó a buscar a un puñado de compañeros por las estaciones de tren cercanas y los llevó “a ciegas” a nuestra casa de Padua. Entre ellos estaba la Colorada con su hijito, ese nene que, a sus ocho años, poco después del asesinato de su papá, le había dicho: “Bueno mamá. No podemos llorar siempre. Ahora yo soy el hombre de la familia”, haciendo su mejor esfuerzo y replicando, a su manera, la lógica “revolucionaria” que lo rodeaba. Esa lógica que nos hacía sacar fuerzas de flaqueza y tratar de no detenernos en las pérdidas para no salir corriendo. No recuerdo a los otros compañeros que vinieron a casa, pero sí nuestra sensación de estar en una fiesta que no era una fiesta. Aun así, estábamos vivos, brindamos con sidra (no daba para más) y nos deseamos, ilusamente, un año mejor que el que estaba finalizando.

Entre nuestra salida de Tucumán, el balance de la experiencia, el embarazo que avanzaba y la nena chiquita, la designación de un ámbito de militancia para mí se pospuso para después del nacimiento de nuestra nueva hija. Esos últimos meses fueron absolutamente domésticos en mi caso. Horacio seguía yendo y viniendo, cada vez más compenetrado con la militancia. Habíamos asumido que, como familia, hacíamos un trabajo común. Sus idas y vueltas eran posibles por mi relativo sedentarismo, ligado a embarazos, lactancias y cuidados infantiles en los últimos dos años. El nuestro era un proyecto en común; así lo conversábamos y así lo asumíamos. No puedo quejarme de la parte que me tocó. Pude estar muchísimo con mi hija mayor, coserle vestidos, hornear pasteles de chocolate que todavía recuerdo y esperar, no sin angustia, a la otra hija que estaba por

llegar. Cuando el parto se aproximó, Horacio estaba en uno de sus viajes. Yo no sabía si iba a llegar a tiempo, pero llegó. Un par de días antes del nacimiento de María, estaba en casa. Caminamos largo rato al atardecer de un incipiente otoño, disfrutando del sol y de nosotros.

El 25 de marzo de 1977 nació María. Era preciosa, tranquila y tenía una poderosa nariz. Su llegada fue mucho más serena que la de nuestra primera hija. Sabíamos mejor qué hacer y la nena se daba cuenta. La disfrutamos… mientras duró. A los cuarenta días exactos me secuestró la Aeronáutica, justamente por un "dedo", cuando salí a comprar unos tornillos, un diario y un poco de asado.

27. Con mi secuestro, el 7 de mayo de 1977, pierdo el rastro personal de qué pasó con Horacio por casi dos años, pero hay otros que me ayudan a recuperar algunos restos, piezas sueltas, "escombros" de la memoria. Recuerdo, sí, que mis padres estaban en nuestra casa de Padua el día de mi detención. Me cuentan que, como yo no llegaba, salieron a la calle a ver qué había pasado. Un vecino les dijo que habían "levantado" a una chica e inmediatamente supieron que era yo. Horacio tomó todas las cosas comprometidas de la casa y se fue. Mis padres se llevaron a las nenas. Era sábado y llovía. Dicen que entre el desconcierto y la angustia de los adultos, Mechita se quedó parada debajo de un caño por el que caía agua del techo, empapándola. También dicen que María, que hasta ese momento solo había tomado el pecho, con gran sabiduría se debe haber dicho algo así como "cuando no hay pan buenas son tortas" y se prendió de la mamadera sin problema alguno. El lunes allanaron la casa de mis padres, que era mi domicilio oficial. Tocaron el portero eléctrico y luego irrumpieron con lujo de violencia, rompiendo, gritando y robando, de tal manera que, por mucho tiempo, Mercedes se espantaba con gran temor cuando sonaba el portero eléctrico.

Mucho después Horacio me contó que, siempre que podía, tomaba un colectivo que pasaba por la puerta de la casa de mis padres para ver si, por casualidad, las nenas estaban en el balcón y llegaba a verlas. Creo que nunca lo consiguió. Siempre nos extrañó a sus hijas y a mí; siempre nos extrañamos y lo sigo extrañando.

28. No había pasado ni un mes de mi secuestro cuando Horacio se encontró con Alcira, la Pili, su queridísima hermana. A esa altura, la orga ya había decidido que él saldría del país, como parte de la llamada "retirada estratégica", así que Alcira le pidió que le dejara su pastilla de cianuro, puesto que él ya no la necesitaría. Ella suponía que la que tenía en su poder estaba vencida y había tomado la firme decisión de no entregarse con vida. Horacio le dio la pastilla y se despidió de su hermana. Pocos días después, el 7 de junio de 1977,

intentaron secuestrarla en Banfield mientras cubría una cita. La Pili se tomó la pastilla y punto y aparte. Era la misma que Horacio le había dado unos días atrás.

Ese fue su último acto de rebeldía, el “broche” de una vida que había sido una sucesión de actos de transgresión, de creatividad y de alegría. Lo hizo para defenderse y para defender a sus compañeros, como bien dijo Jorge, su compañero, el día que enterramos sus restos, restituidos en 2006.

29. Al revés de lo que muchos piensan, estar en el exterior era algo difícil para la mayoría de los militantes. Horacio pasó por distintos lugares: Perú, México, Cuba... y quién sabe dónde más. “Haber perdido la familia, estar fuera del país era muy duro porque se sumaba a la pérdida la distancia de la gente y hasta de la propia realidad [...] [Además], estar dentro del país y estar fuera daba como dos visiones completamente diferentes de la situación”. Mientras la conducción sostenía “esa idea medio ridícula de que ‘estamos rompiendo los tiempos estratégicos’”, los compañeros que salían del país tenían una mirada muy diferente y menos optimista.

Para mediados de 1977, se llevó a cabo en México una reunión del Consejo Nacional de Montoneros. Este era el órgano de conducción extendido, que estaba por debajo de la Conducción Nacional. El Petrus/Ignacio/Armando –sucesión en la que se iban sumando los nombres de guerra– fue uno de los que asistieron. Dicen que tenía todavía una visión optimista pese a los desastres personales, políticos y organizativos de aquel año. “Armando era siempre el tipo que le encontraba el aspecto positivo a la derrota más terrible”. Sin embargo, también para él esa reunión fue un shock porque, en esos viajes, “entrar en contacto con la conducción era como [recibir] un baldazo de agua fría. Vos les transmitías la impresión que tenías del país y ellos te hablaban de un futuro venturoso y vos decías: ‘pero, estamos todos locos, ¿de qué estamos hablando?’”.

Y aun habiendo miradas tan diferentes, no se abría el espacio para una discusión real o sincera porque de lo que se trataba era de convalidar una postura ya adoptada. Para ese entonces, en las relaciones de militancia predominaba la verticalidad, “subordinación y valor, para decirlo de una manera horrorosa [porque] no había una cultura de debate democrático, en absoluto”. Entonces se imponía la postura jerárquica, la autoridad de los mandos que nadie se atrevía a rebatir muy abiertamente. Pero tal vez lo más sorprendente, en esa coyuntura, fue la fuerza de una ideología que se sobreponía a la realidad, distorsionándola y empujando en esa dirección. Una ideología que prometía la victoria como parte del curso de la Historia, esa Historia con mayúscula que supuestamente avanzaba, inexorable,

hacia la revolución. Todo eso hacía que los compañeros *quisieran* creer en una mirada que parecía más clara, más comprometida, más "visionaria", y también más esperanzadora. "Al final terminabas creyendo e idealizando el análisis que ellos hacían. De hecho, no recuerdo que en esa ocasión haya habido una discusión muy fuerte".

30. Con la consigna "Organizarse para vencer", Montoneros empezó a preparar la primera contraofensiva para fines de 1978. Suponía que la dictadura se encontraba en crisis, aunque probablemente estaba en su momento de mayor potencia. Vaticinaba un aumento de la conflictividad social y sindical, como efectivamente ocurrió, y quería ser parte de ella demostrando su presencia política y militar en el país. Así que se planteó el retorno de parte de los compañeros que estaban en el exterior y la reorganización dentro del territorio. No parecían entender que el momento no era de ofensiva sino de clarísima defensiva para salvar lo poco que quedaba, que la organización estaba prácticamente liquidada no solo militarmente, sino que su apuesta política ya no tenía cabida y debía ser reformulada y, en consecuencia, que la lucha sindical no tenía el menor interés en la proximidad de Montoneros. Muchos militantes, incluso algunos que luego participaron en la contraofensiva, tuvieron sus dudas y otros directamente se separaron de la organización. Un compañero que finalmente participó cuenta que, en una de las reuniones preparatorias, "me pareció un poco más delirante, aun en la reunión, la idea de la contraofensiva que se había hecho [...] a todo el mundo nos [...] [¿desconcertó?] incluso el modo en que Pepe hace una explicación gráfica de 'bueno, avanzamos sobre el centro geográfico, sobre esto o aquello', me pareció que era una cosa realmente delirante" porque no guardaba relación con lo que se vivía en el país. Según refieren, para entonces Horacio también tenía posiciones críticas. "Tanto en la reunión como después de la primera contraofensiva, la actitud fue mucho más crítica por parte de Horacio y de otros compañeros. A partir de ahí comienza una etapa más difícil, más crítica". Sin embargo, aclaran de inmediato que él nunca tuvo la idea de romper con la organización o separarse de ella. "Nunca compartió algún temor en el sentido de pensar que ya no tenía sentido seguir", y doy fe de que eso fue así hasta el final.

El entrenamiento para la contraofensiva se hizo en México, en casas o bases donde se reunía al grupo cuyos miembros operarían juntos una vez que llegaran al país. Una de las compañeras que participó en esos grupos cuenta: "Ya en México me entero de que se está armando la contraofensiva. Se arman los grupos; me preguntan si quiero integrarme y yo dije que no me quedaba [en México], que me quería venir [a la Argentina]. El hecho de que mis hijos se hubieran quedado

en Argentina era una cosa insoportable […] Me parecía injusto que yo estuviera a salvo en el exterior y los chicos acá”. De manera que las personas se sumaron voluntariamente a la contraofensiva, siendo perfectamente conscientes del riesgo que corrían. Lo hicieron por distintos motivos: por convicción política, por no soportar la distancia y el exilio, por razones personales, por desesperación.

En la base se hacía el entrenamiento político y militar –“era como un regimiento”– a cargo de militantes ya fogueados. Armando tenía en ese momento funciones de conducción, de modo que llegaba a la base, observaba y daba información política sobre lo que estaba pasando en la Argentina, sobre el “estado de las fuerzas propias, de la gente, de los criterios”, en fin, lo que vinculaba al grupo encerrado en la casa con lo que estaba pasando en el territorio al que llegarían. “[Armando] tenía una capacidad para explicar tan clarito que cualquiera que no supiera de política tenía un panorama de lo que estaba pasando allá […] uno se inyectaba mística después de escucharlo a él; no era un cuadro más. Era un tipo que tenía un carisma especial […] manejaba todo con mucha humildad y con mucha capacidad, con mucha mística, mística revolucionaria. Parecía que salía de las filas del Che, que no todos los compañeros la tuvieron”. También dicen que “imponía respeto. Físicamente, aunque no abriera la boca, vos decías: ‘la pucha’. Esa fue la primera impresión. Imponía respeto, era como muy rígido pero a la vez tenía como un dejo de ternura”. Cuentan, como algo excepcional, que en una oportunidad, frente a una emergencia de seguridad, Horacio le fue pidiendo a cada uno que diera su opinión acerca de cómo encararla. Esta actitud de escucha y respeto por el punto de vista de compañeros más jóvenes o menos expertos no parece haber sido muy frecuente, según los relatos.

Dicen que no solía hablar de cosas personales, pero las tenía en cuenta. La misma compañera relata que, cuando ella ya salía para la Argentina, Horacio le entregó el dinero y los documentos que debía llevar, pero también le dio plata para que les comprara un buen regalo a sus hijos. “Comprales un Scalextric, que les va a gustar”, seguramente pensando en sus propios gustos de chico. “Porque vos viste cómo éramos nosotros, te daban para vivir, para alquilar, para comer y nada más. Esa rigidez de no tocar un mango. Te daban el sueldo de un trabajador. Que me autorizara para comprar un Scalextric era algo inesperado […] Tenía esa cosa humana que los demás no”. Seguramente habría quien sí y quien no, pero la insistencia en ese aspecto humano, tierno, afectuoso, alegre, cruza los relatos de familia, desde su infancia hasta los de la última época de su militancia.

31. Ese mismo año, después de la caída de Horacio Mendizábal, el Petrus/Ignacio/Armando pasó a ser parte de la Conducción Nacional. Me he preguntado mil veces qué impacto tuvo en él este cambio. Aunque desde mucho antes ya estaba a cargo de la Secretaría Militar Nacional, muy próxima a esos niveles de la orga, aunque ya habían sacado esas fotos ridículas, con uniforme, publicadas en el *Evita Montonera*, ahora el nivel de responsabilidad real, no formal, se incrementaba notablemente. Y para Horacio el tema de la responsabilidad no era cualquier cosa; nunca lo había sido.

Parece que no le dio mayor "bola" al asunto, según relata Jorge. "Si alguien no tenía cambios personales por jerarquía, ese era Horacio, ponele la firma". Parece que él, y también algunos otros, se reían de "la estupidez de los uniformes", que no solo se usaron para esas fotos tan desafortunadas, sino también para las reuniones formales de la organización. Pero "Montoneros estaba tan lejos de constituirse en un verdadero ejército popular, que era medio risible usar el uniforme". De la misma manera, los rangos y jerarquías no parecen haberle importado demasiado. Dicen que "con toda su fuerza, con toda su potencia, el tipo [Horacio] se bajaba al mismo nivel, al mismo plano, te decía 'hermano'. A mí eso me tocó. Fue la primera vez en mi vida que alguien me dijo 'hermano'".

32. Nuestro reencuentro fue en 1979, unos meses después de mi liberación, y en plena contraofensiva de Montoneros. Después de muchos avatares, finalmente nos vimos en España, gracias a la mediación de Lilita Goldenberg y sin el consentimiento de la orga, que siempre apostó por nuestra separación. Mi condición de sobreviviente, crítica de las políticas de la organización y especialmente de la conducción, me hacían inaceptable como pareja de uno de sus miembros.

El diálogo político se hacía difícil. Habían pasado muchas cosas sobre cada uno de nosotros. Yo traía, grabado en mi cuerpo, el dolor y el olor de la derrota, estaba convencida de que nuestro descalabro era irreversible, que la organización estaba infiltrada y que lo mejor era abandonar una lucha inútil, para preservar a las personas que aún quedaban con vida. En plena contraofensiva, él y los compañeros que regresaban al país creían que los militares no habían logrado eliminar a la guerrilla en los plazos previstos y habían fracasado en sus objetivos. Esperaban una respuesta política importante de la sociedad y en especial de la clase obrera, que Montoneros podría acompañar y potenciar.

En esos intercambios, difíciles, dolorosos pero también muy íntimos y sinceros, le regalé el libro de León Felipe *Español del éxodo y del llanto*. En ese texto, dentro del apartado que se llama "Está muerta,

¡miradla!", en referencia a España, yo había marcado las líneas que dicen: "Haz un hoyo en la puerta de tu exilio *planta un árbol,* riégalo con tus lágrimas *y aguarda.* Allí no hay nadie ya... / quédate aquí y aguarda". Horacio me devolvió el libro con la siguiente dedicatoria: "Sé, tal vez por sobrada experiencia, que nadie decreta rápidamente la muerte de aquello que realmente amó. El amor es, según yo creo, ante todo tozudo. Siempre pensé que cuando alguien decreta ligeramente la muerte de un ser que en realidad está vivo, más aún cuando se trata de un ser querido, lo único que verdaderamente desea es tomar distancia prontamente de ese dolor. Buscar un nuevo amor. Y aquel que solo sabe querer cuando no media el dolor, en mi opinión, no sabe amar".

Estaba hablando obviamente de nuestro amor, pero también del amor por la Argentina y por el proyecto en el que habíamos empeñado la vida. No estaba dispuesto a decretar muerto nada de eso, a pesar del dolor.

Finalmente, acordamos armar un plan de vida juntos en México, que compatibilizara mi no pertenencia a la organización –en cuyo proyecto ya no creía– con sus actividades militantes y los requisitos de seguridad del caso. En marzo de 1980, pocos días antes de su secuestro, nos vimos por última vez. El proyecto de México se cancelaba, la organización le había asignado otro destino. Arrancaba la segunda contraofensiva, de la que él era pieza clave, y ante la que guardaba una postura mucho más política que militar. No diría que en ese momento Horacio tenía la misma convicción en la posibilidad del triunfo que un año atrás. Las esperanzas de un levantamiento generalizado de la población se esfumaron con la primera contraofensiva y, ya para 1980, había una mirada mucho más desesperanzada. Se aferraba a que, mientras hubiera alguna posibilidad, había que seguir peleando y apostando, a que su responsabilidad personal en lo ocurrido era demasiado grande como para, a esas alturas, dar un paso atrás. Insistía con énfasis en que no se renuncia fácilmente a lo que se quiere, tanto en lo personal como en lo político. "Esperá, Flaquita, ya pasamos por muchas, también vamos a pasar por esta". Nuestro último encuentro fue tristísimo para ambos.

33. El 12 de marzo de 1980, los brasileños detuvieron a Horacio y a Susana Pinus en el aeropuerto Galeão. Una de sus compañeras de la contraofensiva dice: "Nunca entendí cómo fue que bajó en Río. Nosotros íbamos por vericuetos, incluso por consejo de él, de cómo cruzar. Digo, ¿cómo puede ser? Lo marcaron o estaba marcado". Lo cierto es que, por algún tipo de delación, viniera de donde viniese, los estaban esperando. Los bajaron del avión y los entregaron al batallón 601, que los transfirió inmediatamente a la Argentina. Por Silvia

Tolchinsky sabemos que estuvo vivo en Campo de Mayo, probablemente hasta fin de ese año. No tenemos más noticias; nunca una carta o alguna señal de vida. No sabemos cómo lo mataron ni cuándo; no quedaron testigos vivos de ese pequeño grupo con el que compartió su cautiverio y probablemente su muerte; tal vez, nunca recuperaremos su cuerpo, tan querido.

34. Quedan sus cartas, sus casetes para cada uno de nosotros: sus padres, los míos, las nenas –que no son dos sino tres porque siempre, invariablemente, incluyeron a Pilita como una más de nuestras hijas–. Y desde luego algunos mandatos: “Sean honestas y valientes”, por ejemplo, en una carta que Pili recuerda como algo que sigue estando presente para ella. Pero, para mí, lo que queda con más fuerza de toda esta historia con Horacio, de su persona y de nuestro vínculo es la potencia creativa y sostenedora del amor en todos los órdenes. La capacidad de lo amoroso para enlazar a las personas, para permitirles soñar, apostar y construir mundos, así como para apoyarse y sostenerse cuando todo eso se viene abajo.

Las voces presentes a lo largo del relato pertenecen a la amorosa memoria de:

Jorge Omar Lewinger
Julio César González

[5] Federación Juvenil Comunista. [N. de E.]
[6] Frente Estudiantil Nacional. [N. de E.]
[7] Fuerzas Armadas Revolucionarias. [N. de E.]
[8] Técnica desarrollada para evitar el seguimiento de agentes de los servicios de seguridad. [N. de E.]
[9] Lugar emblemático de secuestro, tortura y desaparición de personas en Tucumán, que operaba en las instalaciones de una escuela. [N. de E.]
[10] Partido Revolucionario de los Trabajadores. [N. de E.]
[11] Ejército Revolucionario del Pueblo. [N. de E.]
[12] Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera. [N. de E.]
[13] Registro de la información que cada compañero/a poseía, proporcionada por la misma persona de manera cerrada, y que solo se abría en caso de ser detenida. [N. de E.]



Queridas hijas: No es mi intención que sean estas líneas que hoy les escribo el sustituto de mi presencia.



Que nunca olvidemos que la vida es lucha y es solo así como es alegría y es amor.



El nuestro, el dolor de nuestra familia no es un luto solitario, es el drama colectivo de los mejores hijos de una Nación.



Hoy para nosotros parece estar más cerca la posibilidad de la propia muerte que la de la victoria.



Queremos que sean buenas hermanas y que lo sean también de Pilarcita, que es para nosotros otra hija más, que no se sientan nunca solas, pues las acompaña nuestro cariño y el de nuestro pueblo, que siempre es solidario con quienes por él sufren.



Les mando en esta carta un fuerte abrazo y un beso a cada una de ustedes, hasta muy pronto.

Su padre

Una historia rota

Mercedes Campiglia

El siguiente texto le debe mucho a quienes aceptaron conversar conmigo sobre la vida de mi padre: Augusto Adur, Eloy Nazar, Jorge Novizky, Pedro Lipcovich, Pilar Campiglia y Susana Korinfeld. Vaya mi agradecimiento a todos ellos.

Horacio Campiglia, mi padre, fue uno de los últimos guerrilleros desaparecidos durante la dictadura militar argentina. Frente al intento deliberado de borrar a las personas, que caracterizó al tiempo más oscuro de una nación, se ha resistido, una y otra vez, la memoria. Una memoria que ha tomado la forma de marchas, juicios, leyes, pañuelos, baldosas y novelas.

¿Se puede aspirar a reparar aquello que se ha roto? La empresa resulta viable, siempre que se reconozca la imposibilidad de borrar el hecho de la fractura. Cuando algo se rompe, el punto de partida es aceptar que jamás podrá volver a ser lo que fue. Hoy busco cómo unir los fragmentos de un jarrón que se hizo añicos. Porcelana quebrada que quedó guardada en los cajones de la memoria y hoy, esparcida sobre la mesa, intenta formar una figura. Los japoneses unen las fracturas de sus piezas rotas con polvo de oro para contar la historia del objeto desde la cicatriz. Desde la fisura.

La restauración aparece como alternativa para aquello que, deslavado por el tiempo, ha perdido el brillo que alguna vez tuvo. Pero nuestra historia no se desgastó, no le dieron tiempo; nuestra historia está rota, así que no queda más remedio que desecharla o apostar por amalgamar sus pedazos para construir algo nuevo.

Como algunos de sus protagonistas ya no están para contarlo, solo puedo atinar a reemplazar con palabras las palabras que faltaron. Palabras infiltradas, fugitivas, añaden lo que nunca estuvo y aparecen ante mí como una mejor opción que el silencio. Desde ese lugar está escrito este texto, desde la inmensa tristeza que nos ha dejado la ausencia y desde la rebeldía ante la idea de desechar los hermosos fragmentos que sobrevivieron a la barbarie.

Este acto de memoria llega a destiempo. Pasaron ya tantos años que hoy las hijas somos bastante más viejas de lo que el padre alcanzó a ser, y entonces me pregunto por qué ahora. Tal vez porque las baldosas resultaban frías como homenaje y no queríamos que nuestra vida pasara sin dejar asentado el paso de la suya por esta tierra, o porque los hijos que nos han nacido son ya lo suficientemente grandes como para leer este relato, o porque hubo que esperar a que cicatrizaran las heridas para bucear en la añoranza sin correr el riesgo de infectarlas.

En estas páginas voy en busca de mi padre y para eso me aferro a una multiplicidad de voces capaces de hacerlo presente: las de sus padres, que lo recordaban con cariño; las de sus compañeros, que le guardaban un cierto grado de respeto y, por sobre todas, la enamorada voz de mi madre, que dibujó un personaje entrañable para arropar mi infancia y la de mi hermana. Esas voces hablarán aquí, en este

compendio de memorias y ficciones. Esas voces serán el hilo, el material, el polvo de oro entre una y otra palabra.

1. La genealogía

Domingo Argentino emprendía con energía cualquier tarea que se propusiera, desde hacer una reposera de madera hasta organizar una subasta de piezas de arte. Desde que le dijeron, siendo un niño, que su corazón no lograría bombear por más de dieciocho años, asumió que su tiempo en esta vida era contado y no estaba dispuesto a desperdiciar un segundo en la vagancia. Comía con prisa, caminaba con prisa, se apresuró para hacer crecer su negocio y construir lo que consideraba una fortuna. Metódico, dormía una siesta cada día y pasaba largas horas en un taller de carpintería que había montado en la terraza para fabricar y reparar cualquier objeto que se le ocurriera.

Como su padre no le había legado nada que considerara de utilidad, Domingo entendió que debía conseguir todo por sí mismo. No recibió educación formal en su infancia y la habilidad musical, considerada un don entre los miembros de su familia, parecía ausente en su caso. Domingo recordaba que cuando se presentó, violín en mano, a una audición para ingresar a la escuela de música, escuchó al joven que lo antecedía en la fila y se retiró sin siquiera haber interpretado su pieza porque supo al instante que jamás podría igualarlo en talento.

El primero de la familia que no se dedicó a la música, empleado de un negocio en el centro de Buenos Aires, sin formación ni destrezas evidentes, salió adelante con un empuje que su corazón frágil parecía haber desarrollado a modo de compensación. Contra todo pronóstico, fue el más exitoso y longevo de su estirpe. Domingo le arrancó a la vida todo lo que ella le había negado, y lo hizo con un sentido del humor incomparable. Parecía saber que el destino es una broma en la que no hay más remedio que participar, y siempre se rio con él y de él, aun en los momentos más oscuros.

El zaparrastroso hijo de italianos logró conquistar a Dorita, en quien vio a la madre perfecta de la familia que quería formar, durante un baile organizado en torno a una radio a transistores en una pequeña casa que un grupo de amigos alquilaba junto al río. Dorita iba como chaperona de una de sus hermanas que, como todas las chicas de la fiesta, suspiraba por Leandro, el único muchacho del grupo que sabía bailar.

Unos meses más tarde, la radio a transistores serviría como parte de pago de un pequeño terreno que el grupo de amigos decidió comprar sobre un ramal del río. Entre todos construyeron una modesta casa colectiva y bautizaron al lugar “Leandro y sus *boys*”, nombre que grabaron en una placa que colgaron del muelle y allí quedó… aunque Leandro se perdió en el tiempo y los otros *boys* fueron desapareciendo uno a uno.

Fue allí donde Domingo le hizo a Dorita promesas de prosperidad que, gracias a su enorme empeño y a un golpe de suerte, lograría cumplir. Para empezar, le pidió que anotara en una lista lo que a su entender necesitarían para iniciar una vida juntos. Ella sacó las cuentas y apuntó en un papel cuántos juegos de sábanas, cuántos cubiertos y platos, cuántas toallas e incluso cuántos calzoncillos y bombachas hacían falta para formar un hogar. Domingo tomó con seriedad el documento y se dedicó a reunir los recursos necesarios para costear los gastos antes de proponerle matrimonio.

Se casaron unos meses después, en una sencilla boda civil. Ella llevó un vestido de novia blanco con encajes que le había prestado una de sus hermanas y él un traje cruzado, con abundante cantidad de loción y gomina para el pelo.

Los sueños de Dorita de casarse por iglesia, y después presidir un elegante banquete, fueron reemplazados por una austera ceremonia y la bendición de un cura que su anticlerical marido accedió a recibir días más tarde, casi a escondidas, en la puerta trasera de una capilla. No hubo fotógrafo, porque contratar uno representaba un gasto inadmisible. Pero Dorita, aunque aceptaba sin chistar los rigores impuestos por su esposo, no se resignó a renunciar al retrato de bodas. Volvió a meterse como pudo en el vestido de encaje, pese a los kilos ganados durante los primeros meses de matrimonio, y acudió a un estudio fotográfico para que una cámara profesional capturara la reescenificación del casamiento.

La vida que llevaron fue magra. Siempre hubo lo suficiente, pero no se derrochaba un céntimo en banalidades. Optimizar el uso de los recursos, sin importar si eran escasos o abundantes, fue siempre prioritario. Cuando Dora y Domingo se conocieron, ella daba clases de inglés en la escuela San José y más tarde consiguió un puesto como secretaria bilingüe, por el que cobraba un sueldo más que respetable. Sus ingresos superaban a los de su marido y, a pesar de la importancia que tenía el dinero para la joven familia, que no contaba siquiera con una casa propia, Domingo la instó a abandonar el puesto para poder dedicarse de lleno a las responsabilidades y tareas del hogar.

A partir de entonces, Dorita se encargó de limpiar la casa, lavar la ropa, planchar y cocinar, no diremos que con excelencia, pero sí con la destreza suficiente como para satisfacer las expectativas de un marido que se conformaba fácil y que siempre celebró sus proezas culinarias. Domingo, por su parte, asumió desde el primer momento las tareas de forjar el patrimonio familiar, lavar los platos y realizar labores de mantenimiento: carpintería, plomería, electricidad y demás menesteres para los que consideraba innecesario contratar "especialistas" que hicieran mediocremente aquello de lo que él podía encargarse a la perfección.

Administraban con rigor extremo los recursos: zurcían las medias rotas, reemplazaban con limón la gomina que Domingo usaba para peinar su escaso cabello, suplían el desodorante con friegas de alcohol y practicaban un régimen de disciplina que mantenía apagadas las luces y estufas a menos que fueran imprescindibles. Gracias a estas restricciones, la pareja ahorró dinero suficiente para alquilar una habitación en un conventillo. Domingo compró una máquina fotográfica para documentar su tránsito por la vida y decidió que había llegado el momento de iniciar la "Dinastía Campiglia" con la que tanto soñaba: un ejército de hijos, al menos cinco, que se encargarían de inmortalizar el apellido de su padre.

*

Tu padre soñó con fundar una dinastía y la vida no tardó en demostrarle lo volátiles que son los sueños. Su apellido, lejos de ser inmortalizado, hoy se encuentra próximo a desaparecer. Quienes aún lo llevamos impreso en los documentos ya no podemos transmitirlo a futuras generaciones y su compleja sonoridad se apagará con nosotros.

¿Por qué iniciar este relato tanto antes de ti? ¿Por qué tu nombre no aparece todavía por ninguna parte? Quizá porque me aferro a pensar que aquello que somos tiene que ver con lo que fueron quienes nos precedieron. Ningún sujeto es un fragmento extraíble de su linaje y por eso su vida no arranca ni termina con él; en cambio, arraiga en el pasado y se demora en desaparecer, extendiendo sus guías hacia el futuro.

Yo pude arañar tan poco de tu vida, que quizá me consuelo pensando que algo de tu presencia evaporada tuvo que ver con esos abuelos con quienes compartí un poco más de tiempo. Te busco hurgando en sus vidas para tratar de construir una historia a partir del brevísimo encuentro que nos hizo hija y padre.

Del tiempo que tuvimos, la mayor parte transcurrió en ese paraje sin palabras que es la primera infancia. Me pregunto si puede haber memoria antes de que lleguen los nombres a etiquetar las cosas. Quizá las células recuerdan, aunque el cerebro no pueda decodificar ni clasificar sus mensajes. Yo creo tener un recuerdo desleído de esa etapa de voces balbuceantes. Aunque, por haber sido testigo del desprolijo proceso de la memoria, no sé a ciencia cierta si se trata de una imagen auténtica o de una reconstrucción mental. Recuerdo la puerta de una heladera vieja sobre un piso de baldosas y una gelatina de ananá que no terminaba de cuajar.

Es verdaderamente enigmática la memoria. ¿Con qué criterio elige

retener una imagen entre muchas otras? ¿Qué habrá ocurrido en ese instante para que una pincita lo prendiera y lo dejara suspendido en la soga de los recuerdos? No lo sé, pero siempre tuve la sensación de que esa heladera y esa gelatina estaban en la cocina de la casa de tus padres: la casa que te vio crecer. De modo que, de alguna manera, me hablan de ti.

2. Los primeros años

La primera fue una niña, y Domingo le retiró la palabra a su mujer durante un par de días por haberle negado el primogénito que tanto quería. Pero se consoló llamando Alcira a la pequeña, nombre de una dirigente socialista a la que admiraba. Tres años más tarde llegó el varón, que crecería alto y pelirrojo, rasgos genéticos de la línea materna, y con un par de hoyuelos en las mejillas que probaban su pertenencia a la alcurnia Campiglia. Dorita logró convencer a Domingo de ajustar su idea de familia a expectativas más modestas, alegando que no podrían ofrecer una crianza adecuada a tantos niños. Tratándose de una mujer de más de treinta años, el embarazo ya representaba riesgos que no estaba dispuesta a correr.

Con los años, el empleado de sueldo modesto pasó de ser cadete a ocupar puestos mejor remunerados. Y la política de austeridad franciscana, capitaneada por su esposa, le permitió ahorrar y adquirir un modesto porcentaje del negocio donde trabajaba. Confiando en su buena fortuna, Domingo decidió aventurarse a invertir en la Bolsa, y un golpe de suerte lo llevó a ver multiplicado el patrimonio familiar. El hijo de inmigrantes se convirtió así en socio mayoritario de un establecimiento de venta de libros antiguos al que inexplicablemente logró sacar adelante pese a su falta de estudios.

Compró una casa repleta de mármol en las afueras de la ciudad. Como el espartano régimen de ahorro continuaba vigente, la mayor parte de las habitaciones permanecían vacías (y oscuras y frías) a menos que llegaran visitas. La excepción era la cocina, donde transcurría buena parte de la vida familiar.

Entre semana la familia habitaba la casa de piedra, emblema de los frutos del esfuerzo, pero pasaba los fines de semana a orillas del Carapachay. Desde los primeros meses, los niños se habituaron al balanceo del bote en el que su padre los llevaba hasta aquel pedazo remoto de tierra oculto en uno de los ramales del río, y también a las picaduras de los insectos y la humedad que impregnaba los colchones y las mantas de la pequeña vivienda que Domingo terminó por comprarle a Leandro y al resto de los *boys*.

Mientras Domingo reparaba alguna cosa o se arrellanaba en el muelle a leer el diario, Dorita preparaba el asado. Más que ninguna otra cosa en el mundo, la familia amaba ese río de agua lodosa donde se podía nadar en verano, escuchando el chillido de las cigarras y el

golpe rítmico del agua sobre las empalizadas.

El tiempo transcurría más lento en esa isla a la que los vecinos llegaban en bote para tomar mate con galletas y compartir vermut y salame. Una frontera de agua dividía la vida en universos paralelos: de un lado, las obligaciones y el esfuerzo; del otro, el murmullo de las risas, los chistes, el ajetreo de las viandas. Una muralla líquida pero lo bastante consistente para ofrecer un refugio, surcada por lanchas de pasajeros, botes a remo y algún almacenero que navegaba vendiendo artículos de primera necesidad a precios altos.

Los niños, libres de supervisión, andaban a su aire en la isla. Buscaban bichos en los charcos, saltaban desde el muelle al agua lodosa y se perseguían corriendo por el jardín. Heredaron de su padre el amor al río, en el que pasaban largas horas. Desde que Horacio era pequeño, Domingo lo llevaba en canoa, río arriba, hasta encontrar un descampado donde tender un par de hamacas para pasar una "noche de varones" a la intemperie.

Horacio era un chico más bien callado. No era lo que se dice tímido y siempre tuvo amigos con quienes conversar, pero disfrutaba del silencio. Mientras su hermana mayor era pura risa y alharaca, él reflexionaba sobre preguntas que podían parecer ociosas a otros niños de su edad. Le producían gran curiosidad los mecanismos; desarmó incontables radios y relojes para desentrañar el misterio oculto tras sus corazas de metal.

Siempre se interesó por el funcionamiento de las cosas, se preguntaba por qué dejaban de funcionar de pronto y cómo podían recomponerse. Esa inquietud primera, esa pregunta que desde un principio habitaba su corazón y lo acompañaría a lo largo de la vida, lo empujó a estudiar medicina… tal vez para adentrarse en los misterios de una ingeniería mucho más delicada: la del cuerpo. Y más tarde lo llevaría a hurgar las entrañas de inmensas maquinarias descompuestas, convencido de que podría identificar y reparar sus fallas.

Desde que usaba pantalones cortos, obtuvo calificaciones destacadas en el colegio. Sus maestros lo reconocían como un muchacho educado e inteligente, y sus compañeros como un chico "noble e hiperactivo". No conseguía quedarse quieto. Cuando no salía corriendo rumbo a la estación de tren para demostrar que era más veloz que sus amigos, remaba o nadaba a contracorriente para llegar antes que los otros al muelle de los vecinos. En una época se le había dado por poner un palo de escoba entre dos sillas para entrenar su salto y desafiaba a sus compañeros a vencerlo cuando iban a su casa a hacer los deberes por las tardes.

Nadie podía igualarlo pues sus piernas largas, sumadas a la persistencia de sus intentos, lo habían vuelto imbatible. Su padre,

buscando estrategias para desfogar el ímpetu del muchacho, colgó una bolsa rellena de arena en uno de los árboles del jardín y le regaló un par de guantes de box cuando cumplió los once años. Horacio golpeaba durante horas y horas aquel bulto para ejercitar su fuerza; ser fuerte siempre le pareció importante.

Domingo les enseñó a sus hijos que había que destacarse y que, si era necesario, tenían que romperse el alma para conseguirlo. Y Horacio se dedicaba secretamente a tratar de complacer a su padre, empeñándose en perfeccionar sus talentos. No contaba con condiciones físicas particularmente favorables. De pequeño era rellenito y desde la adolescencia fue un poco desgarbado. Para completar el cuadro, tenía un andar peculiar, pues recargaba el peso de su cuerpo sobre la punta de los pies, lo que le restaba estabilidad y atentaba contra el porte atlético que anhelaba tener. Sin embargo, una voluntad de hierro contrarrestaba esas falencias.

Alcira, en cambio, entendió muy pronto que nunca podría complacer a su padre, de modo que evitaba confrontaciones que solo la llevarían al fracaso y se divertía haciéndolo rabiar. Con el tiempo fue descubriendo la medida exacta para generar una revolución constante que no llegara nunca al punto de detonar su furia. Disfrutaba esas pequeñas subversiones, que fueron cobrando formas diversas y cada vez más sofisticadas.

Cuando llegó el momento de elegir una carrera, Alcira se decidió por Bellas Artes, algo por completo inaceptable para Domingo, quien la hizo desistir argumentando que la arquitectura era la madre de todas las artes y que le permitiría forjarse un próspero porvenir en vez de, en sus palabras, “cagarse de hambre” con el arte. Alcira le concedió el punto, pero compensó su debilidad pasajera con una estocada final que la convirtió en la vencedora de todas las batallas. Se marchó de la casa familiar del brazo de un hombre recién separado, con el que no les dio a sus padres el gusto de casarse, y se instaló a vivir con él en una villa miseria para encubrir su flamante militancia. Después de varias idas y vueltas se asentó, tanto como era posible en una época de clandestinidad y guerrilla, con otro hombre también separado con quien tuvo una niña que nació en medio del caos, a contrapelo de la racionalidad y el orden que su padre se había empeñado tanto en inculcarle.

Si bien la relación con el padre fue pasional, tormentosa y arrebatada, Horacio y Alcira tuvieron siempre un tierno amor por su madre. Dorita les preparaba montañas de comida para demostrarles su cariño y se solidarizaba con ellos cuestionando el rigor de Domingo que, aunque útil para imponer disciplina, le parecía desmedido cuando llegaba la hora de las reprimendas. Fue ella quien le enseñó a bailar a Horacio, quien a sus doce años ya se animaba a intentar

algunos pasos en las fiestas familiares.



No sé cómo sostener esta pretensión de rearmar una historia. Las palabras componen la escenografía de una suerte de pueblo fantasma. Tras sus fachadas, no habita más que el viento. ¿Cuál es la diferencia entre el paleontólogo y el escritor? El primero pretende reconstruir la fisonomía de los animales ancestrales que habitaron la Tierra a partir del rastro que dejaron sus huesos, pero lo cierto es que ambos construyen animales imaginarios. No existe manera de llegar a ti, estás perdido para siempre y solo quedan restos que, unidos, pueden construir cualquier cosa.

No sé cómo se hace memoria. Y es quizá por eso que mi mente se resiste, rebelde, a retener recuerdos. Se le escapan los rostros, los nombres, las escenas; se ha recubierto de una película viscosa que la vuelve impermeable. Porque concederle lugar a la memoria implicaría habitar el dolor permanente de la ausencia. ¿Qué es lo que queda entonces? Un montón de fotos encontradas en bellas cajas de madera que tu padre almacenó con amor durante toda una vida. Muestran a una familia que estrena auto, la abuela sentada adelante y tú en el asiento trasero, un día que pareció ser importante. Queda un puñado de historias. Cuenta uno de tus amigos que la familia tenía un automóvil más pequeño y que cuando lo reemplazaron por un flamante Falcon tu padre “tenía miedo de meterlo en el garaje de la casa porque era muy angosto, entonces llamó a una mujer para que se lo estacionara. Toda una ceremonia”. ¿Será ese el auto de las fotos, será ese el día? Al fondo se ve una casa de mármol que conocí, donde tu habitación se mantuvo intacta desde el día que te fuiste hasta que la propiedad encontró nuevos dueños.

Eso es lo que nos quedó, eso es lo que nos dejaron. Y cada vez que me acerco a las escenas que capturan tu imagen en el muelle del Tigre, donde se te ve con un grupo de amigos, intento mirar a través de ellas, con los ojos de quien sigue un rastro que conduce hacia un lugar imposible. ¿Por qué llevabas binoculares en la mano? ¿Qué miraron tus ojos esa tarde calurosa (¿o sería fresca?) desde unos riscos tras los que aparece, a lo lejos, el mar? Me debato entre recubrir con escamas o con plumas la piel de ese ser imaginario que estoy creando. Pienso que la única memoria a la que puedo acceder es la memoria del dolor de tu ausencia. Ese que insiste bajo la cubierta impermeable, bajo la película viscosa.

Somos hijas de esta historia que ha marcado nuestro vínculo con el

mundo, con las presencias y las ausencias. No vamos a sumarnos a las filas de los que se lamentan y se lamen las heridas. Pero la sonrisa en blanco y negro que se dibuja en tu rostro de niño, mientras abrazabas a tus padres, es una cuchillada que atraviesa todas las capas protectoras.

Hubiera querido recordar aquella vez que fuimos juntos al Tigre, pero no queda rastro de esa escena. Hubiera querido que me enseñaras a remar y aprender de ti el amor por ese río de aguas marrones y suelo fangoso. Lo amo porque lo amaste. Lamento tantísimo que no pudieras enseñarme a andar en bicicleta, porque sé que recorrías la ciudad en una de media carrera color cobre metalizado. Lamento que no fueras tú quien me contara del inmenso amor que sentías por tu abuela, que aparece en tantas escenas familiares. Nos queda una carta encontrada en los archivos de tu padre, en la que asegurabas que yo era una niña genio porque había logrado abrir un candadito sin ayuda, y por eso puedo dar fe de que me amaste. Nos queda un casete en el que nos convocas a mi hermana y a mí a ser buenas y rectas, y por eso puedo asegurar que recibimos la más preciada de las herencias, la convicción de que la integridad y la solidaridad son principios a honrar aunque por honrarlos haya que pagar un costo elevado.

Nos queda un puñado de historias que nos contaron quienes te conocieron y afirman que fuiste justo, que te gustaba la verdad y que no parecía haber mal en tu corazón. Te describen como un muchacho “correcto, educado, caballeroso pero divertido, cálido, querible, sólido, tranquilo… Nosotros estábamos a años luz, era una especie de líder”. Seguramente, relatos pensados para las hijas de un padre muerto que esperan con sed escuchar algo de lo que no pudieron vivir… Un puñado de huesos perdidos y sin carne a los que prestar músculos, tendones y epidermis. Algo de ti pervive en esta piel, algo de ella te pertenece, así que trataré de construir una historia tejiendo mi vida con tu muerte. Veremos qué resulta.

3. La entrada al secundario

Lo despertó el sonido de la lluvia a eso de las cinco de la mañana. Hacía semanas que no caía una gota de agua y justo hoy, su primer día de clases, el tiempo se ponía gris. Tendría que usar el viejo impermeable encima del flamante uniforme. Trece años: toda la incertidumbre y un poco de miedo le revolvían la panza.

Sabía que sería imposible volver a dormirse cuando lo aguardaba el encuentro con el más prestigioso colegio de la ciudad, y se quedó escuchando la lluvia mientras esperaba que su madre viniera a despertarlo. Le habían avisado que se integraría a una “división testigo”. Él no sabía con exactitud qué quería decir eso, pero al parecer implicaba una distinción que venía acompañada de constantes

evaluaciones, lo cual haría que la carga de trabajo, de por sí agobiante, fuera aún más pesada. Nunca lo intimidó el esfuerzo y esa mañana, después de desayunar un té negro y un pan tostado con manteca en la mesa de la cocina, tomó sus útiles y subió al tren con su madre. Ella lo acompañó por tratarse del primer día de clases, pero Horacio estaba tan ocupado con sus paisajes interiores que apenas se percató de su presencia o de las calles mojadas.

Al bajar del tren, caminó algunas cuadras sorteando charcos, sintiendo el olor de la lluvia que subía del pavimento. Le gustaba ese olor. Siempre le había interesado conocer el suelo bajo sus pies. Mientras caminaba por las veredas, buscaba las baldosas flojas para pisarlas y sentir su balanceo, reconocía patrones en los dibujos, registraba las grietas y las irregularidades del cemento; habría podido trazar un mapa de los suelos de la ciudad. Quizás esa afición era la responsable de su postura ligeramente encorvada que le daba un dejo taciturno.

Al levantar la vista, vio el edificio del colegio y sintió que toda su sangre bajaba en cascada hasta la planta de sus pies. Se detuvo un segundo a despedirse de su madre, quien le deseó suerte y se quedó parada frente a la escalinata con el viejo impermeable colgando del brazo. Por un instante, tuvo la sensación de que sería engullido por esa masa de muchachos, devorado hasta perderse por completo. Respiró profundo una sola vez, tragó saliva, intuyó la mirada materna clavada en su espalda y, sin darse vuelta, se sumó a las filas de los que subían la escalinata.

Ya había recorrido los pasillos del suntuoso edificio de estilo francés cuando fue a rendir el examen de ingreso y luego al realizar los trámites de inscripción, pero a partir de ahora algo de esa inmensidad le pertenecía. Atravesó los arcos y la galería de la entrada, reparó en el grosor de las columnas que sostenían la inmensa estructura de techos altísimos, subió por la escalera de mármol blanco hasta la planta alta. Se asomó al aula magna donde había estado unos días atrás para el sorteo de los turnos, vio de refilón el legendario órgano de 3600 tubos y reconoció el olor a madera mezclada con papel y polvo al acercarse a la imponente biblioteca. Los dos pisos repletos de volúmenes habrían seducido sin duda los entrenados ojos de su padre, quien para entonces se había consagrado como uno de los más prestigiosos coleccionistas de libros antiguos de la ciudad. Pero lo que en verdad le interesaba a Horacio, más que la monumental estructura y sus tesoros, era asomarse a su propio destino. Los grupos de estudiantes se acomodaban, atentos y silenciosos, para escuchar a los profesores que impartían cátedra desde sus tarimas, sentados detrás de un escritorio o parados delante de inmensos pizarrones verdes.

Las butacas de madera destinadas a los estudiantes no eran

particularmente cómodas, pero no importaba. Pocos asientos resultaban confortables para un muchacho de su altura, que siempre se sentía ligeramente desproporcionado respecto del mobiliario. Sin embargo, dado que su padre no se cansaba de recordarle el esfuerzo realizado para brindarle una educación a la que él no había tenido acceso, el hecho de haberse ganado un lugar allí lo llenaba de alegría.

Esa mañana Horacio tomó notas sin parar. Vio desfilar profesores que subían y bajaban ceremoniosamente de la tarima, desde donde explicaban los mecanismos de evaluación y los contenidos de cada materia ante los atemorizados ojos de los estudiantes que escribían presurosos en sus libretas. Al final del día, apenas recordaba el nombre de unos pocos.

El colegio albergaba una multitud de universos que se cruzaban en los pasillos. Fue así como la política, hasta ese momento ausente de sus pensamientos, empezó a esbozar algunos trazos en el mapa de ideas de Horacio. En el Buenos Aires se hablaba del tema acaloradamente, en especial entre los alumnos de cuarto y quinto año. Pero en sus primeros años allí Horacio se interesó, por sobre todas las cosas, en el desafío de estar a la altura de las exigencias académicas. La política era para él como la radio encendida en la cocina de su casa, un sonido constante en el que nadie reparaba porque todos estaban pensando en otra cosa.

Casi todas las tardes, al salir de clase, se reunía con compañeros para estudiar. En cuestión de semanas, algunos chicos se organizaron para formar “estructuras de estudio”, una suerte de salvavidas que les permitiría mantenerse a flote en medio de la arrolladora marea de trabajos y exámenes. Horacio pertenecía a un par: una bautizada “Canovadur” por las primeras letras de los apellidos de los involucrados –Campiglia, Novizky, Adur– y otra de nombre menos glorioso pero memorable: “Cagueti”. El ingenioso mecanismo organizativo les permitía dosificar el esfuerzo destinado al estudio, ya que cada miembro tomaba apuntes solo de las materias que le eran asignadas y después los compartía con los otros. El encargado debía hacer copias para todo el equipo, por lo cual la mejor opción era usar una máquina de escribir y papel carbón para los tres juegos de apuntes. Si la máquina estaba medio destartalada, la tercera copia salía borrosa y había que remarcar a mano algunas letras para volverlas legibles.

En los primeros tiempos, Horacio se abocó a estudiar para los exámenes, entregar los deberes de todas las materias, participar en clase… y en cuanto llegaron las primeras calificaciones vio los frutos de su esfuerzo. Pudo reconocer el brillo de la aprobación en la mirada de sus profesores, así como en la de sus padres, y encontró también ese dejo apenas perceptible de fastidio en los ojos marrones de su

hermana, que le provocaban un raro sentimiento de pesar y victoria. Conocía desde pequeño ese sutil destello y secretamente lo buscaba para confirmar que seguía ahí.

Horacio adoraba a su hermana y, quizá por eso, le gustaba detectar en esa leve desazón de su mirada un reconocimiento velado. Alcira siempre había sido más divertida e ingeniosa que él. Era más rápida para los acertijos, más ocurrente y mucho más veloz para encontrar las piezas perdidas de los rompecabezas. Horacio había apresurado el paso toda su vida pero, por más que se esforzara, sentía que apenas lograba pisarle los talones. Cuando conseguía hallar esa fisura en la mirada de Alcira se sentía misteriosamente reconfortado.

Desde que eran niños ella había accedido a dejarlo jugar con sus amigas y quizás esa naturalidad en el trato con las niñas hizo que se volviera encantador para las mujeres cuando creció. Le gustaba escucharlas hablar, lo divertían sus juegos y sabía saltar a la soga tan bien como ellas. Las mujeres formaron siempre parte natural de su atmósfera y no lo perturbaba estar en un colegio mixto, como sí les pasaba a algunos de sus compañeros.

Empezó a notar que cuatro o cinco chicos tomaban, como él, el tren del ramal Mitre cuando salían del colegio. Al primero que identificó fue a uno de su mismo año, que todavía usaba pantalones cortos. Le llamó la atención desde el primer día de clases. ¿Quién en su sano juicio empezaría el secundario vestido así? Horacio había esperado con ansias el momento de vestir como un adulto. Pero, como no conocía a nadie y el chico no le resultaba intimidante, se acercó a charlar con él. Entonces no lo sabía, pero ese muchacho se convertiría en uno de sus mejores amigos de ese tiempo.

A la otra que reconoció casi de inmediato fue a Mónica, una chica que se había acercado el primer día a preguntarle por un aula. Mónica, Pablo, Horacio y un par de chicos de otras divisiones formaban el grupo del ramal Mitre. Habían adoptado el hábito de comprar en la estación una bolsa de maní y, cuando bajaban del vagón, dejaban una montaña de cascaritas en los asientos. A veces se entretenían charlando en el camino y perdían el tren; esos días aprovechaban para comer un pancho en uno de los "kioscos infectos" de las cabeceras del andén de Retiro y charlar un poco más.

Mónica tenía ojos grandes y despiertos, tupidas pestañas negras y una sonrisa que a Horacio le parecía encantadora. No era particularmente linda o graciosa ni se destacaba por sus comentarios cuando intervenía en clase, pero lo miraba, le sonreía y se interesaba por sus historias, y eso bastaba para que él no parara de pensar en ella. Cada vez le costaba más trabajo sobreponerse a los tumbos que daba su corazón cuando la tenía cerca.

Quizá fue por eso que invitó a sus compañeros al Tigre cuando

ganaron un poco de confianza y empezaron a verse fuera del colegio. Era primavera, día del estudiante; Horacio llegó remando, como de costumbre, y los otros subieron a una lancha colectiva que fue haciendo paradas hasta alcanzar el muelle de “Leandro y sus *boys*”. Fue un día hermoso, la temperatura era lo bastante cálida como para que algunos se animaran a quitarse la camisa, nadar y tomar sol tendidos sobre el pasto. Conocedor de las aguas marrones del río, habituado a su temperatura fría y a los tábanos, Horacio se sentía dueño del entorno. Cuando el sol ya estaba por ocultarse, se animó a tomar a Mónica de la mano. A partir de entonces empezaron a sentarse juntos en clase y ella se convirtió en lo más cercano a una novia que había tenido hasta el momento.

Después de esa primera experiencia, pequeños grupos de compañeros de curso dieron un paso adelante y empezaron a organizar campamentos los fines de semana. Tomaban un ómnibus o un tren para llegar a algún paraje cercano donde pudieran montar una carpa y pasar la noche para probar las inclemencias y las mieles de la libertad. No había mejor plan para Horacio. Como había acampado montones de veces con su padre, contaba con un equipo profesional y conocía a la perfección los secretos del campismo, que la inmensa mayoría de sus compañeros ignoraba.

A medida que la vida social ganaba terreno, comenzó a descuidar las tareas académicas. No las abandonaba del todo, pero a veces se olvidaba de alguna entrega o pasaba por alto la fecha de un examen. El mundo se revelaba ahora más interesante que en la infancia, estaba lleno de cosas por descubrir mucho más atractivas que el álgebra. La primera vez que intentó copiarse fue en una prueba de Latín en tercer año; era una de las materias que más le costaba. “No había estudiado un pomo” y en cuanto revisó las primeras tres preguntas del examen se dio cuenta de que no tenía ni la más pálida idea de cómo responderlas.

Había visto decenas de veces cómo la información circulaba fluidamente entre las filas de bancos en mitad de los exámenes, pero bastó que se diera vuelta con timidez para buscar la mirada de Néstor en señal de auxilio para que la profesora lo descubriera. Siendo tan buen alumno, no era extraño que resultara malo para copiarse. Sentado en la primera fila para no perderse un solo detalle de las clases, quedaba absolutamente expuesto a la mirada de los docentes. La experiencia fue coronada con su primer cero en la libreta de calificaciones. Se puso a estudiar “como loco” para levantar la nota, a tal punto que obtuvo, como una suerte de reivindicación ante sí mismo, una calificación tan alta que lo eximió incluso del examen final.

*

Es tan extraño pensarte a la edad que hoy tienen mis hijos. ¿Habrá algo de su experiencia adolescente que hable de la tuya? ¿Algo de mis recuerdos de ese tiempo que se acerque a lo que viviste? Mis hijos son extremadamente tímidos, y yo también lo fui a la edad de ellos. ¿Lo habrás sido tú? Se trata de un rasgo de carácter que ciertamente no aprendí de mi madre, quien más bien se distingue por la seguridad y la estridencia. En la familia siempre interpretamos esa inseguridad mía como una secuela de la fractura que se produjo cuando, siendo niña, de golpe me vi privada de todo lo que me sostenía.

Sin embargo, al ver en mis hijos ese rasgo contra el que he emprendido tantas batallas infructuosas, me pregunto si no se tratará de una herencia secreta que viene de ti y los alcanza a través del tiempo. Una carga misteriosa, oculta, que el ADN transportó. Intuyo que mucho de lo que soy viene de ti, y que esa es la causa de la debilidad que tiene mi madre por mí. Quizás un eco sutil de la memoria, que insiste en marcar tu huella en nuestro presente.

Los nietos de tu hermana estudian en la misma escuela donde cursaste el secundario. La eligieron como por casualidad, como si no tuviera relación alguna con sus ancestros. Y toman sus pretenciosos pasillos para exigir a los gritos que se respeten los derechos de género, como si le recriminaran a la institución el haberle cerrado las puertas a su abuela por no haber nacido varón. Al campo de deportes había que cruzar en bote, y si algún alumno osaba quejarse lo obligaban a dar varias vueltas corriendo a la cancha de fútbol; hoy se llega caminando porque importantes tramos del río de tu infancia fueron entubados, pero el lugar sigue siendo tan frío e inhóspito como entonces y los muchachos continúan quejándose del hábito incomprensible de hacerlos correr en pantalones cortos pese al frío invernal. Los mismos caminos recorridos por nuevos pies, vidas conectadas secretamente por espacios que permanecen: un muelle en el río, un colegio en la ciudad, una casa de mármol…

4. Los campamentos

A los dieciséis años empezaron los campamentos largos y con ellos se inauguró una de las épocas más felices. Cuatro amigos organizaron el primero: Horacio, Pedro Lipcovich, Pablo Riesnick y Pacho López Zepeda. A los padres de Pacho les parecía inaceptable que su hijo viajara a dedo. Invitaron a los cuatro muchachos a su casa y les ofrecieron costear el transporte de todos para convencerlos de que no viajasen así. Pero eso era precisamente lo que más entusiasmaba al grupo, lanzarse a la aventura, vérselas con la ruta y probar que el mundo les pertenecía, que podían recorrerlo sin boletos ni peajes,

provistos apenas de sus piernas fuertes y sus mochilas.

Para facilitar el viaje, decidieron dividirse en dos grupos. A Horacio y Pablo los levantó un camión de ovejas y subieron a la caja con los animales. Cuando llegaron a Rosario despedían un olor tan penetrante que no había quien los aguantara cerca. Lograron reencontrarse con los otros dos viajeros tras horas de recorrer la ciudad de un lado a otro, pues al fijar el punto de encuentro no contemplaron que había más de una estación ferroviaria.

Montaron lo mejor que pudieron la carpa que había llevado Horacio. Prendieron fuego y prepararon una pasta, que hirvió hasta que se cansaron de esperarla. Vaciaron sobre el resultado, entre duro y pegajoso, un paquete de salsa preparada y lo devoraron. Horacio aceptó los restos de los platos de sus compañeros porque, alto como era, siempre se quedaba con hambre. Esa noche cayó rendido.

A la mañana siguiente lo despertó la luz a través de la lona. Salió de su bolsa de dormir y, al desperezarse, identificó esa sensación de cuerpo entumido que caracteriza las mañanas de campismo. Calentó agua para el mate y lo empezó antes de que despertaran sus compañeros; la mañana era fresca y se escuchaba el canto de los pájaros. Cuando las caras hinchadas de ojos lagañosos de sus compañeros fueron asomando una a una por el cierre de la carpa, Horacio ya estaba aseado y listo para explorar el sitio.

Rosario, demasiado urbanizada para ofrecer el paisaje de aventuras que esperaba el grupo, no era más que el comienzo del verdadero viaje. El destino los llevó a encontrar, en el primer recorrido por sus calles, a un camionero dispuesto a llevarlos esa misma noche hasta un pueblo de San Luis que hasta el momento no figuraba en el itinerario, pero pintaba interesante. Levantaron la carpa para presentarse a las nueve en punto en el lugar acordado.

El conductor estaba acostumbrado a viajar de noche, de hecho lo prefería para evitar el calor sofocante del mediodía y poder llegar temprano a su destino. Ya había llevado a algunos de esos grupos de muchachos que cada verano recorrían a dedo las rutas argentinas, porque le gustaba tener con quién charlar en el camino. Por eso mismo, y sabiendo que algunos no hacían otra cosa que roncar durante todo el viaje, puso por condición que se mantuvieran despiertos y le dieran charla. A Horacio le resultó un acuerdo más que razonable; se abasteció de chicles, golosinas y papas fritas para entretenerse y poder cumplir con lo pactado.

Arrancaron bien, pero a medida que pasaban las horas, los comentarios de los muchachos eran cada vez menos interesantes y demoraban en llegar. La ruta oscura producía un efecto hipnótico que arrastraba al cuerpo a abandonarse. El primero en caer palmado fue Pacho; no era ni medianoche cuando sus ronquidos empezaron a

atronar en la cabina. Los otros tres intentaron honrar su palabra, pero el peso del cansancio se hacía sentir. Horacio no recordaba haber tenido tanto sueño nunca antes en su vida. Combatía con uñas y dientes contra el sopor que descendía sobre su mente como una niebla espesa. La lengua le pesaba y las palabras se alargaban mientras intentaba articularlas, como si el aire se hubiera convertido en una sustancia viscosa dentro de su boca. Intentó pellizcarse, morderse los labios, masticar chicle… pero no había manera de combatir la flacidez muscular. Sentía que su cuello se vencía una y otra vez en el infructuoso empeño de mantener erguida la cabeza. Debe haber mirado su reloj cientos de veces para descubrir que solo había transcurrido un minuto, a lo sumo dos… El momento más difícil fue justo antes de que amaneciera. La luz rasgó la negrura del cielo y disipó el hechizo de la oscuridad viscosa.

Logró llegar medianamente despierto a San Luis y los caídos fueron resucitando cuando el camión empezó a recorrer las calles. Agradecieron el viaje, se disculparon por su pobre desempeño como acompañantes y corrieron a buscar un sitio donde descansar algunas horas. El pueblo al que habían llegado era pequeño y no encontraron gran cosa que hacer. Se enteraron de que unas horas antes había muerto el gobernador y decidieron asistir al velorio, el único atractivo en aquel desolado paraje. En suma, el primer campamento no fue una experiencia gloriosa, pero en esos días entendieron que el mundo se podía explorar y eso, por sí solo, resultó inolvidable y perfecto.

Horacio se encargó de planificar la siguiente expedición. Propuso un objetivo más heroico: llegar al lago Argentino. Para lograrlo, había que acordar una serie de pormenores y los compañeros deliberaron largas horas sobre qué rutas tomar y los tiempos de desplazamiento, e incluso pactaron kilos de carga por mochila para repartir el esfuerzo y agilizar las travesías. A pesar de los minuciosos preparativos, el día de salida Claudio se presentó con una mochila que pesaba el doble de lo acordado, por lo que el peso excesivo fue un tema recurrente durante la odisea.

Caminar de día, armar una carpa donde los alcanzaba la noche y entregarse al crujir de los leños en el fuego, el balanceo de las ramas de los árboles, el brillo de las estrellas. Una noche, Horacio despertó sobresaltado por un ruido. Aunque saltó inmediatamente fuera de la carpa, linterna en mano, no logró identificar de dónde provenía. Recordando el riguroso régimen de guardias nocturnas –instaurado por su padre para las “noches de varones” desde aquella vez en que sintió que algo pasaba bajo la hamaca paraguaya y resultó ser un jabalí–, despertó a sus adormecidos compañeros. Tras una larga exposición de motivos, logró vencer sus resistencias y convencerlos de que lo mejor sería hacer guardia por turnos todas las noches.

Con el correr de los días, el ambiente se tornaba cada vez más tenso. A la discusión sobre el peso de la mochila se sumaron las guardias y los numerosos debates acerca de la hora más conveniente para levantarse y los tramos a recorrer cada día. La idea de llegar hasta el lago Argentino empezó a parecerle exagerada (como mínimo) a Pablo, y llegado un momento, junto con Claudio, decidieron abandonar la empresa y desmembrar el grupo. Horacio siguió adelante con Pedro Lipcovich. Aunque tampoco llegaron al lago, la voluntad de intentarlo fincó las bases de lo que se convertiría en una entrañable amistad. Y quizá fuera el recuerdo de esos días juntos, caminando las rutas por largas horas y charlando sobre la vida, el amor, la justicia y la muerte, lo que lo llevó a elegir “Pedro” como nombre de guerra cuando, años más tarde, ingresó en la clandestinidad militante.



Caminar por la ruta, conocer el mundo y dejarse sorprender por él, perderse y reencontrarse… es algo que también hice algún día llevándome tu mochila de campamento, que aguardó por años mi llegada en el desván de tus padres. El peso de su estructura metálica acompañó mi único viaje a dedo por el sur del continente. No descarto que un espíritu enredado en sus fibras la impulsara, y a mí con ella, de regreso a esa memoria de andar al borde del camino. Sin haber trazado un destino, y dejándome llevar hacia donde me empujara su entramado de algodón y recuerdos, llegué hasta las montañas y los lagos azules de la cordillera que los dos vimos en tiempos separados.

Fue lindo caminar tus tierras con aquella mochila; de alguna extraña manera, fue como asomarme a las historias de los viajes extraordinarios que llegaron a mis oídos de niña a través de los relatos de mi madre y, más tarde, de las historias que rememoraban entre risas tus compañeros.

5. El encuentro con la militancia

Ahora la radio se escuchaba a todo volumen en casa de Horacio y la familia le prestaba cada vez mayor atención a las noticias. Habían dejado de funcionar como ruido de fondo para capturar el interés, no solo de los Campiglia, sino de prácticamente todas las familias argentinas. Los padres de Horacio se sentaban todas las tardes, acompañados por el infaltable mate, a escuchar y discutir los tira y afloja de personajes cuyos nombres empezaron a colarse en la cotidianidad de Horacio y de la mayoría de sus conocidos. Mónica ya no lo entusiasmaba. Su interés por lo que Horacio decía parecía esfumarse en cuanto él empezaba a comentar esa realidad inquietante

que preocupaba a todas las personas que le merecían respeto. Por entonces, ya se mencionaba la posibilidad de que se estuviera gestando un nuevo golpe militar, pero Mónica prefería concentrarse en los exámenes o hablar de los noviazgos y rupturas de sus compañeros. Y así, tan orgánica y ligeramente como se habían acercado, se distanciaron hasta perderse de vista casi por completo.

En los noticieros, en el almacén de la esquina y en los patios del colegio, Horacio escuchaba hablar de una supuesta "Revolución Argentina", que un grupo de milicos encabezado por Onganía estaba organizando para revocar el mandato del presidente electo Illia. Los insurrectos, decepcionados ante el "pobre desempeño" de los "gobiernos provisionales" previos, se proponían gobernar el descarrilado país para devolverlo a un rumbo "deseable".

Con el golpe de 1966, la política empezó a pautar la vida del Colegio. Varios profesores fueron despedidos y se desmontó el gabinete de Psicopedagogía. Como reacción a esto, los estudiantes organizaron un complot contra los nuevos docentes que les imponían. Para la mayoría, no se trataba de una cuestión ideológica sino de una respuesta natural de lealtad hacia los cesanteados. En la división de Horacio, una de las actividades subversivas predilectas era derramarle el vaso de agua a la profesora de Latín. Una mujer relamida que desde el primer día intentó despertar la simpatía de sus alumnos y solo logró producir el efecto inverso. Acostumbraba servirse un vaso de agua y tenerlo a mano para aliviar los carraspeos inoportunos. Pero cada clase, invariablemente, alguno de los compañeros más insubordinados fingía un tropiezo casual al pasar junto a su escritorio y le volcaba el agua. La profesora salía llorando del aula y los estudiantes celebraban su victoria a carcajadas.

En pocas palabras, se habían propuesto "volver locos" a los usurpadores, en especial a aquellos que habían reemplazado a los "buenos maestros". El mecanismo de boicot no se elegía al azar, se diseñaba especialmente para cada caso teniendo en cuenta la materia y el temperamento del docente al que aspiraban a desquiciar. Los métodos y las formas se fueron perfeccionando con el tiempo. La primera estrategia que exploraron los inconformes fue el silencio: nadie participaría en clase para producir un ambiente sepulcral que hiciera perder los estribos a las víctimas. Pero la mayoría de los docentes estaban entrenados para hacer frente a grupos problemáticos y lograban sobreponerse a la indiferencia deliberada.

Cuando vieron que los profesores "se bancaban" el silencio, decidieron que había llegado la hora de dar el próximo paso. Descubrieron que hacer ruido con monedas debajo de los pupitres o producir un murmullo unánime imposible de imputar a nadie en particular resultaba eficaz y perturbador. Era tan divertida la empresa

subversiva, y tan gratificante sentirse cobijados por la pertenencia a un colectivo insurrecto, que no se limitaron a las estrategias que les garantizaban el anonimato. Fueron ganando cada vez más confianza, hasta el extremo de llegar a balancearse todos hacia un lado y luego hacia el otro como si viajaran en un barco invisible; el barco de la rebeldía que más adelante los llevaría a navegar por aguas tormentosas.

Horacio conoció a Pilar en ese contexto. Tenían dieciocho años y, como tantos jóvenes, buscaba abrirse paso entre las rígidas estructuras de un gobierno asfixiante. Ella estudiaba en el turno tarde; era una chica delgada de cabello rizado y sonrisa persistente. Su inteligencia privilegiada y su profunda conciencia social cautivaron a Horacio casi de inmediato. Hija de inmigrantes españoles, había crecido en un hogar humilde con clara inclinación política, lo cual la llevó a interesarse por la militancia desde muy temprano.

Para tener más cosas en común con esa chica de mentón partido, risa contagiosa e ideas afiladas, Horacio empezó a militar. Y vio en la causa no solo un punto de encuentro con ella, sino un espacio ideal para desarrollar sus propias pasiones. Ese gusto que tenía desde chico por descubrir la falla y arreglar mecanismos descompuestos encontraría innumerables oportunidades de expresión entre los grupos de jóvenes determinados a “abatir la injusticia del mundo”.



Aquí no caben mis palabras. ¿Cómo podría hablar una hija del amor entre sus padres? Da pudor siquiera pensar en asomarse a esa habitación cerrada. La puerta tiene traba, y trabada vamos a dejarla. De esa historia les corresponde hablar a otros. Yo sé poco y mal. Sé que se casaron a los diecinueve años y que un ataque de risa frente al juez el día de la boda casi les cuesta el matrimonio; sé que usaron el dinero que les dieron los familiares como regalo de casamiento para comprar un perro de la misma raza de uno de alguna película o programa de tu infancia, y que lo llamaron Rincho porque la alegría se le volvía chorritos de pis que dejaba por todas partes; sé que recorrían las calles de los suburbios en moto con él en esa etapa de clandestinidad y militancia. Sé que fueron tiempos felices y que mi madre nunca volvió a encontrar un amor como el que tuvo contigo. Sé que todos estos años te ha extrañado.

6. Las desaparecidas

Con el pasar de los años, la pareja guerrillera se casó y tuvo dos hijas. Un par de meses después del nacimiento de la segunda, Pilar fue

secuestrada en un operativo que se había puesto de moda entre los milicos: las fuerzas armadas peinaban las calles con un detenido, al que obligaban a “marcar” a sus compañeros para salvar la vida. Y uno de esos detenidos la marcó a ella. Varios uniformados saltaron del vehículo, la encapucharon, la subieron a la fuerza y la sustrajeron del mundo visible para llevarla a un territorio intermedio entre la vida y la muerte. El día que la agarraron, Pilar no llevaba la pastilla de cianuro que habitualmente portaba como seguro de muerte en caso de ser detenida.

Pasadas unas horas y adivinando lo ocurrido, Horacio sintió que la adrenalina lo inundaba. Quedó paralizado unos segundos y luego hizo lo que estaba entrenado para hacer; huyó lo más rápido que pudo, rompiendo todo lazo con cualquier lugar o persona conocidos para evitar que lo capturaran. Sabía que Pilar intentaría resistir unas horas antes de revelar cualquier dato que ayudara a encontrarlo, pero también sabía que serían horas difíciles y que tenía que limpiar todo rastro de su existencia; era lo único, y lo más sensato, que podía hacer en aquel momento.

Carmen y José, los padres de Pilar, tomaron en brazos a las niñas, de dos años y cuarenta días respectivamente, y se las llevaron a su casa en un intento de sostener el mundo que se les derrumbaba a pedazos. Su única hija había desaparecido. Esa noche Pilar soñó con su familia –esposo, hijas, padre y madre–, todos inmóviles como en una foto fija, despidiéndola con un gesto de la mano. Era el 7 de mayo de 1977.

Buenos Aires, 27 de junio de 1977

A Mercedes y a María

Queridas hijas: No es mi intención que sean estas líneas que hoy les escribo el sustituto de mi presencia, todo lo contrario, espero que juntos podamos hablar un día y que nos sirva para recordar estos momentos que si bien son duros serán los que nos permitirán conocer días mejores.

Que sirvan también para que nunca olvidemos que la vida es lucha y es solo así como es alegría y es amor, que en la felicidad que seguro tendremos estará también presente el doloroso esfuerzo que la precedió.

Estos dos últimos meses han sido especialmente amargos para nuestra familia, nos falta vuestra madre, así como a Pilarcita le falta la suya y debemos vivir momentáneamente separados aun con lo mucho que nos queremos y necesitamos.

Es a los abuelos a quienes les toca hoy cumplir la tarea más dura, velar por vuestra crianza mostrando siempre buen ánimo,

al tiempo que impotentes piden tener noticias de qué es lo que ha ocurrido con sus hijas.

El nuestro, el dolor de nuestra familia, no es un luto solitario, es el drama colectivo de los mejores hijos de una Nación que heroicamente pelea por su liberación y por llegar a convertirse en una tierra justa, sin miserias y donde todos puedan en igualdad de posibilidades crecer, desarrollarse plenamente y ser hermanos de sus semejantes.

Esto, que espero que sea ya una realidad cuando releamos juntos estas notas, es ahora para muchos un sueño casi imposible. Hoy para nosotros parece estar más cerca la posibilidad de la propia muerte que la de la victoria, pero los hermosos objetivos para los que bregamos y el calor de nuestro pueblo que siempre llega a tiempo para reconfortarnos cuando ya parecemos desfallecer son los que impulsan esta heroica resistencia.

Hijas mías, está en estas líneas todo mi cariño por ustedes escondido, el cariño que me da fuerzas para luchar por mi pueblo (del que son ustedes mi parte más sentida), por que puedan vivir en un mundo más digno y feliz que el que a nosotros nos correspondió; el mismo cariño que por momentos me traiciona y se vuelve lágrimas mientras escribo.

Su madre, que ya no está conmigo pero que sé que también expreso en esto que les digo, y yo, somos ni más ni menos que simples seres que han aprendido a quererse profundamente, a quererlas a ustedes y a querer a su patria, y que lucharon y luchan por que ese amor se convierta en ayuda real para superar los dolores de los que injustamente son despojados, debiendo para ello a veces correr su misma suerte.

Finalmente les recuerdo que queremos que sean buenas hermanas y que lo sean también de Pilarcita, que es para nosotros otra hija más, que no se sientan nunca solas, pues las acompaña nuestro cariño y el de nuestro pueblo, que siempre es solidario con quienes por él sufren.

Les mando en esta carta un fuerte abrazo y un beso a cada una de ustedes, hasta muy pronto.

Su padre

Un año y medio pasaron las niñas al cuidado de los abuelos maternos mientras Pilar estaba sumergida en el horror. Una brújula la fue guiando, de alguna manera, entre las sombras; excavó como un topo hasta que tuvo la suerte de encontrar la salida. Su viaje a través de las penumbras fue como la migración de las anguilas que, empujadas por

su propia naturaleza hacia el océano, recorren un cuarto del planeta. Logran cruzar represas e inmensos tramos de tierra firme porque su piel se ha adaptado para permitirles sobrevivir en entornos impensables.

Mientras Pilar encontraba los resquicios que le permitirían infiltrarse de regreso a la vida y las niñas trataban de entender por qué sus padres estaban tan ocupados que ya ni siquiera tenían tiempo para verlas, Horacio ascendía en una estructura clandestina que se tornaba cada vez más rígida y militarizada. Su hermana Alcira, “Pochita”, también había desaparecido. La hija de Alcira, que acababa de cumplir un año, y el perro Rincho quedaron bajo custodia de Domingo y Dorita Campiglia. La niña peleaba con el perro para disputarle la atención de los mayores en aquella casa de piedra fría, habitada por una familia que acababa de perder casi todo.

Horacio era, para entonces, el que quedaba en pie. Una generación entera estaba siendo borrada… entre otros, su hermana y su mujer, y una infinidad de amigos y compañeros. Las personas eran sustraídas de las calles y trasladadas a un inframundo donde era legítimo arrojarlas vivas al río desde aviones. Pero Horacio seguía en pie y era responsable de que todo aquel espanto tuviera sentido. Él encontraría el modo de vencer al monstruo de las mil cabezas, le clavaría un puñal en el pecho y lo dejaría tendido y sangrando. Pero debía pensar muy bien las cosas, debía crear una estrategia. No podía fallar ahora, tendría que recubrirse de armaduras para salir a la guerra. Tendría que jugar al juego de los soldados.

Se colgó insignias, se calzó un uniforme y se armó de la fuerza que le faltaba. Había que pensar. No podía detener su mente, necesitaba encontrar una manera de componer el mecanismo que se había estropeado. Sin embargo, por más que disponía las piezas una y otra vez con una obsesión que rayaba en lo compulsivo, la realidad insistía en desplomarse ante sus ojos. Como parte de su esfuerzo por organizar una vida que se derrumbaba, grabó e hizo llegar una cinta magnetofónica a su familia, también desmembrada.

Es hoy 8 de junio de 1978. Queridos viejitos y también queridas niñas. Hoy voy a probar una forma distinta de ponerme en contacto con ustedes, una forma distinta de comunicarme, esta vez mediante la palabra grabada. Porque así aprovecho para decirles no solo las cosas que siempre les transmito por carta sino mandarles grabadas cosas que me han gustado, cosas lindas que quisiera que ustedes también escucharan.

Antes que nada quiero decirles que tengo acá, en mi poder, las cartas del 14 de abril y 17 de mayo saludándome por mi cumpleaños. Me dio mucha mucha alegría recibir el saludo de

ustedes y el beso que ahí me mandaban. Les pido que si algún día pueden me manden una carta con fotografías de ustedes y de las nenas. Yo tengo una foto de mamá, Yayita y Merceditas conmigo. Una foto que guardo conmigo y que llevo a todos lados. Y una más con Pilar, Merceditas, el Rincho y yo. Pero no tengo ninguna foto de Pilita, papá, María, Carmen y José. Me encantaría que me mandaran alguna.

De las cartas recibidas lo que puedo decir es que me dio una gran alegría saber que están todos bien de salud, que las nenitas están creciendo sanitas y muy contentas. De Pilita que está creciendo sanita e independiente y hasta mandona dice ahí en la carta; eso me puso muy contento. Me preocupa el problema de salud que había tenido José, me gustaría que me tuvieran al tanto de cómo evolucionó eso, si no hubo ningún problema más, qué es lo que le ha dicho el médico, cómo se cuida, *etc.* Del otro problema familiar, les pido que le transmitan mi pésame a Oscar, Pelusa y Beba por la muerte de Marta. Esa noticia me sorprendió mucho, me dolió mucho, y quiero que les hagan llegar mi dolor, mi pésame.

Por lo demás, quiero que sepan que por el contenido de la carta los noto que están fuertes y encarando de una forma en que me siento realmente orgulloso esta etapa difícil que nos tocó a todos encarar. Creo que el resultado final de la pata firme que ustedes cuatro están haciendo va a ser que las niñas se van a criar sanitas a pesar del difícil momento que nos toca a todos encarar.

Qué duro debió haber sido tratar de cuidarnos a la distancia, pensar que podías participar de alguna manera en la vida familiar si seguías al tanto de la salud o la muerte de los que amabas, pero a quienes no podías abrazar. Maneras de estar cerca sabiendo que lo único que podías hacer era mantenerte alejado, que la distancia era tu mejor abrazo. Exiliado de lo entrañable, adolorido, pero intentando sanar las heridas de quienes te escuchábamos con emplastos hechos de palabras.

Por otra parte, quiero que sepan cómo voy viendo yo este proceso. Creemos que las cosas van evolucionando en ritmos cada vez más acelerados en contra de este gobierno criminal, de esta dictadura militar. Su inestabilidad es cada vez mayor. Esto no es una simple expresión de deseo sino que cada vez vamos viendo, vamos comprobando cómo se debilita la Junta y cómo debe ir cediendo posiciones. La situación de masas, como ustedes a través de los almacenes, a través del barrio, a través de los

diarios, a través de todo… van viendo cómo los militares se van quedando cada vez más solos. Cómo la situación realmente insoportable a la que han llevado a la vida de nuestro pueblo, tanto en la situación económica: los despidos, falta de sanidad económica –la inflación terrible… la condena a nivel económico a que han sometido a todo nuestro pueblo– así como la feroz política represiva que aplicaron buscando debilitar la resistencia popular. Todo eso generó un fenómeno que casi no tiene antecedentes en nuestra historia. Como dice Lanusse, es un odio sin precedentes el que se gestó en contra de este gobierno.

Ahora, el odio no es suficiente cuando un gobierno tiene fuerzas para mantenerse, pero esta no es la situación de la dictadura militar argentina y la expresión concreta de esa incapacidad para mantenerse se traduce en dos cosas:

- **Uno, en la imposibilidad de gestar una política eficaz de alianzas en el país […].** Largo párrafo de argumentación, en el que la palabra "política" se repite seis veces.
- **Una segunda expresión es que la resistencia popular se mantiene […].** Segundo párrafo argumentativo donde se exaltan las manifestaciones de resistencia.
- **Y la tercera cosa donde se expresa la debilidad de esta Junta es la política internacional que los tiene desesperados […].** Tercer despliegue de argumentaciones; en síntesis, los militares saben que el mundo observa sus atrocidades.

Esto es lo que hace que estos vendepatria, que siempre han tenido a los amos yanqui y a Europa como referentes, se sientan traicionados y solos. […] Se sienten abandonados a pesar de estar jugando a muerte una lucha que se niegan a reconocer que van perdiendo.

¿Habrán sido ellos los que se sintieron abandonados? ¿Los que se negaron a reconocer que estaban perdiendo? El discurso político metido en las alcobas, los argumentos empleados como polines para apuntalar, desesperadamente, un edificio a punto de desplomarse. Caían ya algunos de los muros de la estructura donde estabas parado y todos los vidrios se habían hecho añicos… una hermana y una esposa desaparecidas, tres niñas a cargo de cuatro viejos que acababan de perder a sus hijas, un país bañado en sangre y la necesidad de

conservar un resquicio para la esperanza. En un tiempo en el que lo público y lo privado habían desdibujado sus fronteras, en el que las pasiones eran militantes y el amor se declaraba a la patria, tus mejores argumentos para intentar levantar los corazones de esos siete sobrevivientes –que, aferrados a lo poco que quedaba en pie, te habremos escuchado desconcertados– eran políticos.

Se va a expresar esto también en la situación con respecto a los detenidos y desaparecidos. Con respecto a los detenidos, lo que vamos viendo es que empiezan a salir compañeros con derecho de opción. Vamos recogiendo compañeros que van saliendo del país, que van haciendo sus testimonios de qué es lo que ocurre en las cárceles argentinas, que se están difundiendo por todo el mundo, que es lo que exige que cada vez más compañeros puedan adoptar el derecho de opción.

Por otra parte, respecto de los desaparecidos, vemos que hay un cambio en la política del enemigo. O sea que hasta ahora a los detenidos y desaparecidos se los torturaba hasta que se cansaban de hacerlo, hasta que se veía que no lograban nada de ellos y después se los mataba. Hoy notamos que hay una diferencia en esa política. Hoy lo que se busca con ellos es tratar de quebrarlos, o sea, tratar de ganarlos para su política. Limitar lo que es la política de tortura a una porción menor de compañeros y con el resto tratar de ganarlos para su política. Explicándoles que nosotros estamos vencidos tratan de ganarlos para que se manifiesten en contra nuestra. Y lo que vemos es que nuestros compañeros tienen una gran ductilidad. Lo que hacen nuestros compañeros es que mientras están en manos de ellos, mientras la correlación de fuerzas les es desfavorable, lo que hacen es firmar lo que ellos quieran hasta lograr condiciones favorables para lograr escaparse. Cuando se escapan dicen lo que puedan [...].

Y aquí sigue el relato de los casos que conocías y que omitiré, no solo porque a la distancia la lectura de lo ocurrido es tramposa, sino porque creo que en realidad querías hablar de otra cosa. Querías decirnos que ellas no necesariamente estaban siendo torturadas, que no era su destino ineludible morir despedazadas. Querías contarnos que algunos lograban escapar de las garras de sus captores y que por lo tanto podíamos albergar sueños de fuga en nuestros corazones, que podíamos imaginar hermosos reencuentros llenos de besos y risas.

Con todo esto lo que vamos viendo es una gran desesperación que estos buitres van sintiendo de que no logran consolidarse en

el poder, de que el respaldo internacional se les ha cortado, casi en su totalidad. Realmente valdría la pena mandarles a ustedes los recortes de prácticamente todas las publicaciones de izquierda y de derecha europeas, americanas, norteamericanas de lo que pasa con la Junta. Un reflejo de eso lo tienen ustedes simplemente con leer las más gorilas declaraciones de la Argentina [...].

Lista de ejemplos que no merece la pena enumerar.

Como también lo decía Lanusse en su libro, cuando un enemigo está derrotado y se niega a replegarse, lo que le queda, en vez del repliegue, es una gran derrota. Nosotros creemos que ellos van a reflexionar y en los próximos meses van a cambiar su política porque si no se van a suicidar. Van a ser conscientes de que es un paso necesario liberalizar algunos aspectos de su política, tanto en lo económico y lo sindical como incluso en lo represivo.

¿Por qué no se habrán replegado unos meses antes? ¿Por qué no habrán caído sin arrastrarte en su derrumbe como una de las últimas presas que se llevaron viva entre sus garras?

A esta situación del enemigo es donde nosotros tenemos que apostar. Pelearles en distintos frentes donde vamos a ir logrando hacerlos replegarse. En el frente político lo que tenemos que hacer es contraponerles, a la salida política que ellos van a tener que ofrecer, la propuesta de unidad del Peronismo. En ese sentido les decía que vamos bien encaminados. En el plano sindical lograr, cada vez más, ir obteniendo de parte de ellos concesiones a la libertad de ejercicio sindical [...].

Y aquí el despliegue de la estrategia, piezas a mover en un tablero de ajedrez en el que cada peón que cae es un compañero, algunos de ellos entrañables. Piezas que tienen nombre, rostro, familia. Perder un peón no es cosa sencilla.

En el plano de los derechos humanos, lo que hay que hacer es seguir peleando en todos los frentes; con los organismos internacionales y las protestas en la Plaza de Mayo que hacen todas las madres de los detenidos y tienen un valor que ustedes realmente difícilmente puedan medir; es enorme. Todos los diarios sacan todos los viernes las noticias de los jueves en las

cuales las madres piden por sus hijos desaparecidos. En eso no hay que desanimarse, hay que seguir peleando. Si de Pochita aún no tenemos noticias no hay que desanimarse. Cada vez vamos viendo que la posibilidad de recuperar a muchos muchos de los compañeros desaparecidos va siendo una realidad. Primero han dado una lista de 232 aparecidos de los que estaban desaparecidos, después hablaron de 87 más. Y lo que vamos viendo es que la presión, que por todos lados van sufriendo, e incluso las necesidades individuales que tienen los militares argentinos de negociar ellos –porque saben que han puesto la firma a muchas atrocidades, con lo cual tienen que compensar las barbaridades que han hecho– va a hacer que aparezcan muchos compañeros que hoy damos por desaparecidos, muchos seres queridos que hoy damos por desaparecidos.

Y viene entonces la referencia imprescindible a nuestros peones caídos, los que tienen nombres y apellidos que conocemos, los que nos dejaron ausencias clavadas en el pecho como cuchillos.

Lo de Pochita lo que hay que pelear es por lograr que, de alguna forma, dé señales de vida y aparezca.

No pudo dar nunca señales de vida porque para entonces ya estaba muerta, aunque su cuerpo apareció muchos años más tarde.

En el caso de Pilar, lo que tenemos a nuestro favor es que sabemos que está viva porque se comunica con nosotros. Ahí lo que hay que aprovechar es la vía de esa comunicación para darle fuerza, para darle ánimo, para saber que confiamos en ella, para que ella sepa que yo la quiero y la sigo queriendo muchísimo, que la siento mi compañera, que es mi compañera, y que espero algún día poder volver a estar junto a ella. Que no hay que desesperarse. Que hay que saber que lo que debemos lograr, en el caso de Pilar, es que el enemigo reconozca que la tiene detenida. Lograr ese reconocimiento sería un salto realmente importantísimo. Ellos lo que tratan de lograr, por los más diversos caminos, es convencernos de que no peleemos por el reconocimiento de que tienen detenida a una persona a cambio de, supuestamente, después negociar su libertad. Lo que hay que saber es que la posibilidad de negociar su libertad va a estar a nuestro favor si ellos, por algún camino, deben reconocer que la tienen detenida. Con Pilar lo que tenemos a nuestro favor es que sabemos que está viva. Hay que darle fuerza, hay que darle

ánimo, y que ella sepa que cuenta con todo mi cariño, con toda mi confianza; que ella es mi compañera y que la sigo esperando como el primer día. Esto es respecto a la situación represiva que por ahí es la que más presiona sobre las cabezas de ustedes.

Y seguramente era también lo que más presionaba tu cabeza, que debió estar abrumada y confundida, procurando ver algo entre la bruma. Qué duro habrá sido intentar que tus suegros le transmitieran tus palabras a su hija cuando hablaban con ella, durante esas llamadas a casa que los milicos le permitían hacer en los últimos tiempos, cuando ya estaba sobre la mesa la posibilidad de liberarla porque la consideraban conversa. Qué doloroso habrá sido no poder hablar con ella directamente, sabiendo que estaba atrapada en las entrañas de la repulsiva criatura a la que intentabas apuñalar para sacarle la presa de las tripas.

Bueno, aparte de esto, otra cosa que quería charlar con ustedes es que noto por las cartas y los llamados telefónicos, que hay un distanciamiento; que no anda del todo bien la relación entre ustedes, entre vos mamá y papá y entre Carmen y José. Creo que ahí, lo que hay que ver, es que en este tipo de situaciones siempre, en la gran tensión en la cual vivimos, los enormes problemas... todas estas cosas nos ponen híper sensibles con las más diversas actitudes de uno o de otro. La enorme tensión en lo afectivo, los enormes temores que tenemos todos los días, hacen que estemos sumamente sensibilizados, que cualquier actitud que no nos agrade del otro, o cualquier actitud incorrecta del otro nos puede afectar muchísimo. Ahora, de lo que tienen que ser conscientes es que toda la situación que todos nosotros vivimos no la hemos elegido ninguno de nosotros. Es la situación que nos obliga el tenernos que enfrentar a una política que ha hecho un daño inmenso a todo el conjunto de nuestro pueblo. Lo que busca el enemigo precisamente es que nos enfrentemos entre nosotros. Eso, a nivel de masas, no lo ha logrado. Eso, a nivel del conjunto del peronismo, lejos de dividirnos, nos está uniendo. Y a nivel familiar tiene que pasar exactamente lo mismo. A nivel familiar, lo que tenemos que entender es que hoy más que nunca, aunque haya cosas que nos parezcan mal de uno o del otro, aunque haya cosas que aún no nos podamos mutuamente explicar, aunque existan todo ese tipo de situaciones, aunque a unos nos parezca incorrecto lo que el otro hace, tenemos que entender que hoy día la necesidad es estar más unidos que nunca. Que esa unidad que se está dando en todo nuestro pueblo, que esa unidad que es la que hoy nos permite decir que es la que

pierde la dictadura, esa unidad que no logra fracturar de nuestro pueblo, esa misma unidad es la que tiene que expresarse a nivel familiar. Hoy tenemos que estar todos más unidos que nunca, tenemos que darnos todos más fuerza que nunca. Ustedes tienen que darse fuerza mutuamente, me tienen que dar fuerza a mí y le tienen que dar fuerza a Pilar para seguir viva, para seguir peleando desde las condiciones espantosamente desfavorables en las cuales se encuentra, y para que todos nosotros, cada uno de nosotros, sienta que el otro confía en él. Eso es muy importante y es la clave para pasar este tipo de situaciones. Por eso les pido que reflexionen sobre esto, que traten de superar las situaciones difíciles que se puedan dar. Que las nenas, y sobre todo Pilar, los sientan a ustedes juntos, fuertes y peleando en común por sacar las cosas adelante. Porque para las nenas, y para Pilar en especial, lo que ustedes expresen va a ser, de alguna manera, el reflejo de la situación popular que las nenas no pueden entender y que Pilar tiene muy limitado para poder ver. Así que les planteo esto y les pido que lo tengan en cuenta.

Por otra parte, me gustaría también recibir comunicación de parte de Carmen y José. Sepan que a ustedes los quiero como si fueran mis padres también. Es mucho el cariño que hemos construido juntos y ese cariño se mantiene totalmente vivo. Pero quiero también recibir noticias de ustedes; saber qué es lo que piensan, cómo se sienten, cuáles son sus dudas, cuáles son sus temores. Me gustaría que ustedes también me escribieran así que les pido que hagan un esfuerzo en ese sentido, que no importa que lo que tengan que escribir pueda parecerles doloroso, yo prefiero que me escriban, que me manden todas sus dudas, sus preocupaciones, sus desacuerdos… todo lo que quieran, pero quiero tener noticias de ustedes.

Y de nuevo los andamios de ideales se organizan para tratar de sostener una realidad personal que no hacía otra cosa que desabarrancarse en avalanchas. ¿Qué dudas, qué preocupaciones y desacuerdos te podían plantear los padres de una hija desaparecida? Para ellos no eras uno de los representantes del “conjunto del peronismo”; eras el marido de su hija, que seguramente estaba tan asustado y triste como ellos; eras el papá de las dos niñas que se acurrucaban a ver la televisión bajo las sábanas buscando refugio en un mundo que las había despojado de su madre y su padre de la noche a la mañana. Ese eras tú para ellos, para esos viejos a quienes convocabas a ser “reflejo de la situación popular”. ¿Con quiénes hablabas, quiénes eran tus interlocutores imaginarios? ¿En qué idioma te dirigías a ellos? Probablemente en el que habías empezado a hablar

contigo mismo para evitar caer llorando de rodillas ante una realidad demasiado terrible.

Quiero mandarles un beso a todos ustedes y a los demás familiares que se hayan mantenido cerca de ustedes; con cariño les quiero mandar un beso a todos ellos. Sepan ustedes que todas las noches los tengo presentes. Va un beso mío todas las noches y, en especial para cada fecha de cumpleaños, van besos especialmente grandes. Sé que no falta demasiado para que nos volvamos a juntar todos, para que podamos estar juntos, de nuevo, toda la familia. Pero hasta que ese momento llegue vamos a tener que hacer todos un poquito de pata ancha para soportar estas situaciones. Quiero usar este espacio de cinta que me queda para que puedan escuchar algunas cositas. Una de ellas es una grabación de una canción que Serrat escribió y nos dedicó, "La Montonera", se la dedicó a una compañera. Una canción que se difundió mucho en Europa y que en la Argentina estamos pasando a través de Radio Liberación, junto con otros mensajes y otras canciones también muy bonitas. Espero que la grabación sea buena y que les guste a ustedes.

(La Montonera)

Bonita, ¿verdad? Ahora me gustaría que escucharan el comienzo de la transmisión de Radio Liberación para que al menos conozcan cómo es la transmisión que se hace.

(Marcha peronista)

Atención, atención, transmite Radio Liberación, voz de Montoneros

Atención, atención, transmite Radio Liberación, voz de Montoneros

Atención, transmite Radio Liberación, 24 de marzo de 1978 […].

Y aquí sigue una transmisión con tono militar, en la que la Conducción Nacional de Montoneros ofrece a las Fuerzas Armadas la posibilidad de establecer negociaciones de pacificación. Era eso lo que escuchabas, eso era lo que querías que escucháramos nosotros. Que había un movimiento, una estrategia, un plan de acción… que no estábamos vagando a la deriva y sin remos en una embarcación que podía dirigirse a cualquier parte. Pero el barco naufragó con muchos pasajeros a bordo.

Desgraciadamente tengo que cortar ya esta grabación porque se me acaba la cinta. Les puse esto simplemente para que tuvieran

una idea de qué se tratan estas famosas transmisiones de Radio Liberación que cada tanto salen por los televisores o que circulan en las cintas grabadas. Viejitos, les mando un gran beso, para ustedes, para las nenas y un beso muy grande en especial a Pilar, que sepa que la tengo siempre muy presente conmigo. Me despido ya de todos ustedes. Va de acá un beso muy grande para que lo guarden hasta la próxima grabación.

7. El reencuentro

Contra todo pronóstico, Pilar salió del pozo; volvió a sentir el sol en la piel y el placer de un chocolate derritiéndose en su boca. Ni bien la soltaron corrió a buscar a sus hijas, tomó el primer vuelo a España y se fue con ellas del país de la devastación. El plan era que sus padres las alcanzaran para rearmar la vida familiar en tierra segura, pero una vez que abrazó a su hija, pálida y escuálida pero viva, José sintió que su tránsito por esta tierra había concluido y simplemente se apagó.

Cuando Horacio supo que Pilar había salido del agujero, arregló todo para encontrarla lo antes posible en España. No era sencillo tener un encuentro en esos tiempos, menos con un compañero que podía estar siendo vigilado por las Fuerzas Armadas; había que conseguir pasaportes falsos, diseñar itinerarios de viaje… todo un operativo. Pero Horacio, por entonces jefe de inteligencia de la organización guerrillera, programó con cautela los traslados para ver a su mujer. Tenía que abrazarla, tenía que reconocer sus heridas, tanto las del cuerpo como las del alma.

Pilar había alquilado un pequeño departamento en Madrid junto con una amiga. Vivían modestamente con los magros ingresos que obtenían rellenando muñecos de alpiste que otros vendían en la calle. No tenían nada pero tenían la vida. Horacio fue a encontrarse con ella y con sus hijas en ese departamento, donde la alfombra roja había teñido una franja color sangre en las paredes a causa de una inundación que las niñas habían provocado jugando con el agua del bidet a la hora de la siesta. En esos tiempos Pilar dormía profundamente, como si su cuerpo necesitara recuperarse de los embates sufridos; al principio las niñas no podían entenderlo, pero con el tiempo aceptaron que el sueño de su madre era una especie de templo inviolable.

El primer encuentro no fue sencillo. Ella estaba pálida y delgada, parecía que el alma aún no le había vuelto del todo al cuerpo. Horacio la encontró después de haberse despedido internamente de ella, convencido de que jamás volvería a verla. La encontró tras haber llorado su muerte y haber anestesiado sus partes más sensibles para no tener que vivir con tanta pena. En cuanto se vieron, un fugaz destello atravesó los espesos velos de niebla y les hizo saber que se seguían queriendo.

El encuentro fue breve. Tenían solo tres días para ponerse al tanto de lo ocurrido durante dieciocho meses que parecían un siglo. Hablaron largas horas, se besaron, se amaron. Ella ya no parecía tan convencida de la militancia como antes, ahora se mostraba más comprometida con la vida que con la causa y se manifestaba escéptica ante los triunfalismos que en otros tiempos le habían parecido objetivos alcanzables.

Horacio no podía siquiera pensar que existiera otra ruta que la que le había permitido, en los tiempos más difíciles, atrincherarse frente al dolor. Era un camino maldito, pero era el suyo. Se había vuelto fangoso y resultaba cada vez más difícil de transitar, por lo que debía avanzar dedicando todo su empeño y atención a levantar sus botas del barro, una por vez. En muchas ocasiones había sentido que no sería capaz de dar el paso siguiente, que moriría atrapado en esa tierra que parecía reclamar para sí su cuerpo, ejerciendo un efecto de gravedad seis o siete veces mayor que el que aplicaba al resto de los mortales. Pero había conseguido mantenerse en pie, concentrándose en arrancarle un paso a la vez. No había otro camino. No podía haberlo. No para él.

Se tomó un tiempo para grabar una cinta, como otras que había enviado antes, diciendo aquellas cosas que quería asegurarse de que sus hijas escucharan si, por alguna razón, él ya no estaba con ellas. Eran muy pequeñas aún y no sabía si serían capaces de recordar más adelante, o si él mismo podría enunciar las palabras que quería dejarles para cuando pudieran comprenderlas. Sentado ante un grabador portátil, apretó el botón anaranjado y empezó a hablarle a la máquina acerca del compromiso social y de la solidaridad, de la importancia de ser recto y luchar por la justicia. Antes de despedirse, le entregó la cinta a la mayor de sus hijas, que se aferró a su pierna pidiéndole que no se marchara. Él sintió que el amor se le atragantaba en la garganta, pero no derramó una sola lágrima. Desprendió suavemente a la pequeña sanguijuela de su cuerpo y partió.

Se despidieron acordando un reencuentro en un país seguro y lejano, deseando que el tiempo hiciera su magia, que cicatrizara la distancia que los separaba y que les parecía un abismo. Pilar empacó sus pocas pertenencias, resolvió sus escasos asuntos pendientes y subió a un avión con destino a México. El mismo continente del que había partido, pero a distancia suficiente del sur helado de sus recuerdos como para que los tentáculos del monstruo no pudieran alcanzarla. Tierra segura donde se organizaba la resistencia contra ese ser voraz que insistía en permanecer en pie devorando carne humana.

Llegó a la Ciudad de México sin nada más que una promesa y un par de niñas prendidas como garrapatas a su cuerpo. Era de noche y ella pudo ver cómo se hundía en los millones de luces que se extendían

sobre esa tierra vestida de lentejuelas que dio cobijo a tantos exiliados. Se supo segura desde el primer instante, resguardada por los valles y las montañas. Salió del túnel que conectaba al avión con el aeropuerto apoyando el pie derecho en tierra firme.

Horacio se encontró un par de veces en México con Pilar y sus hijas. Fueron extraños esos encuentros. Las niñas parecían recuerdos congelados de un tiempo remoto. El tiempo de tomar mate y construir un arenero en el jardín de la casa se veía desde el presente como una película deslavada en un cerebro ocupado con otras cosas.

Pensó que sería bueno pasar el fin de semana juntos en la montaña. Tenía que anunciarles que se marcharía por un tiempo, pero antes había que afianzar el frágil amarre entre los corazones que intentaban reconocerse. Después de caminar largo rato al paso lento de las niñas, que recogían hojas secas y analizaban insectos, volvieron a la cabaña. Mientras ellas dormían la siesta en el dormitorio, Pilar y Horacio se tendieron boca arriba sobre el césped verde y fresco, recostando la cabeza en el hombro del otro, mejilla con mejilla como lo habían hecho tantas veces, en una postura que parecía expresamente diseñada para la intimidad. No se dijeron nada, se limitaron a sentir el calor del sol y el balanceo de la respiración mientras veían las nubes que cambiaban de forma en el cielo.

Cuando el sol pintó de anaranjado las calles empedradas, Horacio decidió que había llegado el momento de anunciarle a su familia que debía volver a la Argentina en un viaje que resultaba conflictivo desde todo punto de vista. Eran tiempos sombríos, y aunque había repasado la maniobra un millón de veces siempre encontraba algún cabo suelto, alguna rendija por la que podía colarse la muerte.

8. Oscuro, tú en la ausencia

Se sentía optimista cuando subió al avión. Había visto pasar a Mónica por el pasillo para ubicarse en una de las filas de la parte trasera. Era una compañera de militancia que conocía desde hacía tiempo, pero en el marco de este operativo viajaban como si fueran dos completos desconocidos. Exhibieron sus pasaportes recién salidos de fábrica a la sobrecargo de Viasa, que los revisó superficialmente y les indicó sus asientos. Miró por la ventanilla. Tenía unas cuantas horas de vuelo hasta llegar a la primera escala en Panamá, luego Caracas y finalmente Río de Janeiro, donde permanecería unos días antes de viajar a Buenos Aires. Cuando pasó el carrito de bebidas pidió una Coca Cola y se puso a leer un rato. Un par de horas más tarde se levantó para estirar las piernas y comprobó que Mónica dormía en su asiento junto a un hombre robusto que la ignoraba. Volvió a sentarse. El tiempo pasaba lento. Primera escala, aterrizaje y despegue.

Solo quedaba una escala más antes de llegar a Brasil. En realidad no sabía si quería que el tiempo avanzara o se detuviera en ese vuelo

largo en el que no había nada que hacer… excepto ver cómo los pensamientos aparecían y se desvanecían. Un par de meses y podría volver a México, allí el oxígeno entraba con menor dificultad en sus pulmones que en el frío húmedo de Buenos Aires. Quizá fuera buena idea viajar al mar; hasta ahora no había podido hacerlo, pero podría ir con la familia a alguna playa cercana un par de días… Le gustaría ver a las niñas jugando en la arena y a su mujer al sol.

Segunda escala. Cambio de vuelo. Había que caminar hasta llegar a la siguiente puerta de embarque. Nada complejo. Esperó antes de bajar para ver pasar a Mónica. Llevaba la cartera colgando del brazo y pasó a su lado sin detenerse. Caminó por el pasillo que conectaba al avión con la terminal aérea. Duty Free a la derecha. Confirmó en la pantalla la puerta de salida de su último vuelo. Río de Janeiro, Varig, puerta 2D. Unos doscientos metros. El vuelo saldría en cuarenta minutos. El tiempo necesario para desplazarse de una sala a otra sin apuro. Caminó con decisión. Mostró pasaje y pasaporte a la empleada de la ventanilla y esperó que anunciaran el abordaje. Esta vez subió primero. Mónica estaba un poco más atrás en la fila, la vio de refilón con unas ocho o diez personas detrás. Entró al avión, siempre con el pie derecho, y sintió un tremendo alivio. Estaban adentro, sus pasaportes habían pasado el chequeo del personal sin levantar sospechas. Sabía que eran buenos, pero siempre producía angustia usar una identificación falsa. ¿Y si hubiera un pequeño fallo que, por alguna razón, alguien descubriera? Se acomodó en su asiento, esta vez un par de filas detrás de Mónica. Se abrochó el cinturón y esperó que subiera el resto de los pasajeros y acomodara su equipaje de mano en los compartimientos. Despegue, diez horas de vuelo por delante; después de comer un pollo sazonado con una salsa extraña, se quedó dormido. Lo despertó la voz del piloto anunciando que estaban próximos a aterrizar en el aeropuerto de Galeão. Hacía buen clima. Se abrochó el cinturón para el último aterrizaje, que fue suave.

Todos sentados, los cinturones todavía abrochados, pronto abrirían las puertas. ¿Por qué demoraban tanto? Uno de los pilotos se acercó a la sobrecargo y le dijo algo al oído. Ella pronunció los nombres de dos pasajeros y pidió que se contactaran con el personal de la aeronave. La sangre de todo su cuerpo literalmente le bajó a los pies. Eran sus nombres; en realidad no eran sus nombres pero eran. Abrió el pasaporte que tenía en la mano y volvió a leerlo: Jorge Piñero era su nombre en ese viaje. No podía mover un solo músculo del cuerpo. Esta vez no estaba sentado junto a la ventanilla, pero alcanzó a ver un par de camiones militares aparcando al lado del avión. Mónica se dio vuelta y vio sus ojos aterrados. Él seguía inmóvil, esperando que fuera una confusión, un sueño. Sabía que estaba en una ratonera. Dos militares subieron al avión y fueron a buscarlos a sus asientos. No

había nada que hacer. Mónica entonces gritó sus nombres verdaderos y dijo que los estaban secuestrando, pero ningún pasajero intervino. Estaban todos asustados, pero nadie tanto como ellos. Supo que estaba de pie frente al horror, frente al monstruo de las mil cabezas y, de pronto, su mente que no había dejado ni por un instante de pensar se apagó por completo, sus pies avanzaban sin que les diera la orden de hacerlo. Se encomendó a Santa Rita, patrona de las causas imposibles, que había guiado a su mujer desde las catacumbas de regreso a la vida… pero que no podría salvarlo de las fauces de los lobos.

*

Y a partir de este punto no puedo seguir, porque lo que sigue es el horror y no puedo pensarte sumergido entre el dolor y el miedo. Mi mente se rehúsa a acompañarte en ese viaje. Solo puedo llegar hasta aquí, a los límites entre el mundo de los vivos y ese otro espacio del inframundo donde estuviste seis meses hasta ser asesinado. No sé cómo te mataron, no sé a qué tormentos te sometieron, no sé dónde están tus huesos. Me quedo mirando desde la ventana, sin atreverme a dar un paso hacia el abismo. Como los pasajeros del vuelo en el que te detuvieron, paralizados por el miedo a esos hombres uniformados que te llevaron a la fuerza. Me quedo mirando tu imagen que se disuelve a lo lejos, con una memoria a la que le cuesta recordar, con un montón de pestañas arrancadas para pedir el deseo de que volvieras, con una esperanza necia a la que le costó muchos años aceptar que no regresarías a despertarme alguna mañana.

Una historia rota que se fue recomponiendo como pudo, con resinas y pegamentos diversos. La primera vez que regresé a Buenos Aires, después de haber salido a los tres años de la mano de mi madre, fue cuando cumplí quince. Entonces sentí que caminaba sobre un libro que de pronto abría sus páginas para que me sumergiera en sus historias. “Ese es el balcón de la casa de los abuelos, donde se quedaron ustedes cuando a mí me secuestraron. Tu papá tomaba el colectivo que pasaba por enfrente, para ver si de casualidad podía verlas jugando”. “Esta era la habitación de tu papá, así la recuerdo desde que éramos novios”. “Este es el muelle del Tigre donde nos quedábamos horas mirando pasar las lanchas por el río”.

“Nuestra venganza solo fue ser felices, poner amor y color donde pretendieron sembrar oscuridad y horror quienes los desaparecieron”, dice Pilita, la hija de tu hermana Alcira, que tuvo que crecer ocupando el espacio vacío que dejó su madre. Durmió en su cama, en el centro de una habitación poblada de cosas que ella había dejado, hasta que

fue mayor y decidió casarse. Cuando muchos años más tarde le entregaron en una caja los restos recuperados de su mamá, les pidió a los antropólogos forenses que la ayudaran a rearmar su cuerpo sobre una mesa para poder despedirse. Le advirtieron que faltaba un brazo, pues algunos huesos se habían extraviado en una inundación sufrida años atrás en el inmueble. Cuando estuvo frente al esqueleto, se inclinó a besar los deditos de la mano que quedaba.

"Para Lila Pastoriza, amiga querida, experta en el arte de encontrar resquicios y de disparar sobre el poder con dos armas de altísima capacidad de fuego: la risa y la burla", escribió la otra Pilar, mi madre, como dedicatoria de su primer libro, el que dedicó a analizar lo ocurrido en un tiempo del que resulta prácticamente imposible dar cuenta. Tu padre, mi abuelo, siguió hasta el día de su muerte haciendo bromas de las que nadie se reía tanto como él. Tu madre fue toda la vida una mujer sonriente pese a que le arrebataron a sus dos hijos y fue perdiendo, una a una, todas las capacidades hasta que ya no pudo levantarse de la cama. Vivió rodeada de personas que la amaron y murió de la misma manera. Yo tuve la fortuna de estar a su lado y doy fe de que, llegado el momento, soltó su cuerpo sin ofrecer resistencia.

Mi prima, la hija de tu hermana, tiene una risa tan estridente y constante que le resulta imposible pasar inadvertida, pese a su baja estatura. Trabajó mucho tiempo acompañando el proceso de los familiares a quienes se les restituían los restos recuperados de sus desaparecidos. Después de muchos años, se tituló como psicóloga y literalmente va por la vida arrancándoles prisioneros a los celadores de la desesperanza. Encontró un fantástico compañero y dio a luz tres hijos que hablan y ríen casi tan escandalosamente como ella.

María, tu hija pequeña, es artista y pinta la memoria. Se casó con un hombre hermoso y engendraron dos seres insubordinados y libres, que hacen una fiesta de cualquier lugar al que llegan. Ella y yo hemos sido siempre buenas hermanas, como nos pediste. Nunca nos hemos sentido solas; no sé si nos acompañará el cariño de un pueblo solidario con quienes por él sufren, como decías, pero nos acompaña tu cariño y el amor entre nosotras.

¿Qué decirte de mí? Aparentemente me parezco a ti y por eso pensé que podía prestarles mi piel a tus huesos en este relato que, a esta altura, ya no sé de quién trata. Siempre recuerdo un sueño que tuve años atrás, en el que me veía duplicada: era al mismo tiempo una mujer y una niña que lloraba. Yo me preguntaba si debía o no consolar a la pequeña, porque pensaba que, de hacerlo, renunciaría a ser la mujer que soy. En aquel momento, decidí dejar que la niña llorara, pero a lo largo de mi vida he acudido a consolarla infinidad de veces. Me casé con un hombre parecido a ti. Recuerdo haberle consultado a mi psicoanalista hace unos veinticinco años si no estaría

buscando en él la figura de mi padre, a lo que sabiamente respondió: "¿Y quién no lo hace?". Soy madre de dos hijos grandiosos.

Las historias rotas requieren poderosos pegamentos y la nuestra los tuvo. Una melaza espesa ha unido las vidas de quienes salimos al otro lado de la tormenta. Arrastrados por una potencia incomprensible fuimos empujados del dolor al gozo, sujetados por poderosos brazos que impidieron que nos llevara la corriente. Los que sobrevivieron nos enseñaron el compromiso de disfrutar la vida, desde la comida hasta las zambullidas en el agua y las idas al cine con un cesto lleno de pochoclo. Honrando esa enseñanza, hacemos de este acto nuestro ritual de despedida; no con una lápida sino con un libro, algo vivo que ha crecido de tu muerte. Tus restos no han sido encontrados, no hubo entierro, pero besamos los huesos de tu memoria tendidos sobre la mesa. Y en este acto lanzamos a navegar al río marrón de tu infancia las cenizas de tu recuerdo.

Cuando el río vuelva al mar

María Campiglia











Te andaré siempre buscando.

Sobre tu muerte se hace presente una oscuridad densa y ominosa en la que te pierdo.

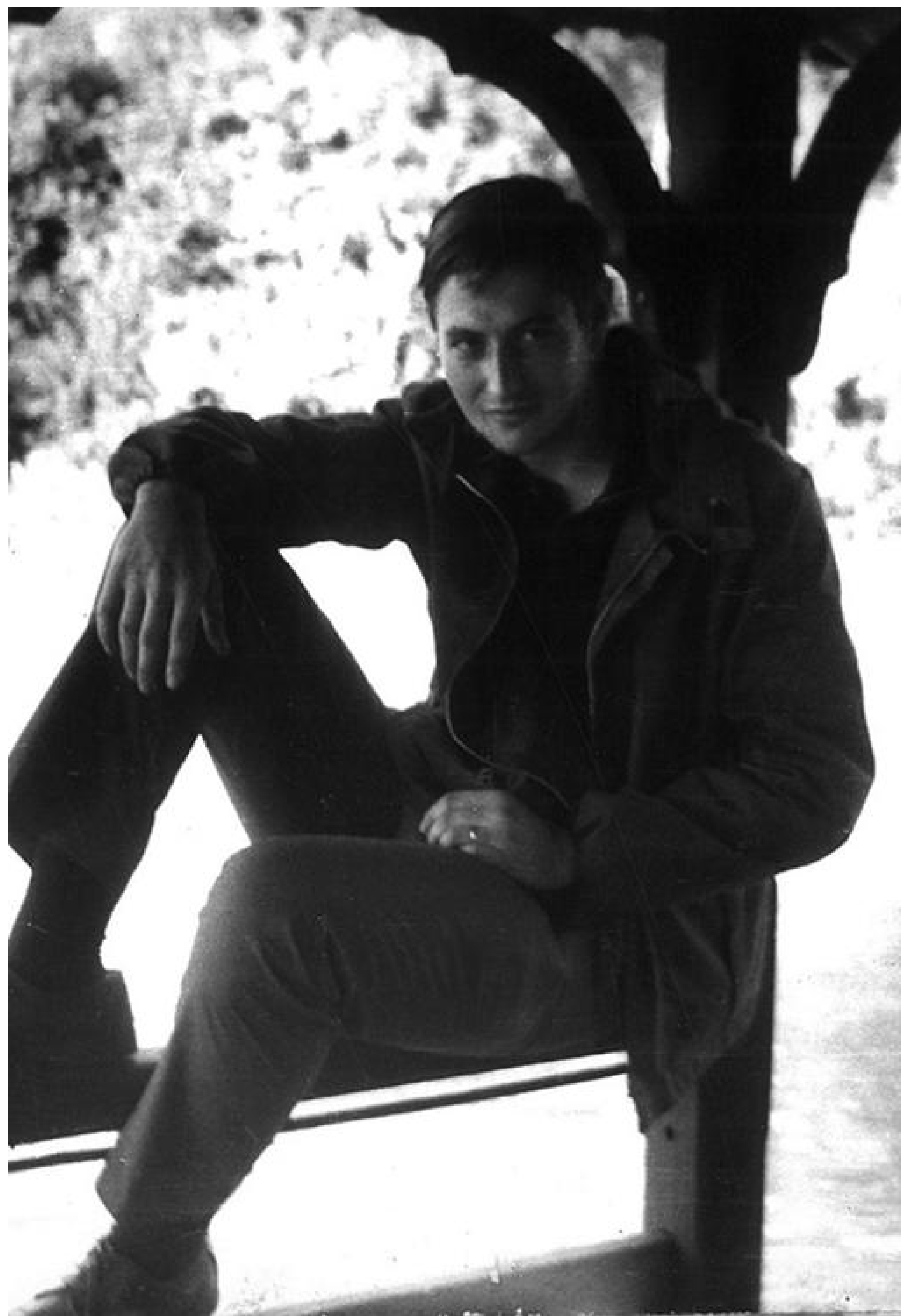
Una nota en el periódico, una declaración, un objeto, una sensación de agua fría sobre la piel… Algo aparece de manera inesperada y me lleva a aquel momento del que nadie puede dar cabal constancia: se arremolinan en mí imágenes de sótanos habitados por personajes siniestros y patéticos. No dejan espacio alguno.

Entonces la tristeza anegada se mueve, crece y se derrama. O se vuelve una furia inmensa que arrasa con lo que llevo adentro. Y no hay compensación que valga, no hay consuelo, porque no existe la forma de romperlo todo y liberarte.

Pero ahí, donde parece que no queda nada más que pérdida y herida, escucho una voz presente desde el primer recuerdo. Llama a volver a lo fundamental, al país del padre, y promete abrazarme desde el otro lado del espejo.

Ayer te soñé en un lugar inundado y arcaico. Quizá los hijos de ellos te habrán soñado también alguna noche, y su alma añore un paraje amoroso como destino.

Te andaré siempre buscando, en un viaje que va más allá de tu cuerpo y de tu historia. Te andaré buscando en cada aliento, en cada forma, y al final del tiempo, cuando el río vuelva al mar, nos reconoceremos.



La palabra grabada de Horacio Campiglia

En el siguiente link se puede acceder a fragmentos de un mensaje grabado que Horacio Campiglia, el Petrus, les hizo llegar a sus hijas en junio de 1978, así como a un álbum de fotos familiares procedentes del archivo de Domingo Campiglia, su padre:

<sigloxxieditores.com.ar/elpetrusynosotras>

